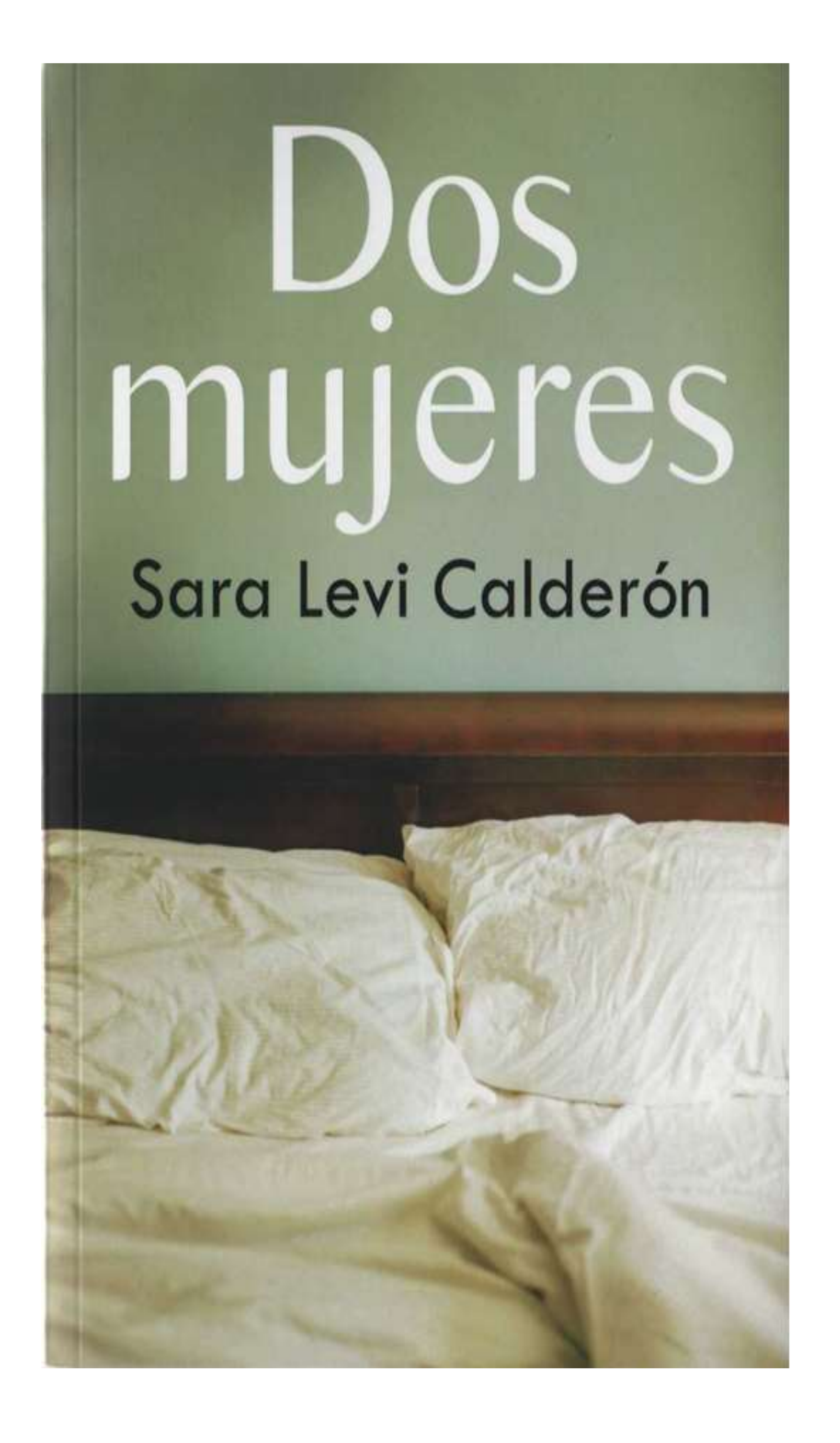

Dos mujeres
Sara Levi Calderón

DOS MUJERES

SARA LEVI CALDERÓN

BARCELONA - MADRID



Cervantes, 2. 08002 Barcelona. Tel.: 93 412 52 61

Hortaleza, 62. 28004 Madrid. Tel.: 91 522 55 99

www.editorialegales.com

ISBN: 978-84-15899-81-5

Depósito legal: M-25167-2014

Diseño de cubierta: Nieves Guerra

Imprime: Saíekat. Laguna del Marquesado, 32 Naves K y L

Complejo Neutral. 28021 Madrid

Cuando los Macedonios lo hubieron abandonado

testimoniando que preferían a Pirro,

el rey Demetrio (tenía elevada alma)

no se comportó en lo más mínimo, se decía,

como un rey.

Se despojó de sus vestiduras de oro,

tiró a lo lejos su calzado de púrpura,

se vistió con premura

con ropajes muy simples, y huyó.

A la manera de un actor

que cuando la representación ha terminado

cambia de disfraz y se va.

El Rey Demetrio

Constantino Cavafis

I

La culebra gris

La velocidad era constante. La carretera parecía una enorme culebra gris que partía en dos las tierras rojas de Michoacán. Ella sacó un cigarrillo de mariguana. Me preguntó si quería.

— ¿Manejando?

—Sí, ¿por qué no?

—Es cierto, verdad, ¿por qué no?

La sensación de la mariguana me encantaba. Me hacía fijar la atención en mi pensamiento, se me afinaba la vista, el oído, la piel: todo se volvía más presente. Ella miraba de frente sumergida en quién sabe qué cosas. Hacía un año, en el aeropuerto De Gaulle, le dije que si alguna vez volvía a México me gustaría tenerla como invitada. Me preguntó si estaba hablando en serio. Cuando le dije que estaba hablando absolutamente en serio se le llenaron los ojos de lágrimas y me aseguró que lo tomaría en cuenta. Ahora había vuelto a casa, como ella decía de forma irónica. En este tiempo la vida se le había vuelto tremendamente difícil.

La adolescente quería saber cómo me sentía. Le dije que perfectamente bien. Nos reímos. Por primera vez bajé la velocidad y comencé a gozar el paisaje. Le aseguré que me iba a pervertir. ¿Yo a ti?, preguntó riendo. La miré con ternura.

— ¿Qué? —preguntó.

—Nada, simplemente...

Por nuestra diferencia de edades yo podía ser su madre pero de eso nunca hablábamos.

Llegamos a Pátzcuaro entrada la tarde. Me aseguró que no le gustaría albergarse en un hotel de lujo. Algo más... autóctono, dijo. Yo no tenía ningún inconveniente: por el contrario, la idea me atraía. Morena era para mí un símbolo de libertad a pesar de lo mal que le iba.

Entramos al Hotel Janitzio, de color azul añil y olor a bidé. Mientras preguntábamos por un cuarto, alguien dijo con voz rasposa atrás de nosotras que Lupita era una pendeja. Cuando volteamos a ver quién decía aquello resultó ser un loro verde y desplumado que no soltaba su frasecita.

Tenía hambre y le pedí a Morena que dejásemos el equipaje en el cuarto y fuéramos inmediatamente a comer. Sugirió la plaza. Llegamos al zócalo a la hora en que los pájaros cantan entre el follaje de los árboles. Sobre una banca de hierro color verde yacían tres cabezas sangrantes de toros.

— ¿Ya viste?

—Sí —me contestó—. Solo son cabezas desprendidas de su cuerpo.

— ¿Y qué, lo ves todos los días de tu vida? —le pregunté.

—No, pero así son las cosas que se ven en México.

— ¿Y por eso no te impactas? Vaya...

El sangriento espectáculo finalizó cuando un hombre con la bata blanca toda manchada de sangre, amarró los cuernos de las cabezas y se las llevó sobre su espalda.

Morena tenía ganas de una sopita caliente. Vislumbró al otro lado de la plaza un puesto donde vendían fritangas. Yo me dejé llevar por ella. Sabía que mis remilgos provenían de una educación y quería, aunque fuera por unos días, quitármelos. Morena pidió una sopa de médula, un taquito de buche y otro de ojo. Cuando vi la preparación del taco de ojo me levanté, di la vuelta al puesto y vomité.

Al día siguiente fuimos a Santa Clara del Cobre a visitar a su amiga Ana, descendiente de famosos poetas que se dedicaba a la orfebrería en cobre. Estaba haciendo las joyas para la estatua de la Libertad en Nueva York. El anillo de la dama podía ser el cinturón de un elefante. Su inventiva era alucinante. Le preguntó a Morena por su tío David quien había sido su marido y gran amor de su juventud. Ana, por fin, estaba tranquila en su vida. El trabajo con las mujeres del pueblo la había convertido en una figura pública. Preguntó por Genovesa... «Sí, sigue pintando y también sigue con Raúl... pero ya no por mucho tiempo». «Ay, las cosas del corazón», replicó Ana.

Al día siguiente vino a Pátzcuaro para cenar con nosotras. Llegó elegantemente vestida como para una noche en París. La velada fue absolutamente deliciosa.

Los viajes son sueños…

Llegando a México invité a Morena a comer a mi casa. Nunca lo hacía porque a mis hijos les parecía una rara. ¿Por qué siempre anda en huaraches, qué, no tiene dinero para comprarse unos zapatos? Detestaban su facha y les parecía increíble que pudiera ser mi amiga. Morena se me quedó viendo y me preguntó si me daba miedo volver a mi casa.

—Miedo no —le dije—, pánico.

—Qué franqueza.

Nos reímos hasta las lágrimas. Aún teníamos aires michoacanos en los pulmones y nos veíamos chapeadas.

Cuando llegamos a la casa, mis hijos ya estaban comiendo. Los saludé con un besito en la mejilla, Morena les preguntó cómo estaban. Contestaron en monosílabas: bien, regular. María Luisa nos sirvió de comer. Ella era de una ranchería cerca del Oro. «Pasamos cerca de ahí —le dije—: todo Michoacán me gustó mucho pero sobre todo sus gentes.» María Luisa sonrió feliz. Le preguntó a Morena si también a ella le había gustado tanto como a mí. Le contestó que todavía más. Las dos se rieron. Mis hijos la apuraron para que les trajera la carne. «Ya voy joven Alberto», dijo dirigiéndose a la cocina con su rítmico movimiento de enorme caderón. Dicky le gritó que le trajera el Excélsior.

— ¿Desde cuándo lees el periódico mientras comemos?

—Desde ahora —contestó sin mirarme a la cara.

Cuando subimos a mi cuarto le expliqué a Morena que mis hijos eran muy celosos: que no era nada personal contra ella.

—Pero si eso ya lo sabemos. ¿Cómo podría yo caerles mal a tus hijitos...?

— ¿Sí, verdad?

— ¿O sea que a ti te parecen unos celosillos cualquiera? Pues a mí me parece que cuidan su cara, ¿qué te crees? No vayan a verte sus amigos, en tan malas compañías —me dijo sarcástica.

—Tienes razón: el problema es ideológico.

Crispina vino a saludarme con la cola en alto sacudiéndola de un lado al otro. La agarré del pelambre blanco del cuello y me la acerqué a la cara. Era una Collie divina que le había regalado a mi hijo hacía unos meses.

Morena tenía que regresar a su casa o de lo contrario su mamá la mataría. Bueno, yo necesitaba encerrarme a hacer la tesis que tenía que entregar tan pronto acabaran las vacaciones.

Presentación de espacio

Habían pasado dos semanas y estaba a punto de acabar el manuscrito final de la tesis de licenciatura de Sociología, lo cual significaba que estaba por terminar mi carrera. ¿Y ahora qué?, me pregunté. ¿Me voy a meter en un cubículo a producir mamotretos que me van a llenar de vanidad y luego van a servir para un carajo? Evidentemente era tiempo de salir del encierro. Agarré el álbum de familia. Siempre había tenido necesidad de volver una y otra vez a reconocer mis lazos de parentesco. Hacía poco había recuperado una serie de fotografías que pertenecieron a mi abuela materna. Me encontré frente a dos bellas de antaño. Una era mi abuela y la otra mi madre cuando aún creían que el tiempo no iba a marcarse en sus rostros. Ay, padecí mi ingenuidad. Yo, que toda la vida huí conscientemente de las taras de mi estirpe femenina tratando de convertirme en una mujer pensante, autosuficiente: para no volverme una de esas mujeres ridículas que no pueden envejecer con dignidad. Estaba por cumplir los treinta y nueve años y la dorada juventud iba a desaparecer: mi poderío de mujer guapa quedaría como un recuerdo para el álbum, pensé recordando las palabras de mi amigo Chalo que decía que las mujeres de cuarenta le daban horror. Ese pequeño monstruo de cincuenta y seis años, bah. Me miré las manos: acababan de salirme unas asquerosas flores de panteón. La rabia se aposentó en mi lóbulo izquierdo; con furia tiré las fotografías al piso. Iba a detener el golpe pero, ¡ay!, era tarde: sin querer cayó el florero repleto de rosas y agua sobre mi herencia visual. No hice nada por rescatar el tesoro. Me levanté del escritorio que por horas había acogido mi mente y mis nalgas. Las masajeé con movimientos circulares y me dispuse a subir las escaleras. Conté uno por uno los escalones según una vieja costumbre mía. Diez hasta el rellano. Allí, reptaban las buganvilias sobre un muro encalado, un rayo ilegal entraba por la claraboya esparciéndose sobre las flores. Me sentí perturbada por mis aberrantes juegos de hablar sola.

Seguí hasta el veinteavo escalón, empujé la puerta de mi recámara que se negaba a abrirse. Le impuse mi peso y por fin cedió abruptamente. Ah, qué sorpresa: adentro reinaba el orden, hasta parecía el espacio de otra mujer. Me miré en el espejo de la entrada; recogí con las manos la piel fláccida de mis mejillas. «Soy la misma, padre, la misma que de haber sido macho sería tu legítimo orgullo», grité. Prendí un cigarro, con paso tenso me dirigí al borde del tapanco: desde ahí podía ver el charco. Prendí el mecanismo del carrusel. La danza magistral se inició. Tres eran los caballitos. Seis al reflejarse en el espejo de mi recámara. Lancé el cigarro al charco. Me pregunté si algún día me atrevería a lanzarme. Al visualizar la escena con horror, sonó el teléfono. Era Morena. Quería saber cómo estaba, ¿seguía con vida?, ¿había terminado el trabajo? Le dije que estaba bien y que simplemente estaba esperando al amor de mi vida.

— ¿Todavía? —preguntó.

— ¿Te parece que a mi edad no es posible que suceda?

— ¿Una varita mágica podría ayudar? —corrigió.

— ¿Y si salen mis sierpes?

— ¡Sierpes!

—Sí.

—No te preocupes de nada, y te enseño a usarla.

Me quería invitar a ver teatro amateur. Iría Genovesa con su exmarido.

—Ah, no, no tengo ganas de recomponer los ánimos ante unos desconocidos —le aseguré. Además tenía una cita.

—La cancelas —me dijo veloz.

—Está bien, pero en punto porque soy una impaciente, como tú bien lo sabes.

La Casa del Lago

Le propuse caminar alrededor del lago. La luna llena se reflejaba en el agua. Todo bajo esa luz parecía estático. Volteé a ver a Morena. Tenía la mirada lejana. Me pregunté si no estaría recordando aquella maldita clínica donde hacen recortes de inteligencia con la anuencia de la familia. Tuve un fogonazo de imágenes: cristos dolorosos sobre muros blancos, enfermeras resecas manteniendo el orden. Morena volvió su mirada hacia mí, parecía una niña pillada en alguna fechoría infantil. Le pedí que no regresara a París.

—Necesito regresar —me dijo—, tú sabes que hice una promesa: debo mostrarle a Marta que sí es posible dejar el caballo. —Marta era para mí una historia sin cara y sin embargo la detesté. Tuve el presentimiento que Morena pronto volvería a la heroína.

Nos levantamos del ruedo del lago y nos tomamos de las manos, giramos hasta sentirnos mareadas.

—Te voy a extrañar —le dije.

—Yo te voy a extrañar a ti.

La invité a caminar por los pasillos del bosque. A lo lejos, las luces de la ciudad parecían hilos fosforescentes. Los pájaros trinaban y los árboles se volvían sombras sobre el asfalto. Los eternos jugadores de ajedrez se arremolinaban alrededor de largas mesas de madera. «Jaque Mate», dijo una voz como salida de ultratumba. Ese pequeño instante me hizo consciente de la muerte y padecí. Morena extrajo de su bolso negro una bufanda azul que enredó alrededor de su cuello y, con su brazo en mi brazo, me avisó de que era la hora.

Subimos la escalinata como gacelas cansadas. Adentro, una araña de luces amarillentas iluminaba el salón. Una pareja observaba detenidamente nuestra entrada. Ella, al verme, sacó las manos de los bolsillos de su pantalón. Yo también saqué las mías de mi pantalón. Sonreímos. Morena me presentó con Genovesa, la pintora rara pero bella, pensé. El usaba una larga barba y tenía los ojos muy negros. Genovesa preguntó cómo nos había ido en nuestro viaje a Michoacán. Morena le contó sobre Ana de Santa Clara. Yo agregué algunos datos picantes. La prima me miraba extrañada: seguramente no entendía cómo alguien mucho mayor fuese amiga de su prima menor.

El destino estaba tramándose: una dama cadavérica salió de entre las cortinas de color vino. Con voz trémula dio a conocer que, por causas de fuerza mayor, la obra de teatro anunciada para esa noche se cancelaba. La mirada de Genovesa se perdió entre las duelas amarillentas. Raúl cambió el peso de su cuerpo, de un pie al otro, y preocupa-do preguntó qué íbamos a hacer nosotros. Genovesa levantó la mirada y suspiró:

— ¿Nosotros? Sigamos juntos el tiempo que teníamos destinado para eso —dijo dudando de la armazón de la frase.

Me preocupó que la invitación no fuese extensiva. No, ella quería saber si yo también aceptaba su proposición. Mi aceptación fue tan rotunda que la hizo reír.

Comenzaron a buscar el lugar idóneo para ir a tomar copas. Evidentemente éramos un grupo disímbolo y la elección se dificultaba. Mi casa podría ser el lugar perfecto pero a ojos extraños siempre resultaba demasiado excesiva. Pensando eso se me soltó el tono.

—En mi casa pueden encontrar lo que deseen —dije.

Genovesa dudó de mi grandilocuencia y volteó para ver a Morena, quien confirmó mi aseveración asintiendo con la cabeza.

Fuimos los últimos en irnos de la Casa del Lago. Desde mi espejo retrovisor veía a Genovesa... callada, siempre mirando de frente.

Mi casona

Entramos por un sendero de piedras, rodeamos la fuente. Los hice subir por la escalera de los amantes. Prendí las luces, medié las intensidades. Se paseaban por mi mundo a paso de ninfas. Yo era el pájaro en la mira. A Raúl todo le parecía maravilloso, increíble... Ella miraba y callaba. Los eucaliptos se mecían violentamente en la terraza. Pasó una desbandada de palomas y dije que eran gaviotas.

— ¿Cerca del mar? —preguntó ella.

De entrada supimos que las dos éramos apasionadas del mar. Raúl se aproximó al carrusel y sorprendido preguntó si funcionaba. Oprimí el botón plateado. Los caballitos subían y bajaban con sonrisas de divas desgastadas.

—Qué maravilla —por fin dijo ella...

Intuitivamente encontró los reflejos en los espejos. Fijó su mirada en mí, sentí una descarga eléctrica que comenzó en mi cráneo y bajó por toda la columna vertebral hasta llegar a mi sexo. «Maravilloso —repitió—. Sí, en verdad...» Raúl preguntó dónde había adquirido ese bellísimo carrusel. «Se trata de una historia sangrienta —le aseguré—. Un hermano furibundo acribilló a su hermana y al amante de esta en la feria de un pueblo cercano a Oaxaca. El carrusel quedó arrumbado por años esperando a que alguien lo rescatara.» Querían saber más.

Los invité a sentarse frente a la chimenea. Raúl escogió los cojines dispersos sobre el piso. Genovesa sabiéndose vista por mí no encontraba acomodo. Mi casa le parecía salida de un sueño. Le dije que provenía de un sueño constante. A lo largo de años había soñado en esta casa situada de-bajo de mi casa real. Para llegar a ella tenía que cruzar por aterrorizantes pasadizos subterráneos, pero cuando entraba todo lo que veía me gustaba y me sentía feliz. Un buen día decidí construirla.

— ¿Y se cumplieron tus sueños? —preguntó Genovesa irónica.

—En cuanto a la casa sí, pero... en cuanto a ser feliz, no sé—. Me levanté a hacer una torre de leños en la que coloqué varios ocotes. El fuego se hizo de inmediato. Mi destreza sorprendió a Genovesa.

— ¿Prejuicios hacia las mujeres de mi condición?

—Sí —aceptó con una sonrisa abierta. Raúl, quien no le quitaba la vista de encima, le pasó un cigarrillo prendido. Sentada en el escalón de la chimenea, Morena metió la mano a su ya conocido bolso negro y sacó una hierbita olorosa.

— ¿Puedo? —preguntó.

Temiendo la llegada de mis hijos estuve a punto de decirle que no.

—Claro que puedes —contesté sin dejar una pausa que los hiciera dudar de mí.

Nos concentramos en el ritual del ensabanado fantomas. Morena me otorgó el honor de prender el cigarro. Aspiré con fruición dos veces y se lo pasé a Genovesa. El cigarrito roló de boca en boca como si fuéramos viejos camaradas. Las palabras comenzaron a alentarse. Me levanté a preparar las bebidas antes de que me entrara la pereza. Dije que cada quien se sirviera las próximas rondas a su gusto. Morena y Genovesa se miraron. Quería que escucharan un disco de Alain Barrière. A Genovesa le recordaba el murmullo del mar. Con mi voz tendiente a volverse un murmullo los obligué a acercarse a mí.

—El oleaje —me dijo poniendo su mano sobre mi brazo— es como los sueños. Soñaba con vivir en el mar —la mano siempre sobre mi brazo. Sus ojos color ámbar me atraían mucho y temía que su exmarido supiera lo que me estaba pasando.

—No estoy acostumbrada a que se me toque —le dije en voz baja. Hizo un gesto de verdadero azoro y quitó la mano—. Cuando yo era pequeña, mi madre no permitía que se me tocara, decía que era alérgica al tacto humano —agregué.

— ¿Alérgica al tacto humano? —dijo echándose hacia atrás.

Lo lamenté terriblemente. Ahora ella estaba lejos de mí. «Tengo que ganar el terreno perdido por mi estupidez», me dije.

Él bebía rápido y ponía nerviosas a las primas. Genovesa le dijo algo sobre su hígado, que no iba a hacerse cargo de él, esta vez lo dejaría en la calle. «Ay, qué dureza», pensé. La insistencia seguía sin permitirnos fluir. Me parecía inútil tratar de regenerarlo a esas horas de la noche. Raúl oyó mi comentario y puso los dedos sobre la alfombra, hizo pequeños círculos asegurándole a Genovesa que ella seguía siendo su musa. La musa se le lanzó como una fiera:

— ¿Musa?, por favor, lo que quieres es retenerme a tu lado para que te rescate de tus borracheras.

Percibí lágrimas en los ojos de Genovesa. Tuve deseos de abrazarla y decirle que no se sintiera mal. Morena me había dicho que salían juntos para ver si podían seguir siendo amigos. «Los pobres», había dicho. Él, como si no hubiera escuchado nada, insistió. Dijo que le gustaba mucho su cuerpo de mujer semita. Eso me interesó... pero de inmediato se hizo un hoyo negro por el que todos caímos.

Raúl decidió levantarse, trastabilló entre los cojines. Morena y yo reímos. Con pasos inseguros llegó al carrusel. Lo miraba como un niño. Volteó a preguntarme si podía subirse a uno de los caballitos.

—Para eso están —le contesté—. Eso es lo que han estado esperando...

Al intentar levantarme para prender el mecanismo caí sobre los cojines regados por el piso. Mi papel de femme fatale se vino abajo. Morena y Genovesa corrieron a ayudarme. Morena me dio la mano y Genovesa me agarró del antebrazo: entre las dos hicieron palanca y me dieron el jalón. Reían a más no poder. Yo las acompañé en sus risas.

Raúl invitó a Morena a pasear con él. Ella, por primera vez en toda la noche, dejó su bolso negro y le contestó que no. Raúl insistió, le suplicó que lo acompañara a lo alto de una nube. Genovesa le dijo que no fuera rejega. Morena rio e ipso facto se levantó. «La prima mayor tiene poderes sobre la menor», pensé.

Morena, con ojo guiñado, estudió los caballos. Escogió el percherón blanco con las patas delanteras pegadas al pecho. Genovesa volvió a los espejos.

— ¿Vives sola? —me preguntó.

—Al otro lado viven mis hijos —señalé.

Se sorprendió de que tuviera hijos. Quiso saber sus edades. Dieciocho y diecinueve.

—Entonces tú...

—Yo soy una vieja que está por cumplir treinta y nueve años.

—Pues no lo pareces y, ¿sabes?, a mí me gustaría tener esa edad. —Ella acababa de cumplir veinticinco años. Raúl pidió silencio.

—Sh, estoy viendo a Roberta, sh, por favor, está brincándose la reja de su casa. Mira hacia todos lados. Le hace una señal a alguien. Ah, es el príncipe —dijo sorprendido—. Brincan la barda, entran sigilosos a la casa, Roberta pone la oreja en la puerta de la recámara de sus padres. «Ven», le dice al extranjero. Entran a su cuarto. Prende el tocadiscos y se escucha la Beata Vergine. Él la levanta en vilo, la echa suavemente sobre la cama, se sube sobre ella, la besa...

La historia del príncipe resultó una cálida escena erótica dirigida a Genovesa. Ella parecía perdida en sus profundos interiores. Morena preocupada por su prima la invitó a subirse al tercer caballito.

Genovesa sugirió que me subiera yo. Me acerqué a ella tomándola del brazo y le aseguré que Mahoma, mi caballo favorito, estaría feliz de pasearla por parajes maravillosos.

—Mm, parece que vale la pena —dijo.

La ayudé a subirse al alazán de sonrisa fiera. Apretó sus muslos sobre el vientre del caballito mientras este subía y bajaba. El viento que entraba por la ventana abultaba su blusa. Rio. Su risa era deliciosa. En eso se abrió la puerta junto a la chimenea. Alberto entró intempestivamente y miró a mis invitados de arriba abajo. Le presenté a Genovesa y a Raúl. No respondió a sus saludos. Su soberbia me puso fuera de mí pero pensé que debía invitarlo a tomar una copa con nosotros. No aceptó la invitación. Salió dando un portazo. Morena, Genovesa y Raúl se bajaron del carrusel. Pálida, Genovesa cuestionó los derechos de mi hijo para enjuiciar a mis amigos. Argumenté que yo le había dado el papel de juez cuando me divorcié de su padre.

— ¿Siempre los tienes que defender? —me preguntó Morena enojada.

Volvimos a la chimenea con los ánimos enfriados. Hablamos sobre la relación madre-hijos. Ellos como hijos tenían puntos de vista diferentes a los míos.

Ya entrada la mañana nos despedimos.

Me metí a la cama y para mi sorpresa se me soltó un llanto profundo.

Lo lamento, cuánto lo lamento.

Terminan las vacaciones de cura

Estaba frente a una enorme reja de hierro en Barrilaco. El frío me calaba y nadie salía a abrirme. Después de varios timbrazos, vino por fin una mujer sesentona con unas enormes gatas colgándole de una naricita. Pregunté por Morena. Ella me miró de arriba abajo y después me dijo que pasara.

Cruzamos el jardín en silencio. Olía a pasto recién cortado. Adentro, me señaló una escalera de madera cubierta con alfombra roja. Me dijo que la subiera. La mujer se perdió tras una puerta batiente que seguramente llevaba a la cocina. Hice un sucinto análisis del mobiliario. Llegué a la conclusión de que se trataba de una casa de nuevos ricos. ¡Ah!, el retrato de una dama narcisa colgaba del muro. «Seguramente es la madre de Genovesa», pensé. Qué extraño. Me había hecho a la idea que Morena era la hermana de Genovesa y no su prima. La posibilidad de que así fuera me removió fuertemente. Morena, que en esos momentos salía del cuarto, se sorprendió al verme ahí parada.

— ¿Verdad que ya no venías? —me preguntó.

No supe qué contestarle. Me hizo pasar a la recámara que compartió de niña con Genovesa. Una espesa capa de humo velaba los cuerpos esparcidos por todas partes. Los imaginé camaleones recostados sobre piedras calientes. Voltearon a verme cuando Morena me presentó como su amiga Valeria. Genovesa se levantó de un mullido sillón y vino a saludarme. Busqué en su mirada algún signo de reconocimiento, pero no encontré ninguno. A partir de ese momento se entregó al papel de anfitriona. Ocupé el sillón que había dejado vacante junto a la ventana. Me maldije por haber deseado tanto volver a verla. Me quité el saco de tweed, me arremangué las mangas de la camisa; mis botas brillaban bajo la lámpara del techo. Me sentía a la distancia de una estrella solitaria. Miré a los camaleones a través del enorme espejo que cubría un closet. Genovesa regresó con las bebidas. Fui la última en recibir mi copa de vino tinto. Me sonrió gentilmente.

— ¿Nunca tomas otra cosa? —preguntó. Le contesté que era mujer de gustos fijos.

Se le notaba cansada y triste. Pensé que la vida tampoco era fácil para los jóvenes. Se dirigió a la cama junto a una mujer de mirada azul. Raúl, con todo y silla estilo Reina Africana, se hizo a un lado para dejarlas solas. Me enteré de que era la famosa Roberta. Por su aspecto la supuse actriz y seguramente hija de padres ricos. Nos cruzamos miradas y sin razón alguna entablamos la guerra.

Sentado a mi lado, un hombre de pelo lacio, de tipo oriental, se presentó conmigo como David. Recordé que Morena se había referido a él como un buen poeta. David platicaba con Marta, reconocida feminista, sobre lo nocivo de los medios de comunicación en nuestro sistema. Podría integrarme a la plática, pensé, pero no tenía deseos de hacerlo. En ese momento llegó una nueva ronda de copas. «Uf, qué maravilla.» David sorprendido volteó a verme.

—La vida no es fácil.

Estuvo de acuerdo conmigo. Después de unos traguitos más sentí que la tensión de la musculatura se me aflojaba.

Genovesa seguía discutiendo con Roberta; de pronto golpeó la cama con el puño cerrado. Volteó a ver si nadie la había visto. No, por suerte. Recordé las tres cabezas sangrantes de toros en la plaza de Janitzio y volví a tener ganas de vomitar. Morena me preguntó si me sentía mal. Me sorprendió mi transparencia. Le dije que no sabía cómo iba a ser la vida sin ella. Se le llenaron los ojos de lágrimas y me pidió que no habláramos de su partida.

—Entonces es tiempo de irme —dije mientras me bajaba las mangas de la camisa.

En eso, entró un joven de sexualidad dudosa. Tenía la nariz exageradamente chueca. Pidió disculpas por la tardanza. Venía de la lectura de una pieza de teatro de un querido amigo suyo. Estudió cuidadosamente dónde sentarse y decidió hacerlo junto a mí. De inmediato se presentó. Se llamaba Janosh y era de origen húngaro. Me había visto en el Colegio de México. Yo no lo recordaba. Le comenté que en el momento de su entrada estaba por irme.

— ¿De veras?, ¿y por qué no te quedas un rato más? Antes de percatarnos ya habíamos perdido la sobriedad y fluíamos alegremente. Me confesó que estaba nervioso pero muy emocionado: mañana partía en búsqueda de la Luz a Bangladesh.

— ¿Donde hacen el mejor rock? —pregunté. Lo acababa de leer en una pinta de la San Miguel Chapultepec. Rio. Me preguntó si cerca de la casa de Genovesa.

—Sí —dije sin saber que por ahí vivía la dama que no quería saber nada de mí.

Sorpresivamente vino a sentarse a mis pies. Me enteré de que Janosh partía a París en el mismo avión que Morena. Allí haría la conexión a la India. Genovesa intentaba platicar conmigo pero para mí se había tardado demasiado. Ellos siguieron hablando. Imaginé a Morena y Janosh sentados en el avión mirando a través de la ventanilla, él ya con su cara de místico y Morena con sus habituales collares de papel plata. Los dos tristes despidiéndose de este México cruel. Sonreí. Me dije que si no aceptaba conversar con Genovesa lo lamentaría después, pero estaba iracunda con ella y no podía romper mi frialdad.

—Esta vez sí me voy —dije.

Morena se levantó para abrazarme y me recordó lo dicho.

—Hasta mañana —dije con la mano en alto despidiéndome de los demás.

Genovesa se ofreció a acompañarme al coche. Le dije que no era necesario. Por suerte insistió. Calladas bajamos las escaleras. Frente a la mujer de ojos ámbar prendí el auto y di un arrancón adolescente. La vi pequeñita en mi espejo retrovisor...

Malas premoniciones ocupan, cachucha, mi mente

Cerca del alba escuchaba cánticos en algún jardín cercano a mi casa. Cánticos de muerte. Morena podría estar en peligro. Tenía que hablarlo con alguien y solo quería hacerlo con su prima. Mi deseo crecía en los días pero sabía que después de mi último desplante era peligroso acercarme a ella. Mientras marcaba su número telefónico temblaba. Ella contestó el teléfono. Había estado tentada a llamarme. Morena le dejó mi teléfono con una nota diciéndole que me llamara. Le pregunté por qué no lo hizo: me hubiera dado tanto gusto...

—Después de aquella noche me da miedo —me aseguró. Nunca me hubiera imaginado esa respuesta. Ahora me tocaría conocer la otra cara de la verdad.

Pasé por ella a la hora acordada. Paré el coche frente a su estudio. Al escuchar seis campanadas electrónicas de algún campanario cercano timbré. Genovesa asomó la cabeza por la ventana para decirme que ya bajaba.

Al verla salir por la puerta de cristal del viejo edificio donde vivía, el corazón me dio un vuelco. Caminaba erguida. Traía puesta una falda oscura y una blusa color magenta: parecía gitana. Subió al coche, me saludó con un beso apenas rozando mi mejilla. Se me quedó mirando fijamente.

— ¿Cuál de las dos mujeres eres? —preguntó—. ¿La de la primera noche o la de la segunda?

Muy a mi pesar le respondí que era las dos. La que me permitía gozar plenamente de la vida y la otra que me lo impedía. Sonrió entendiendo perfectamente a qué me refería.

Propuse ir a tomar copas a algún sitio de su preferencia. Meditó mi proposición. Con tono ceremonioso me dijo: «Adelante». Se acomodó para guiarme al Restaurante del Lago.

El capitán nos sentó junto a la ventana. Dos nubes negras, delgadas como dagas, rayaban el cielo rojo. Genovesa pidió el whisky de los dos perritos bravos. Yo pedí una botella de Siglo. La fuente del lago lanzaba un poderoso chorro de agua que se esparcía hasta la ventana como un delicado rocío.

Le confesé que mi malestar de la noche anterior provenía del enorme deseo que tenía de verla...

— ¿Malestar? Más bien parecías furiosa.

Ella también había pensado en mí, pero... estaba pasan-do por una crisis.

— ¿Raúl?

—No, no solo él.

Llegaron las bebidas y brindamos con una mirada sostenida.

—Roberta, ¿sabes quién es? Cuando llegó de París, no quería volver a casa de sus padres y yo la invité a compartir el departamento conmigo. Raúl estaba por mudarse. Ahora... ella es la que está por irse —se hizo un largo silencio alternado con fumadas de sus Benson dorados—. Todos los amigos que me habían jurado amistad eterna, ahora que los necesito no están para reconfortarme. —El dolor se marcó en su cara.

¿Quién era Roberta? ¿Una querida amiga? ¿Una apasionada amante? Moría por preguntar, pero preferí esperar.

—Las relaciones se corroen con el tiempo —dijo.

—No siempre. Algunos encuentros apasionados se convierten en buenos amores —dije muy seria.

— ¿Tú crees eso posible?

—Estoy segura.

Rio. Me preguntó si ya me había encontrado un buen amor.

—No, muy a mi pesar —dije—. Pero estoy segura de que va a llegarme.

—No sé si considerarte optimista o una romántica —dijo. Reímos...

Me preguntó si ahora entendía por qué no se me había acercado aquella noche. Por primera vez percibí cómo el mecanismo de mi rabia me enceguecía al grado que mi incomprensión se volvía un peso muerto. Hablamos largamente y comenzó a contarme sobre la puesta en escena de El príncipe travestido.

Roberta había sido la directora y traductora de la obra. Genovesa se sentaba en la primera fila del teatro a mirar los ensayos.

—Nadie sabía quién era yo —sonrió—. Simplemente era la escenógrafa y la consejera de la puesta en escena, pero debíamos mantenerlo en secreto. Cuando volvíamos a la casa hablábamos largamente sobre El príncipe travestido. —En ese momento se le llenaron los ojos de lágrimas.

Pronto se recompuso y dijo que prefería que hablásemos de mi matrimonio:

— ¿Lo amaste? —dijo.

Su pregunta me sorprendió.

—No, nunca estuve enamorada de él. Los primeros años de mi matrimonio lo odié. Inmediatamente me hizo saber que se había casado conmigo por interés. Años después, cuando entré a psicoanálisis, tuve que aceptar que yo tampoco me casé enamorada de él. Lo nuestro se convirtió en una relación tranquila.

—Me parece increíble que alguien como tú haya vivido trece años sin amar a su esposo.

La razón principal habían sido mis hijos. No quería dejarlos desde tan pequeños sin papá. No lo entendía.

—Los hijos nunca agradecen ese tipo de cosas —aseguró.

Cambió de bebida y pidió coñac. Cuando se fue el mesero me preguntó si nunca había estado enamorada.

Le conté la historia de Arturo.

—Mis padres no me dejaron casarme con él porque no era suficiente para mí. Según averiguaciones de mi padre supimos que la madre tenía un amante y eso era lo peor. Me prohibieron volver a verlo. Me propuso huir con él —sonreí amargamente—, pero yo era demasiado niña y no me atreví. Seguí enamorada de él durante todos los años de mi matrimonio. Como diez años después me lo encontré y me pareció un desconocido.

Aproveché para decirle que acababa de recibir una pro-posición matrimonial y que estaba pensando en volverme a casar.

— ¿Tú?, ¿volverías a casarte?

Mi imagen pareció desmoronarse ante ella. Su certeza de que alguien como yo no estaba hecha para el matrimonio me hizo mella.

—Es el primer hombre que aceptan mis hijos y mis padres al mismo tiempo en los seis años que llevo de divorciada —le expliqué.

Preferí callar que debía casarme antes de cumplir los cuarenta años o después ya no les gustaría a los hombres.

Debía partir. Había hecho una cita tardía con Alejandro.

Me pareció absurdo dejarla cuando la noche apenas comenzaba; le pregunté si le gustaría la compañía de una mujer interesante por lo que restaba de la noche.

— ¿Te refieres a ti?, vaya, qué modesta —rio.

Le parecía que ya era tarde para cancelar una cita. Le aseguré que solo era cosa de pasar un mal momento.

El teléfono del Restaurante del Lago estaba descompuesto así que llamé a Alejandro, mi posible marido futuro, desde una caseta en Reforma por donde pasaba la Ruta Cien. Alejandro no podía oírme. Le repetí que estaba en una reunión muy importante.

—Mañana sigues platicando con tu amiguita —me dijo furioso—. Ahorita vente rápido a mi casa, ¿me oíste?

—El veinte está por terminarse —le anticipé...

Cuando colgué me declaré mujer libre. Genovesa y yo reímos. Nos dirigimos al sur.

El sur

Las dos siempre habíamos vivido al otro lado de la ciudad y este viaje significaba dejar atrás nuestros pasados. Buscamos un lugar donde guarecernos y me decidí por el King's Road, que me pareció ideal para continuar hablando sobre nosotras.

Bajamos por una escalera de caracol hasta el bar de madera oscura, muy a la inglesa. Era temprano y escogimos una mesita en la esquina donde podíamos sentirnos aisladas del resto del mundo. Yo pedí tequila Conmemorativo y ella siguió con su coñac.

Quería saber quién era Roberta, qué significaba en su vida. Dispuesta a descubrir una línea de guía recurrí a una historia del pasado:

—Ada, la bella Ada, una australiana nacida en Polonia a quien conocí en Ischia: una pequeña isla del Mediterráneo donde veraneaba con mis padres. Esta mujer judía, con unos ojos verde mar incomparables, estaba casada con un lord inglés de quien se separaba una vez al año para descansar de la agitada vida social. Me pareció verla parada entre los dos viñales dorados que enmarcaban la entrada del restaurante del Regina Margherita. Ada esperaba a que el maître fuera por ella. El, súbito acudía a recibirla y después de una pronunciada caravana, le hacía seguirlo con una mal disfrazada sonrisa. Ella, vestida de largo, con las joyas precisas, cruzaba el comedor. El tintineo de los cubiertos se detenía hasta que la mujer se sentaba en un lugar previamente asignado.

»Los huéspedes siempre teníamos la misma mesa mientras duraba nuestra estancia —hice una pausa—. Esa noche, Ada volteó a mi mesa y se le quedó mirando a la caja azul del té de jazmín tibetano que mi madre solía tomar. “Such a beatiful box for tea, dijo con acento inglés. “Would you like to try it?”, le pregunté. “I would love to.”

»La invité a probarlo después de la cena. Aceptó encantada. Esperé pacientemente a que ella llegara al té. Antes de sentarme sugerí que por qué no mejor tomábamos una copa en el bar de la terraza. La idea le encantó pero prefería salir del hotel. “A la Disco Regina, por ejemplo”, dijo.

»Me sorprendió su proposición pero la posibilidad de alejarnos de ese anquilosado ambiente me pareció estupenda.

— ¿Era muy bella? —interrumpió Genovesa con una mirada picara.

—Bellísima —respondí.

Quiso saber la edad de la lady. Le dije que tendría como cuarenta y cinco años. Se sorprendió.

— ¿Te parece vieja?

—No. Simplemente no me había imaginado que fuera mayor que tú. Me encanta tu edad.

Le interesaba saber si había bailado con Ada. La música no era su fuerte, así que preferí verle de cerca esos ojos verdes y nos sentamos.

—Esa noche Ada y yo hablamos sobre la infidelidad. Me contó de una pequeña colina en Capri donde había unas cuantas casitas blancas: «Un sitio ideal para amantes —me comentó—. Debes irlo a conocer...». Le dije que me encantaría conocer ese paraíso.

— ¿Y lo conociste? —quiso saber Genovesa jalando su silla hacia mí para oír la respuesta.

Ante su declarada curiosidad por Ada le pregunté por Roberta. Se hizo un silencio...

— ¿Qué deseas saber? —me preguntó.

—Si fue tu amante. —Calló echando volutas de humo por la boca.

—Qué atrevida eres... Y tú, ¿fuiste con Ada a la colina de las casas blancas?

—Mmmm —musité con la mirada fija en su boca. —Mi deseo por ella era tan evidente que decidí no luchar contra él.

— ¿Fuiste? —insistió poniendo su mano en mi antebrazo. Instantáneamente pidió una disculpa por haberme tocado. Le pedí que lo hiciera, que me tocara todo el tiempo que quisiera. Se lo dije pasando mi dedo sobre la pelusilla dorada de su mano. Genovesa respondió tocando mi dedo. El mundo dejó de existir, cuando, de pronto, se escuchó una trifulca callejera; luces intermitentes, balazos, ambulancias aullando. Disturbadas por la fragmentación de ruidos y colores salimos corriendo. Supimos por el vigilante del estacionamiento que en la esquina habían encontrado muerto a un hombre muy elegante. Apenas entonces nos percatamos de que ya era de mañana y aún teníamos tanto que contarnos.

Fuimos a comer churros con chocolate al Moro de San Juan.

Hablamos sobre Morena pero el tema resultó ríspido. Su prima temía por su integridad física. Sorbió un trago de chocolate francés y dijo que ojalá tuviera la fuerza para... sobrevivir. Levantó la cabeza para verme y súbitamente volvimos al mismo sitio candente en el que habíamos deambulado toda la noche.

Regresamos a su casa a mediodía. La vi perderse tras la puerta de cristal de su viejo edificio. Inmediatamente sentí nostalgia por ella. Me alejé en mi negro Mustafá temiendo que era la última vez que la veía.

Pisos de madera

Me había anticipado que vivía en un cuarto piso sin elevador. Subí ágil como una gaviota. Ella recargada en el rellano me esperaba con la puerta abierta. Se parecía a mí. Sentí taquicardia. Me preguntó si me pasaba algo.

—No, nada. —Sonrió invitándome a pasar.

Entré a un enorme espacio con piso de madera y duelas desvencijadas. Un vacío apabullante. Sentí frío. No supe si de afuera o era mío. Rodeé mis brazos con las manos. Seguramente ella notó la sorpresa que me había causado su departamento. Me preguntó si era diferente a lo que esperaba.

— ¿Diferente a lo que esperabas o diferente a lo tuyo?

— ¿A las dos cosas?

Rio de mi franqueza. Al fondo del estudio había un cuadro a medio pintar reclinado sobre un caballete. A través de una ventana se miraba un mar congelado.

—Un sueño vuelto realidad —comenté.

Ella dijo que tenía que ver con su deseo de mar. Al otro lado del cuadro había dos bancos altos. Me destinó el más alto. Supuse que tendría que mostrar alguna dote histriónica pero me aseguró que los lugares eran intercambiables. Un espejo rodeado de latón enmarcaba nuestras cabezas; como fondo se veía el mar del cuadro. Me encontraba en el punto de fuga donde convergían todos los ángulos. Me dijo que había olvidado algo y me dejó sola para desglosar su espacio con mi vista barroca. En uno de los muros blancos había tres fotografías de mujeres de otras épocas.

La Condesa venida a menos volvió de la cocina; traía un regalo estupendo: Siglo, mi vino favorito. Lo vertió en dos vasos. Mi mirada fluyó entre su boca y el líquido rojo. Recogió la mata de su pelo cobrizo dejando al descubierto su cuello y se miró en el espejo. Sentí tal deseo por la desconocida que estuve al borde del llanto. Se escuchaba una música constante: Pink Floyd a la deriva sonaba en un viejo aparato. Me dijo que había pertenecido al abuelo oso. Un hombretón que le daba besos mojados cuando de niña lo visitaba en su taller de relojería. Describió sus enormes manazas arreglando las delicadas maquinarias de relojes antiguos. Me gustaban sus orígenes.

Pregunté quiénes eran las mujeres de las fotografías. Me respondió que su tatarabuela, su bisabuela y su abuela. Bellas y distinguidas, las tres mujeres tenían algo de distantes.

A un lado del corazón, un maravilloso camafeo perteneciente a la madre de la tatarabuela las adornaba.

—Qué sorprendente que este mismo camafeo haya pasado de mano en mano sin perderse —dije.

Genovesa se tocó coquetamente el camafeo a un lado del escote de su blusa negra. Me acerqué a ella, le dije que era bellísimo. Cortó la alusión sirviéndonos más vino.

—Con razón eres tan guapa —dije después de ver a las mujeres de quienes provenía.

Sorbí un trago de Siglo y de pronto me percaté de que un pequeño buró, al lado de la puerta principal, estaba como esperando salirse en cualquier momento. El pequeño mueble fue la clave para situarme en el presente de mi anfitriona.

—Roberta se acaba de mudar... El buró no cupo en la mudanza.

Ahora Genovesa se daba cuenta lo mujer de pocas pertenencias que era. Recorrió con la mirada su estudio, suspiró, en adelante iba a tener mucho tiempo a su disposición: tiempo para la pintura, para leer, para pasear por las calles de México. Ah, pero sobre todo, nunca volvería a enamorarse.

—El amor no existe —aseguró cabizbaja.

—Te refieres a Roberta.

—No, hablo en general: Raúl...

Mi mirada se posó en su boca. Se levantó nerviosa para dirigirse a la ventana. Se embebió con algo que solo ella podía ver. Mi vista volvió a ocuparse de su mar. Mi deseo se agitó violentamente. Genovesa regresó la cara al estudio y pareció sorprenderse con mi presencia. Quiso negarlo invitándome a su lado. Me indicó que mirase a la derecha.

Afuera, rodeado por una nube amorfa y ambarina se erguía el Castillo de Chapultepec. El último rayo de sol se metía en su cabellera volviéndola más cobriza. Mi mano traviesa obedeció una orden irreflexiva y la acarició. Genovesa volteó asombrada. Me disculpé apenada por el exabrupto. Tomó mi mano como si fuera a castigarla, se escuchó el timbre. Las dos nos sobresaltamos. Genovesa se asomó a preguntar quién era. Una voz varonil respondió. Ella, alegre, le dijo que subiera. «Qué mal tino», pensé.

Un pelirrojo con los pantalones deshilachados entró al estudio. Al verme le dijo a Genovesa que no se imaginó que tuviera visitas. Venía de los estudios Churubusco de editar su último filme.

El malestar desapareció cuando nos dimos cuenta de nuestro amor por la teatralización. Muy pronto estábamos en medio del estudio representando un diálogo caliente ante el ojo agudo de nuestra anfitriona. Hice una improvisación que llamé El paso leve de la dama violeta. Resultó un monólogo que terminaba en trágico crimen. La imaginación fluía y cuando vi ya eran las cuatro de la mañana. Me preocupé por mis hijos.

—No está bien que te vayas sola tan tarde —dijo Erick.

Estuve de acuerdo con él pero nunca había faltado a mi casa. Genovesa dijo contundente que no me dejaría irme a esas horas.

—Temprano les hablas —recomendó.

Tampoco yo tenía ningún deseo de dejarlos solos. Pero había un problema: solo existía una pequeña cama donde dormía la dueña de la casa y un colchón en el cuarto vacío. Con un volado se decidiría quién compartiría la cama con la dama. Yo gané la apuesta.

Cuando al fin nos acostamos solo pensaba en su cuerpo, en cómo tocarla. Cuando me decidí a hacerlo, ella con mucha delicadeza, quitó el brazo que se había deslizado bajo su cintura antojadiza.

—Es mejor dormir —dijo susurrante.

Ninguna de las dos durmió nada.

Muy disciplinada

«Ni los peores desvelos deben impedirte acudir a tus obligaciones», me dije. Hice uso de mi bien instrumentada disciplina y asistí a la universidad. Frente al maestro Hugo, de nacionalidad argentina, neurótico y fluido, me puse a divagar. Recordé que le gustaban las mujeres burguesas. «Usan perfume, van con regularidad al peluquero y sobre todo conocen las leyes del coqueteo y el amor.» Cómo era posible que el buen Hugo, a pesar de su erudición, tuviese problemas con su erección. Según él, se debía a que tuvo una madre muy dominante. Con aquella confesión y algunos reconocimientos más cercanos construí mi propia teoría: misoginia aguda. Las intervenciones de mis compañeros me parecían eternas y a cada rato emanaba, como de una especie de cuerno de marfil, la cara de Genovesa. Solo deseaba navegar por sus torrentes de emoción contenida tan alejada del lenguaje rebuscado de Hugo. Comencé a presentir el absurdo de la vida intelectual. Antes de darme cuenta ya estaba en la puerta diciéndole a Hugo:

—Adiós, tengo algo urgente que hacer, adiós.

No me atreví a llegar de improviso a la casa de Genovesa y tampoco quería irme a la mía. Con el espíritu inquieto decidí dar un paseo por el viejo Chapultepec. Era lo más cerca que podía estar de ella. Caminé por el bosque. Súbitamente tuve la conciencia de los múltiples recorridos que había hecho en mi vida. Cada vez emprendía nuevas aventuras, creyendo que eso era lo más importante y que debía seguir sin mirar atrás. Mi ascendente escorpión me obligaba a siempre estar comenzando algo. Lo anterior moría y el presente nacía golpeando.

Me recosté bajo la sombra de un árbol. Aparecieron las ondulaciones del cansancio y sentí cómo entraba a un túnel muy largo. Era el espacio silencioso del sueño. Regresé a mi casa. Subí por la escalera de los amantes para que nadie me viera. Cerré las cortinas gruesas y me dormí en el momento que puse la cabeza sobre la almohada.

Cuando desperté, mis hijos ya se habían ido. «Bueno —me dije—, ahora me toca vivir a mí.» Me levanté apresurada. Debía vestirme e ir a la fiesta de disfraces que el recién conocido Erick el rojo había organizado en ocasión del Día de Muertos.

Naturalmente no tenía disfraz porque había preferido dormir. Esa pequeñez me alteró y concluí que iría con mi disfraz de cada día.

Frente al espejo me calcé unos jeans ajustados, me puse unas botas lustrosas con tacón cuervo y un sombrero de fieltro con una pluma de codorniz bien ladeado. Me miré echándome tres pasos hacia atrás.

—Sale y vale.

Puente de Muertos

A mi alrededor gente disfrazada de calaca; hombres travestidos de mujeres, mujeres travestidas de hombres... Veía todo a través de mucho humo de cigarros. Me llegaba un penetrante olor a polvos de maquillaje. La música era un rock estridente que tocaba seguramente algún grupo alemán. Caminé, trick y track, escuchando fragmentos de conversaciones. Me alucinaba la trivia...

—Yo, muy feliz.

Volteé a ver al afortunado. Uy, tenía dientes de ratón. Me preguntó cómo estaba.

— ¿Yo? Yo estoy esperando a alguien —contesté.

— ¿Plantón?

—Posiblemente.

Nos pusimos a charlar. Me dijo que era reparador de pieles.

— ¿De víboras o de cocodrilos?

—De humanos —dijo—. Trabajo en la morgue —y movió la mano como si cortara panza con bisturí.

Recordé el cuadro de Rembrandt donde, vestidos de negro, el doctor y sus discípulos miran un cadáver abierto. En eso hubo un bajón en la intensidad de la luz; se abrió la puerta principal empujada por el viento: entró ella vestida de negro con sombrero de hongo. Una mitad de su cara sonreía, la otra lloraba. En la mitad que reía tenía pintada una lunita roja brillante en cuarto menguante. «Genial», pensé.

—Es ella —le dije al reparador.

—Achis —alucinó.

La mujer caminó sin buscar a nadie. Se detuvo a escuchar la música. Con cuerpo y cabeza empezó a bailar el letitbi. Supe de las diferencias de nuestros ritmos: me gustaba el suyo. Repentinamente, con la mirada, barrió la pista y me encontró. Caminó hacia mí. Le pedí la pieza. Se me quedó viendo desconcertada.

—Sí —dijo con su ritmo de tambora. El mío era de vientos.

La tomé de la cintura, acomodamos cadencias. Se soltó de mi mirada con un impulso.

—Acoplarse —dijo—, ese es el chiste.

Tuve deseos de besarla. En ese momento Erick se dejó venir hacia nosotras. Bailamos los tres. El, caliente, propuso que hiciéramos el amor. No me gusta compartir, estuve a punto de decir, cuando alguien le tocó el brazo; le hablaban de Los Ángeles. Genovesa aprovechó para darme la noticia:

—Mañana parto al mar —pausó—; a poner en orden los últimos acontecimientos de mi vida.

Tenía el boleto de avión comprado desde hacía una se-mana. La noticia me clavó en la pista. Pregunté si yo estaría incluida en el ordenamiento.

—Quizás —lo pensó.

—Yo también voy a salir durante el puente de Muertos. Invité a Alejandro a mi casa de San Miguel Allende.

— ¿Vas a casarte?

— ¿Te importa saberlo?

Se quedó pensando.

—Sí.

—Quiero darme un chance. A lo mejor me convence...

Mi respuesta, evidentemente, no le gustó pero no hizo comentarios.

—Lástima —le dije, rozando su cuello con mi boca. Ella se echó para atrás.

—Lástima, ¿qué? —preguntó.

Pasé mi mano por la mitad de su cara.

—Para ser alguien a quien no se le puede tocar, tú tocas bastante.

La acompañé a su coche.

—Sí, lástima —dijo, y se fue...

Las jugadas del destino

Estaba profundamente dormida cuando escuché a lo lejos el timbre del teléfono. La hija de Alejandro llamaba para avisarme de que su padre se encontraba en el hospital con un posible infarto. Las palabras no lograban salir de mi boca. ¿Un infarto? Le dije que no tardaba en llegar al hospital. Colgué y volví a dormirme. Un instante después desperté sobresaltada. Me hice un café bien cargado, me bañé, me vestí. Recordé que el pobre de Alejandro me había dicho cuánto le gustaría que le enseñara a vivir; que le enseñara a apreciar la literatura, la música, los buenos vinos, los viajes, amar el mar. El no conoce todas esas cosas lindas porque se ha dedicado a trabajar y ahora que tiene mucho dinero no sabe cómo usarlo. Cuando menos lo pensé ya me encontraba frente al Hospital Inglés.

Había quedado de ver a la hija de Alejandro a un lado de información, pero no estaba. Toda la prisa que me di para mostrar mi preocupación se vino abajo. Maldita sea. En eso

Adela salió del elevador dando un enorme bostezo. Imaginé sus amígdalas. Le pregunté si su padre estaba mejor.

— ¿Mejor? ¿Por qué habría de estarlo? —respondió malhumorada.

«Tienes razón, pendeja», pensé. En el tercer piso, una enfermera de tetas enormes salía del cuarto. La idea de pasarme el día entero dentro de un hospital era lo peor que podía pasarme. Alejandro tenía una sonda en el brazo y estaba pálido como un muerto. Antes que nada me pidió que le dijera a su hermano si ya sabía que algo malo iba a sucederle antes de nuestro viaje.

— ¿De nuestro viaje? —pregunté.

—Sí, de nuestro viaje a San Miguel. Te lo dije, ¿sí o no?

—Sí, apenas hace unos días me lo dijiste —sonreí.

Aclarado el asunto me hizo una seña con el dedito para que me sentara a su lado. La idea me pareció odiosa pero con un ágil brinquito me trepé a su cama. Mientras le acariciaba la cabeza, Adela, sentada en el sofá junto a la ventana, terminaba su maquillaje.

—Ve no más —me dijo su papá—, parece payaso. ¿Cuándo vas a enseñarle a maquillarse? Aprende a Valeria, mira qué guapa.

Sentí pena por la adolescente y le dije que ella sabía arreglarse mejor que yo. En ese momento llegó la hija casada. Venía chapeada de tanto correr para ver a su padre. Insoportable, su voz era demasiado aguda.

— ¿No te lo dije yo? —preguntó a su papá.

— ¿Qué me dijiste tú? —dijo él imitándola.

—Que ya no eras ningún jovencito para andar de parranda todas las noches. ¿Eh?, ¿te lo dije sí o no? —se me quedó viendo.

—Tampoco es un viejo —intervine—. Yo también me desvelo y no me pasa nada.

—Mira Valeria, no te compares con mi papá, ¿quieres? Él ha sufrido demasiado.

«Seguramente ellos tienen la patente del sufrimiento — pensé—. Por andarte metiendo, eso es lo que te ganas.»

No tardó en llegar la procesión de afligidos amigos. Los primeros que aparecieron fueron una pareja extraña. Alejandro me presentó como su prometida...

— ¿Hija de don Marcelo? —preguntó ella.

—Exactamente —respondió Alejandro muy orondo.

Con un peluquín de segunda, el marido se concentró entrecerrando los ojos:

—Ah, sí, sí, sí; mucho gusto, tanto gusto.

La enfermera salvó la situación. Volvía para la revisión del enfermo.

—Tengo que checarlo completito —dijo sonriente. Deben salirse del cuarto.

Alcancé a percibir una mirada de compadrazgo entre el hermano y Alejandro.

En el pasillo, el mundo volvió a ocuparse de mis sentidos. Me deprimían los hospitales, no podía dejar de pensar en la muerte. Bajé al sótano por un café. Cuando subí, Erna, la enfermera, nos dijo que el señor Alejandro nos llamaba. Estaba en perfectas condiciones. El corazón le había vuelto a la normalidad. Ese mismo día podíamos irnos a San Miguel. Me miró enamorado. La piel se me puso de gallina. La enfermera intervino: ella sugería que esperara hasta mañana para que lo revisara el médico de guardia.

—De ninguna manera, mi luna de miel no puede esperar.

Me apresuré a decir que podríamos ir la semana siguiente. Su rostro dulcificado cambió instantáneamente y apareció una máscara de odio.

—Quieres hacerme sentir un lisiado —terminó la frase con un chiflidito sibilino—. Contéstame.

Me vi casada con él y alrededor nuestro toda su familia: la idea me horrorizó.

La hija casada, a quien no le interesaba el desenlace de nuestras vidas, tenía que irse: se le había hecho tarde para recoger a su hijita que estaba en casa de su mamá.

—Me voy contigo —le dije.

—Imposible, si apenas vamos a quedarnos solitos...

La decisión estaba tomada. Con un chasquido de dedos, me despedí de todos.

«No señor, yo no me casaré, tirutita-taratata.» Pisé el acelerador a fondo: deseaba darme un baño bien caliente, quitarme los malos espíritus.

Agustín, mi mano derecha, había dejado una nota sobre la cama: Genovesa llamó por teléfono: está en México. Mi corazón dio un salto. «Seguro es un error de Agustín», pensé mientras marcaba a su casa.

—Los muy cabrones de Mexicana se sobrevendieron con diez lugares.

Me dio risa su enojo. Era la mejor noticia que había recibido en años pero le dije que era una verdadera lástima. No me lo creyó. Quería saber cómo es que yo también estaba en México. Le conté lo que le había sucedido a Alejandro. Reíamos mucho. Comenzaba a creer que todo era una jugada del destino. Ambas en México: qué increíble. Había que averiguar de qué se trataba el llamado...

Me cambié de ropa y fui a visitarla. Estuvimos charlando hasta el amanecer.

Al día siguiente el teléfono volvió a despertarme. Contesté rudamente: no era posible que nunca me dejaran dormir. Genovesa, al oír mi tono me dijo que la llamara cuando acabara de despertar y colgó. Marqué apresurada.

—Pensé que era Alejandro —le dije.

—Y así tratas a tu futuro marido.

—«No, no señor, yo no me casaré» —canturreé. Reímos.

Deseaba invitarla a pasar el puente de Muertos conmigo en mi casa. Mis hijos habían salido con mis padres a Los Ángeles y los sirvientes me habían pedido permiso para irse al pueblo. Ella dijo que le parecía una locura. Ella en mi casa, conmigo.

Tramé finito para convencerla de que no era una locura. Mi seco pensamiento parecía que se iba imponiendo, pero sus miedos no eran una metáfora. No sé cómo llegué a esos vuelos pero le prometí el mar. Mi voz bajó de tono y dejé hablar a mi deseo. ¡Touché! Algo que dije hizo impacto. Aceptaba pero antes debía prometerle que podía irse en el momento que así lo deseara. Me sentí Valeria la peligrosa. Prometí, con un dejo de malicia, que así sería.

—Solo cambio de mi maletín las cosas tropicales por algo más adecuado y... voy a tu casa —la voz le tembló.

La espera

Frente al espejo pinté una línea negra alrededor de cada ojo: un marco sutil. Repetí «Ommmm» hasta sentir cosquilleo en el borde de mis labios. « ¿Para qué la invitaste a tu casa?», me pregunté cuando sentí de pronto un adrenalinazo en mi sistema. Me metí dentro de los jeans bien ajustados. Me puse una camisa de seda rojo sangre: flimp, flap, di un cinturonazo en el flashículo, ¿flash en el culo? Yo, mujer de hábitos obcecados, había invitado a mi casa a una desconocida. Vaya. Recalqué el rojo tierra en mis mejillas. «Mis miedos tampoco son una metáfora», me dije en voz alta. Con un ademán de mano me quité la idea de la cabeza. Me acomodé el aura de personaje impecable y salí al escenario. Estructuré luces y sombras dándole un aire de casual a todo. Me asomé a la ventana: Agustín estaba regando el jardín para poder irse tranquilo el puente de Muertos. Le pedí que me subiera todas las rosas que hubiera en el invernadero.

— ¿Todas?

Mientras él cumplía mi deseo puse el mantón filipino sobre la cama. Agustín subió siete jarrones con flores de todos colores. Le di una pequeña lista con las cosas que iban a hacerme falta para que fuera a comprármelas antes de irse. Le dije que una amiga venía a quedarse conmigo estos días.

—Qué bueno, para que no se quede solita —respondió.

Agustín llevaba trabajando conmigo trece años. Entró cuando casi era un niño. Yo también era una niña, pero ya con dos hijos. Con una sonrisa, me aseguró que no tardaba. Le devolví su gesto. Una parvada de pájaros sobrevoló la terraza. Salí corriendo tras ellos para ver si traían algún mensaje importante para mí. No, no habían dejado nada. Quité las hojas secas de las macetas de la terraza y me senté a mirar detenidamente los árboles frente a la casa. El tiempo pasaba lentamente. Entré por un libro. Nada era suficientemente atractivo. Me decidí por una pequeña novela de Goytisolo, pero no podía concentrarme. «Solo cambio mis cosas de la maleta y voy a lo que prometen ser unas maravillosas vacaciones. Toda mi vida ha sido una eterna espera», pensé y sentí rabia. Me calmé al descubrir que a lo mejor ella también estaba teniendo algunos dilemas. ¿Se estará preguntando por qué le interesa pasar sus vacaciones con una mujer mayor que ella? La imaginé sentada frente a su ventana, observando las masas de concreto de los edificios circundantes. Tres, diez toneladas bajo un cielo enrarecido.

Podría llamar para avisarme de que se le había hecho tarde... ¿o no vendrá? Maldita sea. Cerré los ojos. Se me apareció un gatito rayado, afelpado, con una cabeza pequeñita y ojos color esmeralda. Traía puesta una cadena roja al cuello. La cadena se convirtió en una serpiente. La serpiente se deslizó suavemente hacia mí. Abrí los ojos. Me levanté de un salto para asomarme a la calle. Genovesa no aparecía. Decidí llamar para decirle que ya no viniera... pero no podía desprenderme de la cinta asfáltica. Una lágrima se me escurrió por la mejilla. En eso vi virar su destartalado Volkswagen en la esquina. Bajó del auto. Del hombro le colgaba un maletín café. Miró hacia todos lados para cerciorarse

que el mundo seguía en el mismo sitio. Rajó el pavimento con paso firme. Agustín, que en esos momentos llegaba, abrió la puerta eléctrica desde su coche. Sus miradas se cruzaron. Una mujer parada arriba en la terraza ordenó con voz ronca. «Cadena y candado.» Genovesa se puso la mano sobre los ojos en forma de visera, sonrió e hizo su entrada triunfal a mi mundo. Tuve ganas de aplaudir. Me agaché para abanicar mi cabellera y quitarme los restos de un llanto furtivo. Escuché un taconeo fuerte en la escalera.

Entrada triunfal

Escuché el taconeo de sus botas subiendo las escaleras. Dejó caer su maletín café sobre el ladrillo rojo de la terraza. Me preguntó, sin desprender sus ojos de los míos, si se trataba de un rapto. A decir verdad no se me había ocurrido esa posibilidad, pero la idea me parecía sensacional. Sin embargo, preferí hacerla responsable. Le otorgué el papel de cómplice en su propio rapto. Lo pensó un momento y no pareció muy convencida. Sacó de atrás de su espalda un hermoso ramillete de azucenas.

—Para ti.

Le agradecí el detalle con un beso en la mejilla. Ella insistió:

— ¿Y obtienes placer en hacer prisioneros a tus huéspedes?

—Sí, es muy excitante —le aseguré con sonrisa apenas dibujada.

Me sentía la heroína de una película aún no vista por mí. Era una película que estaba por rodarse en la que ambas seríamos las actrices principales. Le brillaron los ojos como si tuvieran fuego en la trastienda.

Nos sentamos bajo la sombra de la jacaranda. Ella prendió un cigarro y dejó la cajetilla sobre la mesa de madera. Le temblaba la mano. Siguió con la mirada el camino de moho que corría desde la mesa hasta las macetas de Oaxaca. Brindé por su llegada y le pregunté por qué había tardado tanto.

— ¿Me tardé mucho? Tuve cosas que hacer...

Una vez más, su sentir era tan diferente... Simplemente se tardó porque sí, no se trataba de ninguna duda y tampoco imaginó que yo estuviera desesperada esperándola. Lamenté mi ansiedad.

Agustín subió a despedirse. Miró detenidamente a mi huésped y para mostrarle su aceptación le sonrió. Nos deseó que la pasáramos bien. Una vez que desapareció por la puerta de los amantes, Genovesa me preguntó si había alguien más atendiendo la casa.

—Completamente solas —le respondí.

Tomó un trago de vino y fumó. La sentí mirarme con un deseo que no lograba controlar. Me pregunté en voz alta si mi invitada no sería peligrosa. El corazón me decía que sí lo era.

—Quizás los peligros del juego son parejos —le dije.

Ella se levantó como impelida por un resorte. A paso lento caminó hacia el borbotón de flores lilas que unos pájaros pardos picoteaban. Parecía una maniquí moderna. La seguí de cerca. Mi respiración bordeaba su cuello. Dio la media vuelta; pude verle un ojo sobresaliente muy bien maquillado.

Los geranios, los agapandos y los monederos destellaban colores vivos. Alameda, mi perra chihuahua, hizo su aparición. Ladró con voz aguda. La bella sonrió pero no la acarició. Le interesaba saber cómo era que había tantas flores fuera de temporada.

—A quién se debe tal prodigio —preguntó.

—Soy yo la guardiana.

— ¿Así cuidas lo que amas? —me miró de lado.

—Con los humanos tengo mis problemas.

— ¿Tú?, nadie lo diría.

Le parecía que yo era tan leve persona. Volvió a la mesa. Le pregunté si deseaba comer algo. No tenía hambre. Le confesé ser una hambrienta a todas horas del día. Me levanté para ir a preparar la charola. Caminé sabiéndome vista por ella.

En la recámara, a un lado de la cortina, la observé sin que ella pudiera verme. Su mirar era como un estado de ánimo. Crish, crash: una araña patuda salió de entre los pliegues. Solté la cortina.

Salí con una charola llena de delicias. Un olor a zempasúchiles llegó hasta mí, los perros aullaban a lo lejos. Pensé que los vivos nos estábamos muriendo. Genovesa se paró a ayudarme con las viandas. Sin querer rozó mi mano y quitó rápidamente la suya. Serví dos vasos de Margaux Laffite. Poco a poco, comimos suculentamente. Los picos de los árboles se perpetuaban en el horizonte. El cielo gris se fue tornando rosa, luego malva. Refresqué los vasos con vino. Las copas llegaron a nuestras bocas. Se preguntó cómo sería vivir prisionera así. Brindamos, yo por mi prisionera, ella por los días de mar...

El miedo parecía haber desaparecido para convertirse en un reto. La tarde se había enfriado notablemente introduciéndose por nuestras pieles urbanas, pero no me atrevía a hacerla pasar a la casa. En medio de disquisiciones vagas noté que ella temblaba. Sin más dije que entráramos. La hice pasar por delante. Deseaba cuidar cada puntada de la filigrana.

—Creí que nunca entraríamos, ¿qué, guardas algún secreto?

Sonreí apenada. Nos sentamos frente a la chimenea como si no hubiera habido transición entre la primera vez y esta. Pero ahora estábamos solas. El fuego tomó fuerza, Genovesa prendió un cigarro. No podía dejar de pensar en su boca, en su voz. A ella le parecía increíble que estuviéramos juntas, sin más que los muros de mi casa. Las miradas se volvieron cada vez más sugerentes. La tensión fue desapareciendo y cómodamente sentadas en los cojines hablamos sobre nosotras. Me di cuenta que le gustaban las historias de mi vida: exigía principios y finales. Cuando algo faltaba me lo hacía notar. Ella hablaba en forma tan distinta a la mía. Yo era abierta, ella escondía sus misterios bajo veladuras delicadas. Se entretenía en el detalle, yo veía mejor el conjunto. Nuestras diferencias nos encantaban.

Repentinamente le dije que el amor es esencial para el ser humano; es lo mejor que podía sucedemos, todo toma sentido, todo se vuelve importante y maravilloso. Sonrió, le recordaba a Werther pero en versión femenina. Ella me parecía La Maga de Cortázar. Reímos. Tuve deseos de leerle el archileído capítulo siete de Rayuela. Aceptó gustosa. Mi mirada me delataba. Le resultaba difícil tolerarla y los ojos se le humedecían. Pronto recuperamos el calor perdido y comenzamos a quitarnos la ropa excedente. Ante los devaneos climatológicos el deseo creció al límite donde estuve a punto de romper toda ética juiciosa. En eso, para variar, el teléfono sonó para recordarnos que existía la vida extramuros. Era Alejandro que caía como un ave negra dentro de nuestro círculo cerrado. Quería saber qué había pasado conmigo.

—Pareces otra —dijo. No entendía nada y deseaba una explicación. Yo simplemente no quería verlo esos días. Le aseguré que lo hablaríamos después del puente de Muertos.

—No, en seguida —respondió—. Tengo derecho a saber qué está sucediendo. Soy hombre y nadie se burla de mí.

Traté de ser amable pero las palabras me salían violentas. Mientras tanto Genovesa se entretenía viendo los rincones de la casa. Descubrió el setting completo de los espejos con los caballos de madera como tema central.

—No, claro que no tienes ningún derecho sobre mí. No soy tu esposa y aunque lo fuera.

Colgué intempestivamente. Genovesa volteó a verme.

— ¿Es con quién ibas a casarte? —preguntó irónica.

—No, no me iba a casar con él ni con nadie. Nunca he durado más de seis meses con mis galanes —confesé.

— ¿Y con las mujeres?

— ¿Con las mujeres? Después de revisar ventanas y puertas te contesto.

— ¿Temes por nuestra seguridad? Cadena y candado —dijo con voz ronca cuando crucé la demarcación de mi territorio.

Abajo todo estaba oscuro. Sentía un miedo idéntico a cuando era niña. Fui prendiendo luces a mi paso. Salí y corté la única rosa roja como de terciopelo que quedaba en el jardín. Cuando volví Genovesa se había acomodado plácidamente sobre los almohadones y buscaba algo entre las cosas de su bolsa.

— ¿Una menta? —preguntó.

¿Una menta?

Genovesa me ofreció una menta. Sin recato la tomé con mi boca. Sentí el contacto desconocido de sus dedos en mi lengua: un rayo luminoso se abrió camino por mi cerebro. Ella me miró atónita sin quitar la mano. Hice un avance hacia su boca entreabierta por la sorpresa. Temblé, temblamos, con el corazón enloquecido metí mi lengua en su boca, circundé sus dientes: sabía a flor nueva. Nuestras miradas se desprendieron como dos pájaros en fuga. Nos perdimos en el espejo frente a la cama. Alrededor de nosotras miles de ojos rellenos de azul y mar, gusanos y despojos. En medio dos mujeres, una hincada frente a la otra; alrededor de ellas un panteón de ojos. Caíamos en un silencio inhóspito. Gulp, vi mis profundos interiores. Negras entrañas enrojecían, pequeñas estrías se marcaron en mis ojos. Genovesa seguía clavada en el espejo. Su vista se había poblado de nardos.

Todo duró un instante que a mí me pareció una eternidad. Ella salió lentamente del entramado de refracciones.

Parecía una doliente milenaria. Me reconocí en ella como aquella joven mujer que había sido hacía no mucho tiempo. Tomé su mano que reposaba sobre el edredón beige. Las dos veníamos de dos experiencias tan diferentes pero en algo nos parecíamos.

—No es fácil hacer añicos a los fantasmas genitores —le dije—. Lo nuestro significa romper con los símbolos más antiguos: símbolos aprendidos desde antes de nacer. —Bajó la cabeza y acomodó el edredón sobre sus piernas.

—Sí —dijo suavemente—, tiene que ver con algo muy antiguo. —Al verme retraída me pasó la mano por la mejilla. Me preguntó si a mí también me preocupaba.

—Sí —le dije. Mi afirmación pareció tranquilizarla. Poco a poco nuestras formaciones graníticas se fueron disolviendo y el deseo volvió a ser transparente.

Pronto supe que la entrega de su cuerpo era lenta. Había que acariciarla con la mirada, eliminar la tristeza que encubría su voluptuosidad. Tal quehacer se asemejaba a la delicada factura de una acuarela japonesa. Lamí su cuello, su boca...

Afuera, una lluvia fina golpeaba las ventanas. La música de Alain Barrière nos acompañaba en la entrada de un territorio nuevo.

«Dos mujeres», pensé con todo mi deseo a flor de cada poro. Mi boca se detuvo en su cuello. Bajé por su vientre, retuve sus caderas. Ella acercó sus senos a mis senos, a mi cara, a mi boca; lamió con su lengua mi cuello. Volvimos a las bocas reconociendo nuestras lenguas. Las palpitaciones de mis sienes se transportaban a mi sexo. Los caballos, oh Dios, galopan a la velocidad del viento, de sus hocicos brotan llamaradas al rojo vivo. Nuestros cuerpos danzan.

—Qué fuerte siento contigo —susurró.

—Deseo hacerte mía: volverme tuya —musité a su oído.

Mi lengua perturbada recorre sus senos, sus pezones inflamados, su vientre liso, se interna en su vulva: está hecha de musgo fresco. Destellos plateados caen sobre un mar plumbago. Me siento fuerte, ilimitada.

—Le temo al vértigo —dijo.

La tierra se vuelve líquida. Nos detenemos la una de la otra. Reconoce su sabor a través de mi boca... Los leños regurgitan secamente mientras nuestras voces se dicen coplas. Una voz urbana clama: te amo. Esa voz es mía y de nadie más.

Para quien quiera un poco de vida...

Cuando desperté la vi acostada a mi lado. Era muy bella. Me gustaba que solo tuviera veinticinco años y que estuviera allí, en mi cama, tranquilamente dormida. Movió la boca como si fuera a decir algo pero solo era un movimiento del sueño. Deseé que nunca terminara el puente de Muertos. «Es ella a quien he estado esperando toda mi vida», pensé. Pero que fuera una mujer no era cualquier cosa. Recordé a Morena que nunca quería hablar conmigo de su querida prima, pero que finalmente me la presentó y luego le dejó una nota diciéndole que me llamara cuando ella partiera. Qué diferentes eran la una de la otra. Con Morena yo tenía el papel de protectora. Genovesa, a pesar de sus catorce años menos que yo, podía mostrarme caminos que yo anhelaba recorrer.

Abrió los ojos. Noté que algo la afligía. Ya habían pasado tres días y no quería que terminaran las vacaciones. ¿Qué va a pasar después? No había que preocuparse antes de tiempo...

—Me gustas —le dije.

Me pasó la mano por la nuca y el hombro. Qué delicia de manos. Se las miró detenidamente como si no fueran suyas.

—Parecen de pintora.

— ¿Y cómo son las manos de pintora?

—No lo sé, pero las tuyas son muy sensibles.

Me pidió que le mostrara las mías. Me dijo que no sabía de qué podían ser, pero que definitivamente no eran de socióloga. Me preguntó qué me gustaría ser.

—Escritora.

— ¿De veras? Qué guardado te lo tenías.

—Te lo juro, toda mi vida lo he deseado. Me he metido a estudiar teatro, creación dramática, sociología, etcétera. Todo, para un día poder escribir. Pero ya se me pasó el tiempo.

—Decídete: deja de hacer otras cosas y ponte a escribir —me urgió.

—Voy a escribir una historia de amor.

— ¿Sí? ¿Alguna muy importante en tu vida?

La besé y le dije que la nuestra era la historia de amor más importante de mi vida. Me preguntó que cómo podía saberlo si apenas la conocía. Así es el amor, pega como un destello de luz y sabes que esa persona es la esperada. Es la ventaja de tener más años.

—A mí me falta vivir, conocer —dijo. No sabía qué quería en su vida. Le preocupaba terriblemente que su gran historia de amor fuera con una mujer—. No es lo más común —sonrió. Además yo era madre de dos hijos e hija de padres muy conocidos.

— ¿Debo negarme a vivir lo que tanto he anhelado? Seguro terminaré siendo una vieja amargada. Mis hijos pronto se van a casar, ¿y yo qué? ¿Voy a casarme con alguien a quien no quiero? Qué injusto para mí.

—Para mí también sería injusto no vivir lo que estoy viviendo —dijo.

Pasó su mano sobre mis senos. Era la primera vez que se atrevía. Su boca se abrió levemente y pude ver su lengua húmeda. Saqué mi lengua pidiendo la suya. El gesto la enloqueció y me agarró de la cintura, me hizo subir sobre ella. Nos besamos hasta agotar la respiración.

El brinco del siniestro

Los espejos devolvían nuestras imágenes desnudas. Un rayo de sol, como lengua de gato, entraba por la rendija de la ventana. Genovesa parecía animal joven que ha desechado la tensión mediante juegos amorosos. Abrió un ojo, luego el otro. Se sobresaltó al verme mirándola. Para que recordara quién era yo la besé suavemente. Se agarró de mí como una gata mimosa. Nos dimos el primer beso de la mañana. Abrazadas giramos de un lado al otro de la cama. Pronto, nos encontramos sobre el tapete africano. Frente a la chimenea nos detuvimos a ver los leños carbonizados de la noche anterior. Nos hicimos el amor sin ninguna otra finalidad que dejarnos sentir. Rotos los límites sugerí que saliéramos a la terraza. Aceptó diciendo que el jardín era bello.

Saqué de la covacha un par de colchones amarillo chillante y los puse sobre el piso de ladrillo. Ella volvió a entretenerse con las flores.

—Están más abiertas, están más felices —dijo. Jugamos con las palabras: más abiertas, más felices. Las pusimos, las antepusimos, las propusimos: las tornamos y las alternamos.

—Las posibilidades son muchas —dijo plácidamente recostada sobre el colchón. Cerró los ojos. El sol daba directo en su cara.

Se sentó a verme. Pasó un dedo sobre mi boca, la delineó. Con la punta de mi lengua toqué su dedo. ¡Ay! Mi boca se hizo una cueva, su dedo necesitaba conocer sus escondites: entrar y descubrir y salir y volver... La volteé boca abajo. Lamí su espalda, acaricié su cintura pronunciada, sus nalgas.

—Tus manos parecen palomas —dijo.

Un viento recio hizo que los sauces llorones se cimbraran. Volteó desesperada a buscar mi boca. Nos besamos. Acarició la curvatura de mi espalda, sentí duros sus pezones bajo mi boca que hacía una débil presión sobre ellos. Sus caderas subían y bajaban, abrí con mi rodilla sus piernas, acoplamos ritmos, pasó su mano por mis senos, su mano volvió a mi cintura, me hizo girar para montarse sobre mí, su mata de pelo cubría mi cara, a través de ese enjambre dorado veía las nubes aborregadas viajar veloces. Puse mis dedos en su clítoris, con mi muslo ayudé a mi mano. Ella acariciaba mi brazo y susurraba: más, más, más: el susurro acabó en gemido: en un grito, en una risa. Se abrió un placer indescriptible.

El sol se escondió bajo una nube. Ansiosa, ella buscó mi vagina. El sol no tardó en salir para que no sintiéramos frío. Una luz iridiscente me traspasó. Ella entraba y salía de mí rítmicamente. El mundo de todos los principios... En medio de toda esta euforia escuché un ruido extraño. Vi miles de conchas marinas romperse. Corrí a asomarme a la calle. Alejandro se estaba brincando la reja. Desesperada corrí a avisarle a Genovesa... No entendía nada. La tomé de la mano y tal como estaba la escondí en la covacha. Me puse la bata que había dejado sobre la cama. Alejandro ya estaba tocando furioso la puerta

de mi recámara que por suerte tenía echado el cerrojo. Ay, el corazón. Le abrí con la resolución de...

Como amo por su casa entró mirándome de soslayo. « ¿Cómo se atreve?», pensé. Abrió la puerta del baño y se asomó al vestidor. Volvió a la recámara. Giró la llave del ropero antiguo, percibió los siete jarrones de rosas. Me volteó a ver. Deseé tener las agallas para sacarlo a patadas. En medio de ese odio trastabilló y sin querer oprimió el mecanismo de carrusel. Se escuchó un alarde de cornetas y trombones. Gritó como rata atrapada.

—¿Qué es esto? ¿Una casa de locos?

Me atraganté de terror al verlo salir a la terraza.

—¿Conque sí, eh? —dijo mirando el colchón amarillo—: aquí hay gato encerrado —agregó.

Un destello surgió de sus lentes negros. Determinado se dirigió a la covacha. Tomó la perilla de la puerta. No quise decirle: «Adentro hay alimañas». Uf, soltó la perilla.

—Ahorita mismo te me vassss —silbé aplomada.

Entré a mi recámara por un par de piedras milenarias y llevándolas a lo alto de mi cabeza lo amenacé con romperle la crisma. Maldiciendo se dio la media vuelta. Bajé tras él para abrirle el candado. Le pedí las llaves de mi casa y di tal portazo que lo supuse clavado en la banqueta. Subí corriendo a sacar a Genovesa de la covacha. Estaba encorvada y lívida.

— ¿Ya se fue? —preguntó seca.

Algo se había roto en ella. No entendió qué tipo de mujer era yo. Cómo era posible que ese hombre tuviera las llaves de mi casa y no hubiera tomado ninguna medida. Traté de explicarle que él, ese hombre, se había brincado la reja, que lo del candado y la cadena eran la medida. No le interesaban mis explicaciones. Preguntó cuándo regresaban los demás miembros de mi familia.

—Posiblemente hoy en la noche —le dije.

—Pues es tiempo de que me vaya.

El mundo se me vino abajo. Me pidió que la acompañara al vestidor. Sentada en la alfombra vi cómo guardaba su ropa en el maletín café. Parecía una niña enfurruñada.

—Debe haber algo que te convenza de quedarte: no puedes irte así. No sería justo para la historia —le dije.

— ¿Para la historia?

Le aseguré que su huida era un pretexto para no enfrentar lo que había sucedido entre nosotras. Dejó la maleta y vino a sentarse a mi lado. Me miró y supe que iba por buen camino...

— ¿Tú crees que de eso se trata?

Metí mi mano por su camisa blanca. Me detuvo la mano...

—Eres peligrosa —opinó.

La lunita brillante

Los temas de la mente nos atrapaban. Mi ego ultrasónico rebasaba cualquier verdad científica. Le di un jalón a la mariguana que su querida prima me dejó para que algún día la gozara de verdad. Y mañana cumplía años, muchos años, y eso me daba permiso para todos los disfrutes. Mi astrólogo vasco me acababa de revelar que mi cielo era muy amplio y que cuando nací los astros formaron una deslumbrante estrella de David y un cometa brilló sobre ella.

—Este fenómeno tan destacado sucedió una fría madrugada de invierno —le dije. Anonadada por mis principios astrales, Genovesa se dejó llevar a la cama, y pasamos el día y la noche entre bien retribuidos y cálidos sentimientos.

—No va a ser fácil —dijo en un momento de lucidez— que, en la polar fulgurante, nos despidamos. Felicidades amor, felicidades amor... —me regaló una tetera azul y un libro de poemas de Seferis.

A la mañana siguiente hubo que quitarse el dejo felino formado de tantos regodeos en el amor.

—Tenemos que salir al fiero exterior —sugerí. Mi negro Mustafá se había enfriado después de tres días y tres noches de olvido... pero rápidamente quedó listo para hacer una expedición al centro de la ciudad.

Con un alegre retozón nos alejamos de mi casa. Era la primera vez que abandonábamos nuestro territorio. Mientras bajábamos por Reforma, le conté que de niña salía a pasear los domingos con mi papá. Le señalé el camellón repleto de dalias.

—Por aquí paseaban unos jinetes vestidos de charros sobre caballos increíblemente bellos.

—¿En Reforma? No lo creo.

Mi papá siempre decía que se iba a comprar un caballo a pesar de la enorme cicatriz que tenía en la mejilla izquierda. Se la había hecho un alazán furioso. Mi mamá lo regañaba, le decía que mi hermano y yo terminaríamos queriendo una de esas bestias. Todos guardábamos silencio. Sin embargo yo esperaba algún día ser dueña de una yegua blanca.

Genovesa me tomó de la mano, soltándola de inmediato. En ese momento nos percatamos de que la gran familia viajaba con nosotras. Algunos venían metidos en la cajuela, otros se habían colgado de las portezuelas. Todos nos señalaban con sus deditos:

—Han ido demasiado lejos —parecían decir.

Genovesa miraba de frente con el ceño fruncido. Tuve ganas de acariciar la pelusilla dorada de sus brazos. Percibió mis intenciones y su respiración se hizo fuerte bajo su camisa negra con entramado dorado. Le di un beso en la boca.

—Es imposible dejar de sentir contigo, ¿verdad?

—Es imposible dejar de sentir, punto.

El puente de Muertos había dejado como saldo un par de mujeres enamoradas.

— ¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó.

Respondí con otro beso. Ella en plena luz roja arremetió con fuerza. Alguien atrás de nosotras nos tocó el claxon. Genovesa se hizo chiquita en el asiento. Reíamos y seguimos besándonos hasta la calle de Tacuba.

—Ahí, ahí —dijo refiriéndose a un lugar donde estacionarnos.

En solo dos movimientos metí el Mustafá en un lugar muy ceñido. Ella aplaudió.

—Eres un as del volante.

La elevadorista del Majestic nos miró con curiosidad. Nos preguntó si éramos hermanas.

—Amigas sui generis —contestó Genovesa.

— ¿Sui qué?

Salimos a la terraza localizada en el último piso. En el Zócalo estaban izando la bandera. Ninguna de las dos habíamos visto antes el espectáculo. A lo lejos, sobre el borde de un edificio, pasó el trenecito anaranjado del Metro. Creí que estaba alucinando pero ella me aseguró que también lo había visto. Nuestras miradas no podían disimular los días anteriores.

Le pedimos al mesero un Conmemorativo y un Black and White. Puse mi mano sobre su muslo. Ella, nerviosa, tiró la ceniza del cigarro y levantó la cabeza exhalando humo.

—Qué lástima que no pueda besarte —le dije.

—Lo estás haciendo: siento tu boca en todo mi cuerpo —volteó a todas partes a ver si nadie nos estaba viendo.

Las copas llegaron.

— ¿Volvemos a brindar por los vivos? —pregunté.

—Solo por ellos. ¿Has amado muchas veces? —preguntó envuelta en el humo de su cigarro como si fuera la primera vez que me lo preguntaba.

—Es la primera vez —le aseguré.

Me miró tratando de cerciorarse que no era mentira lo que acababa de decir. Volteó la cara hacia las ventanas cuando el cielo se ennegreció. Súbitamente se soltó un diluvio.

—-Ya no es tiempo de lluvias —dijo sorprendida.

Los cristales del bar se envahecieron, las cúpulas de la Catedral se fueron borrando: todo quedó sumergido entre los lilas oscuros y los anaranjados de la tarde.

En la calle se hizo tal pelotera que iba a ser difícil salir de ahí. Cada vez lamentaba más no estar con ella en la cama.

—Yo también —puso sus rodillas entre las mías por debajo de la mesa.

El bartender prendió la radio. Se había cerrado el aeropuerto capitalino. ¡Qué increíble, nadie de los míos podría volver a México! Ahora tendríamos un día isla para nosotras solas...

Por vías alternas llegamos a nuestra guarida. El diluvio había dejado un cielo limpio y una lunita brillante.

Los espejos recogían el destello de las estrellas. La nombré y enloquecí de deseo. Oprimí el botón del carrusel, los caballitos iniciaron el ritual; la sensual Mina cantaba... Genovesa se miró en el espejo oval de la entrada, metió los dedos en su cabellera: un juego de cobres se esparció por la recámara, apareció una mujer voluptuosa.

—Ven, le dije.

Caminó hacia mí como si fuera una orden que estaba dispuesta a obedecer.

—Desvístete.

Sin desprender los ojos de mis ojos se fue quitando prenda por prenda. Bajo sus pies quedó diseminado un círculo de colores. Cubrí sus hombros con el mantón filipino, mientras tanto ella fue desabrochando los botones de mi camisa. Cuando terminó con el último de los botones se dio la media vuelta.

Bajó las escaleras con calma tensa. Mis botas lustrosas marcaban sus pasos. Los espejos, a su paso, la multiplicaban. Mi latido normalmente lento se aceleró. Llegó al carrusel y sin dudar se montó sobre Mahoma. Sus manos se agarraron fuerte del eje axial. Envolví sus senos con los míos. El mantón filipino cayó al suelo. Sus hombros brillaron con el reflejo de una luna que parecía el ojal en una blusita de bebé. Giró la pelvis sobre el animal negro dejándome perpleja ante su destreza. Monté en Mahoma quedando frente a ella. Se agarró de mi cuello. La música fue en crescendo. Besé sus senos erguidos, bajé por su vientre: un viaje completo de mi lengua hasta su flor higo. Las notas destajaban el viento. El espejo cómplice me vio nacer entre las sombras de su pubis.

Amanecimos frente a la chimenea cubiertas por los claveles rojos del mantón. Me despertó el tintineo de una cadena. Agustín había llegado. Al rato llegarían mis hijos. Valeria, la que se soñó libre, tenía que bajar a tierra. Le pedí que se quedara esa noche conmigo.

—En la noche decidiremos qué hacer —-dijo.

Volví a dormir y tuve un sueño terrible. En la calle de la casa de mis sueños, un hombre llevaba a un caballo blanco amarrado del cuello. El caballo me quería morder:

era muy fiero. De pronto lograba escaparse de su amo. Me subía a la barda de la vecina a quien le gritaba que era yo, la misma niña que ella conocía. La mujer no quería abrirme y el caballo no cesaba de mostrarme sus dientes. Grité. Genovesa prendió la luz y me abrazó tiernamente.

— ¿Qué te pasa? No llores porque me pongo triste. —Me besó acomodándome sobre su pecho tibio.

Mis caballos

Albert me participó que entraba a trabajar con mi padre.

—Muy pronto voy estar al cargo de sus negocios —me dijo.

Lo felicité presintiendo algo que yo misma desconocía. A Genovesa le parecía maravilloso que uno de mis hijos pudiera continuar con lo que mi padre había formado a través del tiempo.

—Sí, esa parte me da gusto, pero generalmente los hombres de negocios se vuelven insensibles, lo único que les interesa es el dinero y el poder, luego tienen que reaprender a vivir. Creo que hubiera deseado algo más sublime para mis hijos —le dije pensativa.

—Evidentemente ellos no quieren algo más sublime y tú no puedes hacer nada.

Era cierto lo que me estaba diciendo y preferí dejar la charla sobre mi familia. La invité a conocer mis dos yeguas negras y briosas. Las mandé a bañar y a peinar para la visita real. Una se llamaba Madona y la otra Persona: ambas eran obsequio de mi padre por haberle dado dos nietos varones.

Me puse mis jeans, botas negras, el sombrero de terciopelo negro. Galopé alrededor del ruedo para mostrarle mi destreza. Le dije que le prestaba a la menos ofuscada pero ella se negó elegantemente.

—Me dan miedo —dijo juntando las manos—, pero son tan bellas...

Le sonreí e hice maniobras aún más elegantes para convencerla de que se subiera conmigo. La labor tardó en dar resultados, pero cuando aceptó, se abrazó fuerte a mi cintura y así, pegadita, me fue diciendo: «Despacito, despacito». Sentía su corazón golpeando en mi espalda. Un latido fuerte y acompasado.

El hípico quedaba en la tercera sección de Chapultepec. Con pasito adiestrado llegamos a los límites del Panteón Dolores. Subimos la colina entre flores frescas. A Genovesa le parecía un sacrilegio todo el asunto. Llegamos a una hondonada donde en tiempos de lluvia se forma un riachuelo. Los pájaros entonaban cantos, el viento se enredaba en los árboles. Desmonté a Madona y ayudé a Genovesa a bajarse. Madona relinchó. La amarré a un árbol. Genovesa me atrajo hacia ella. Nos besamos cayendo sobre la hierba alta, giramos hasta descender a lo plano. En el camino se desgarró la manga de su camisa y le salió sangre, lamí su brazo. Con el deseo agolpado desgarré más su camisa para seguir lamiendo. En los altos vuelos, con ansia traté de bajar el cierre de su pantalón.

—Aquí no —me dijo deteniéndome la mano.

Paseé mi boca por sus senos, volví a su boca. Insistí con el cierre. El color del cielo había bajado de intensidad, un olor agrio a zempasúchiles envejecidos nos llegaba cada vez que el viento soplaba. Genovesa dejó de oponer resistencia con lo del cierre. Metí la

mano y sentí un mar. Besándonos locamente escuché un coche pasar a unos metros abajo de nosotros. Su velocidad era lenta, iba sin luces.

—Es una patrulla —le dije.

Genovesa se iba a levantar como un meteoro pero logré detenerla del pie. Madona, confundida con la noche, pasó inadvertida. El coche de policías se aleó sin vernos. A Genovesa le alteraba los nervios mi deseo de aventuras. Me suplicó que nos fuéramos de ahí.

Llevamos a la potranca negra a su encerradero. Me despedí de ella con un beso en la mancha blanca de su frente. No somos libres, le aseguré: debemos soportar nuestro destino...

Genovesa la acarició donde yo le había estampado el beso.

Mi negro Mustafá nos esperaba afuera del hípico.

—Directo a la cama —le ordené contundente.

Velando las primeras intenciones

Había pasado un mes sin que nos hubiéramos podido separar ni un solo día. La pasión nos ganaba y todo intento de dejarnos duraba nada. Sonreí, el rapto se había vuelto realidad. Paré a Mustafá frente a su departamento. Era antes de lo acordado. Desde aquel sitio estratégico la veía alejarse de su cuadro y volver a él. Con pinceladas certeras velaba las primeras intenciones. En un descuido, las luces de su estudio se desvanecieron. La dama de la piel morena desapareció seguramente a urdir su arreglo personal. Tenía una cita con su amante. «Un mes»... se repetía. Entró a los cuartos interiores desde donde no podía ser vista. Se miró de reojo en el espejo del baño: sacó la lengua, la tendió sobre una superficie cercada por dientes. Tomó la bolsa roja con motitas amarillas y expuso una gran cantidad de maquillajes artísticos. El príncipe travestido apareció en su pantalla generadora de imágenes. Dos niñas caminaban entre pieles caídas y dentaduras de oro. La urbe estaba infestada de peces multiformes que nadaban en peceras sin agua. Genovesa divagaba frente a sus fantasmas. Abrió el pomo donde albergaba el oro molido. Lo aplicó en cantidades cuantiosas sobre el párpado superior, pintó una línea en el borde inferior del ojo, untó de negro mate las pestañas, remarcó sus pómulos para diferenciarlos del resto de su rostro, repasó el brillo que le confería una emotiva magia a su mirada. Sabiéndose extrajoven, urbana y sensual volvió a su estudio. Prendió las luces.

En ese momento timbré. Subí las escaleras ágilmente. Me la encontré recargada sobre el muro del rellano: un manto rojo cubría su pecho desnudo. Entramos ansiosas al interior desprovisto de adornos. Contando los pasos nos situamos en el centro del estudio. Las puertas cerradas de los pasillos simulaban pasajes secretos. En una esquina estaba el arreglo de rosas rojas que le había mandado para conmemorar nuestro encuentro.

Nos sentamos en los lugares señalados. El espejo nos reflejaba. Por la ventana, nubes ingrávidas cambiaban de forma. En el horizonte una luna llena flotaba sobre un mar azul de nostalgia. Se me quedó mirando y, como si un rayo fulminante la alcanzara, se tapó la cara:

—Tenemos la mirada idéntica —dijo alarmada.

—A través de mi mirada descubro tu deseo —le dije.

—Es posible que tu deseo me contagie. Sí, de eso no tengo la menor duda.

Se levantó a acariciarme la cara, bajó los párpados dejándome observar la maestría de su maquillaje:

—Te amo, Valeria.

Nunca decía mi nombre y el que lo dijera me produjo una cadena de sensaciones indescriptibles, líquidos ámbar, estrellas en el pensamiento.

—Te amo —repliqué en el desmayo de un beso prolongado.

Se detuvo de mis hombros, miró a hurtadillas el espejo: no sé por qué tuve la impresión que le gustaría hacerlo añicos. «El mar de sus sueños la alteró», pensé. Le dije que tenía la cualidad de una estrella fugaz y que era difícil aprehenderla... Me aseguró que la vida conmigo era un riesgo. Había que huir de mí.

El vuelo y el deseo se engarzaron en un acto luminoso. Se apretó contra mi cuerpo, me besó el cuello, metió su lengua a mi oído, lo recorrió como si se tratara de vericuetos. Lánguida acaricié sus senos... Se escucharon once campanadas. Estrella fugaz y receptora se desdoblaron.

—Vamos a mi recámara —me dijo.

Nos hicimos el amor en la misma camita en la que aquella primera noche no dormimos nada.

—Los tiempos han cambiado —me aseguró y... sonaron tres campanadas con sonido hierático.

—Vístete a todo vapor. Quiero ir contigo al Noche y Día a escuchar boleros.

—Primero nos damos un baño de agua caliente.

—Primero nos damos... lo que tú quieras.

La sempiterna Eva nos recibió como a antiguas parroquianas. El maestro cantor se acercó a nuestra mesa. Cantó, sin pausa, boleros románticos de otra época. Genovesa estaba fascinada. «Te amo», decía sin cesar. Yo le dije que era completamente feliz a su lado. Brindamos por el amor.

— ¡Virgen! En el reloj de Eva decía que eran las seis de la mañana.

Agarraditas de la mano salimos corriendo del Noche y Día. Frente a la puerta de mi casa Ricky salía para irse al ITAM. Detuve a Genovesa para que no se bajara del coche.

— ¿Qué horas son estas? —preguntó Ricky viéndome primero a mí y luego a ella.

—Estamos yéndonos a caminar al Desierto de los Leones —respondí calmada...

— ¿A las seis de la mañana? Vaya con mi mamá —opinó mi Benjamín.

En su Firebird dio un arrancón de mi estilo.

Libertad condicionada

La imaginaba llegar a su estudio con maletín en mano, ver su espacio vacío y compararlo con mi barroco.

Ahora, cada mañana metía sus cosas al dichoso maletín café y se iba a su taller. Cuando partía me dejaba la sensación de que no sabía si volvería esa noche a mí o no. El que yo fuera madre de dos hijos adolescentes e hija de padres millonarios le parecía demasiado, ya me lo había dicho. ¿Cuánto más puede durar lo nuestro? Yo le aseguraba que tanto como nosotras quisiéramos:

—Nadie nos puede impedir seguir juntas, amarnos, desearnos. Los valores introyectados nos afectan más que ni las prohibiciones reales —le decía. Ella pugnaba porque no debíamos alargar la relación.

—Cada vez va a ser peor.

Esa mañana peleamos por su pesimismo.

—Lo que a ti te falta a mí me sobra, querida —le dije enojadísima por su falta de ánimos—. Si quieres irte vete; ya sabes que aunque voy a llorar mares no voy a morirme.

Le pareció pedante mi actitud y me dijo que parecía una adolescente que no quiere ver la realidad. Si me atreviera a ver lo que tengo que enfrentar para amarla seguramente huiría despavorida. Calló y de cualquier manera se fue con todo y su maletín café...

La posibilidad de que no volviera me desoló, pero ella que lo sabía no prolongó mi dolor y llamó al rato. Por teléfono se desencadenó una pasión incontrolable. Después de todo somos mujeres de sentir fuerte.

—Ven a verme —me dijo riéndose.

Después del amor me preguntaba:

— ¿Por qué no dejo de tener miedo y vivo plenamente mi amor por ti?

Se había hecho tarde, nos vestimos apresuradas y tomamos al sur. Era maestra de artes plásticas para niños. Le gustaba su trabajo y sobre todo le permitía tener libertad económica.

—Como pintora te mueres de hambre —dijo riéndose—. Y este trabajo, ¿quién sabe?, quizás no dure mucho —bromeó—, ahora con la crisis.

Los niños corrieron a saludarla.

—Hoy vamos a pintar animales de la selva —les dijo. Les sacó cubetitas con agua y a cada niño le repartió pintura de diferentes colores. Una niña de pelo corto y muy rizado la agarró de la mano diciéndole que quería enseñarle la jirafa que había pintado. Genovesa

se agachó a ver el dibujo y abrazó a la niña, la besó señalando que estaba preciosa la jirafa.

Pensé que viviendo conmigo estaba perdiendo la oportunidad de ser madre. Tenía toda la fuerza y la ternura para ser una mamá adorable. Sentí que alguien me agarraba por dentro del cuello y tuve ganas de llorar. Le dije que la esperaba afuera. Me preguntó entonces si me sentía mal.

—No, solo necesito un poco de aire; estoy cansada.

—No te vayas muy lejos, quiero hacer el amor contigo cuando acabe.

Al salir fuimos al bar La Ópera. A pesar de que ya se permitía la entrada a mujeres a las cantinas, éramos las únicas. El mesero nos colocó en un apartado. Genovesa le sonrió. Le conté qué me había entristecido mientras ella daba clases.

—Sí, ya lo había pensado, pero es una cosa más que tendré que resolver en la vida —agregó. Por el momento tenía muchos años por delante...

—No nos entristezcamos —dijo.

Y el apartado sirvió para su función.

Fiesta sorpresa

La dama de senos flamígeros abanicó su cabellera. Hizo con sus dedos una cárcel, miró a través de ella: descubrió a una mujer sofisticada encargada de su arreglo personal. Se recargó sobre una columna de piedra fría; esclareció las diferencias existentes entre ella y la otra.

—Ay, oaxacavidamía, debo apurarme.

Genovesa echó la cabeza hacia atrás, se le marcaron las venas del cuello. Me acerqué a morderlas delicadamente con la intención de dejarle una pequeña señal. Puso su mano sobre mi hombro.

—Ya se te hizo tarde. ¿Cómo vas a llegar a las doce de la noche? —dijo preocupada.

—Eso mismo me pregunto yo, y peor aún: cómo voy a llegar a casa de mis padres con esta cara de felicidad... —Me di los últimos toques frente al espejo, me miré de perfil: era de una elegancia sin tacha.

— ¿Cuando vuelvas, seguirás siendo la misma? —preguntó mirándome fijamente a los ojos.

—Cuando vuelva seguiré siendo tu Valeria.

—Ir con los tuyos —dijo. La frase quedó suspendida en el aire.

Pasé junto a ella con un olor a Odalisque Troisième y un De la Renta especial para la ocasión. Nos dimos un último beso.

Con esa investidura ambigua me subí al Mustafá negro. Era una furibunda noche de invierno. Léonard Cohen cantaba: «Mother I am frightened of the thunder and the lightning; I will never be able to go througk».

—Yo también tengo miedo —le dije y, con un derrapón previsto me amarré frente a la casa paterna. La mansión estilo Lo que el viento se llevó tenía todas las luces prendidas. El guardaespaldas de mi padre tomó el coche. En el vestidor, frente a una estatua de marfil tamaño humano que tocaba el arpa, me miré al espejo: sigo siendo atractiva, pensé. Le Nouveau Monde llenaba el ámbito. Hundí el vientre concentrándome en el instrumento más bajo de la escala y así, con un aire divagado, entré al salón principal.

Cruzando el umbral me topé con la mirada de mi madre. «Siempre tarde», pareció decirme con los labios a la Ceylon Night. De un tiempo para acá, la concordancia entre el yo te lanzo una mirada y tú me entiendes ipso facto, había dejado de existir entre nosotras. Sin acercarme le mandé un saludo...

Finas damas y elegantes caballeros deglutían bocadillos de caviar y palmitos del Brasil. Andrés, el mesero de planta, me trajo vodka polaco enfriado como debe.

Luis Sandoval se le escapó a su esposa para venir a saludarme. Quería contarme sobre su viaje a los Mares del Sur.

— ¿Conoces? —me preguntó.

—No.

—Es lo más bello del mundo; deberíamos ir juntos —me susurró con mirada de libido esencial.

Me preguntó por qué no había asistido a las clases de flamenco a las que me había invitado.

—Ocupaciones, viajes. Además no me veo bailando zapateado, francamente.

—Te equivocas: te verías divina. —Aprovechó el momento subiendo los brazos a la posición precisa y, con aires de hombre gitano, en medio de un olé personal dijo zapateando sangre y claveles: «Tacón y punta, tacón y punta». Todos nos miraban. «Olé», aclamaba yo entre sorbo y sorbo de vodka.

— ¡Qué bella eres! —me dijo velozmente al ver venir a su gatita...

Aproveché para saludar de beso a la esposa del licenciado Limantour, con sus aires de dama porfiriana.

—Y ya que la montaña no viene —se acercó mi madre con la mejilla en posición de recibir un beso.

Mi padre se había quedado charlando con un carnal que también tenía una constructora como él y a quien admiraba mucho por su sagacidad.

—Recuerdo —le dijo mi padre con un dejo de nostalgia—, cuando era pobre y me soñaba rico dormía como un toro; ahora que soy rico no duermo.

«Las paradojas de la vida —pensé para mis adentros—. Ay, y yo que creía que mi padre nunca iba a envejecer...»

En ese momento llegó una mujer guapa como diciendo «aquí solo mis chicharrones»... Refugio Álvarez sonrió gratificada. Mi madre opinaba de ella que era una zorra pero la admiraba por su inteligencia.

La conversación giró alrededor del robo de sus joyas en el Hotel Pier de Nueva York. Nos contó con lujo de detalle cómo sucedió todo:

—Esa noche Jorge y yo estábamos muy cansados —dijo lánguida—. Solo bajamos a cenar al restaurante del hotel, que por cierto es divino. Si no lo conocen no dejen de visitarlo cuando vayan a Nueva York —volvió a verme—. Cuando subimos al cuarto, los maleantes ya nos esperaban, imagínate... A Jorge lo amarraron de pies y manos, le metieron un pañuelo en la boca y lo sellaron de un golpe en la cabeza —agregó compungida.

—Ay, pobre —dijo la señora Limantour imaginando la escena.

—A mí ni me amarraron, ni me golpearon, ni nada —echó una sonrisita picara—. Hicieron una selección y se llevaron mis mejores joyas —agregó en medio de un suspiro profundo—. No —dijo molesta—, si estos bandidos gringos son de primer orden.

Mi madre se compadeció de ella... aunque noté que algo no le checaba.

—Pero no se preocupen, la policía ya tiene pistas de ellos —dijo para terminar con el tema—. Y tú, dónde andas metida ¿eh? —volteó a preguntarme.

Si supieras, quise decirle, pero mejor le pregunté cuándo nos íbamos a comer a algún sitio paradisíaco: como a las Mañanitas de Cuernavaca.

—Uy, a mí se me antoja mucho —dijo con aires de María Félix bajo palmeras borrachas de sol. Sus ojos negros despedían fuego.

En ese instante las luces del salón techado con delicadísimos biombos de filigrana labrada en la India se apagaron. Una Diana se escuchó por toda la casa. Mi hermano, acompañado de su nueva esposa —una rubia swedish look con media cabeza más que él—, hizo su aparición. El primogénito cumplía cuarenta y seis años. Acababa de hacerse la cirugía plástica y parecía un niño viejo. Mi papá bajó la cabeza seguramente lamentando que su único hijo varón no pudiera con el imperio que él había forjado. Mi madre le dio un codazo. Mi padre aplaudió. Yo contuve la risa.

El festejado sudaba copiosamente en medio de tanto abrazo y felicitaciones. Pasó una charola a la altura de mis ojos y tomé una copa de vino blanco para quitarme la sed. La gente terminó de felicitarlo al mismo tiempo que yo regresé mí copa a otra charola: «Ahora es mi turno», me dije. Le hice entrega de un pesado libro de Chagall.

—Ya lo tengo, pero gracias de cualquier manera.

Merde, alors: él no dejaba de ver sobre mi hombro. Volteé a ver qué le llamaba la atención. Antes que otra cosa él ya había ido a acomodar un Tamayo descuadrado. «Puto», pensé para mis adentros. Los violines comenzaron a tocar un blues tristón al estilo del Village. Andrés me refrescó mi vaso de vodka. « ¿Qué hago aquí, sin ella?», me pregunté. No lo acabé de pensar cuando ya estaba en el teléfono:

—Conozco una dama fogosa que me produce unas descargas eléctricas. De la columna a la vagina —Genovesa tomó aire.

—Espérame despierta, no tardo; quiero tenerte cerca, deseo tus muslos de hembra rodeando mi cintura; quiero hacerte alegre, uy, quiero...

Ella a la velocidad del viento gritó:

—Cállate, me vengo.

¡CLIC!

Alguien había escuchado nuestra conversación.

—Espérame, voy a buscar el cuerpo desmayado —dije.

¿Quién habrá sido el desgraciado que escuchó nuestra conversación? Pudo ser mi hermano; pudo ser mi madre. Me quedé seca como un desierto: la felicidad se me borró de la cara. Decidí irme de inmediato como si nada hubiera pasado. Recordé las eternas palabras de mi madre: «Tu padre morirá si haces algo malo». En medio de un vértigo oscuro salí sin despedirme de nadie.

Cuando llegué a mi casa, Genovesa estaba esperándome en la cama. Me dijo que tenía ganas de mí. Me ayudó a desvestirme. Sus besos se deslizaban por mi cuerpo como un terciopelo fino. Apretó mi cintura con sus muslos pegándose a mi vientre; con las piernas a horcajadas corcoveó por mi espalda:

—Sube y baja —repetía haciendo pausas para besarme.

—Siete, aldaba, pez —grité.

Como si fueran las palabras de un encantamiento su mirada se perdió en el abismo.

— ¿Sigues siendo guardiana de estrellas fugaces? —preguntó.

—Soy la misma —susurré a su oído.

Tranquilizada volvió a besarme. Subió hasta que su vulva llegó a mi boca. Mi lengua recorrió su clítoris, se internó en las profundidades: una luz planetaria color azul índigo apareció deslumbrante. Mi garganta emitió un sonido recién inaugurado: «Ay, ay, ay». Volé por la inmensidad del cosmos. Nunca, nunca había sentido lo que sentía con ella.

Un trago de vino, queso y pan y más ensalada; a la cama, sobre la alfombra, frente a la chimenea, en la terraza, bajo la luna, con los árboles zumbones por el viento junto al canto de las cigarras.

Cuando por fin aminoró la pasión nos dormimos en un instante. Al poco, tuve un sueño espantoso. Estos dos son soldaditos de plomo: uno de ellos viste en azul y oro, el otro trae puesto un traje rojo con plata. Ambos desenvainan sus espadas dispuestos a luchar. El soldadito de azul y oro le asesta un espadazo al otro en la mitad del vientre. Se le acerca para ver si lo mató. Cuando se cerciora que así fue, se hace a un lado dejando paso a las moscas.

Me desperté gritando. Genovesa prendió la luz y me abrazó. «Provengo de la tribu de Caín», le dije llorando. Siempre había creído que moriría en manos de mi hermano... pero en el sueño resulta al revés.

Apenada le aseguré que nunca más volvería a despertar-la así. «Estoy mostrando mi fragilidad», le dije. «Seguramente va a hacerte bien que pierdas un poco de defensas», contestó con ternura.

Discrepancias en la bañera

Los vapores de la bañera hacían que las hojas tropicales parecieran tentáculos marinos. Genovesa y yo escuchábamos el anticlimax de la Leonora de Beethoven cuando decidió quitarse el gorro de baño que se había puesto para no mojarse el pelo. En las tibias aguas de la alberca interior le di un trago de vino de boca a boca. Le pedí que me esperara un momento.

—Fuera de lugar —dijo abrazándome para regresarme al agua.

Le juré que no tardaba. Medité cada paso para no tenerlos que repetir. Traje la máquina de congelar momentos. Puse el tripié a un lado de la bañera: el beso que nos dimos duró más que el clic.

— ¿Te enteraste de que se murió Fassbinder? —me preguntó.

— ¿Cómo sabes?

—Lo oí en Radio Educación.

Hablamos del genio alemán, de su homosexualidad.

—Qué tristeza que muriera tan joven. Voy a extrañarlo —dijo Genovesa.

La muerte del cineasta nos llevó directamente a hablar de la Alemania nazi. Mirándonos por el espejo envahecido le dije que a nosotras nos hubiera ido mal por partida doble: una por judías y otra por amarnos.

A Genovesa no le gustaba mi humor negro. Dijo que no debíamos jugar con esas cosas; además, yo no hubiera tenido nada que temer porque era idéntica a Petra Von Kant.

—Y tú idéntica a su malévola amante.

Reímos y sin transición empezamos a hablar de la crisis de nuestro país: evidentemente un negro sentimiento nos embargaba.

Genovesa, que acababa de ocupar un lugar en las filas de los cesados, preguntó que adonde iríamos a parar.

—A un estado paramilitar, pero tú no debes preocuparte de nada: viviremos juntas en mi casa.

— ¿Con tus hijos? ¡Estás loca! Me lincharían. Además necesito mi propio espacio —pensó en voz alta.

Esta vez fui yo quien desvió la conversación jalándola hacia mí; me sumergí en el agua caliente para besar su vientre. A la mitad de la escena subacuática sonó el interfón. Salí corriendo a contestarlo. Era Ricky que quería saber el significado de la palabra discrepancia.

—No estar de acuerdo con algo —contesté después de meditarla.

—Pues discrepo —me dijo contundente—, y además te quiero avisar de que nosotras vamos a comer fuera —agregó.

— ¿Nosotras? ¿Quiénes nosotras?

—Marcos y yo.

Su lapsus me paralizó.

Ricky pasó por el comedor. Se le quedó mirando al candelabro de siete velas que me regaló mi madre el día de mi boda. Lo quiso sacar de la vitrina pero no pudo abrir la pequeña puerta. Buscó la llave y no la encontró. Con el codo rompió el vidrio y sacó el candelabro. Lo observó detenidamente. Escuché sus pasos subiendo las escaleras que llevan a mi recámara. Todavía mojada salí a su encuentro. Levantó el regalo por encima de sus ojos y me lo estrelló en la cabeza.

Genovesa me levantó del piso y me arrastró hasta la cama como a un fardo pesado. Me cubrió con una toalla. Un borbotón de sangre salía de mi frente:

—-Ay, auch, uy —mascullé.

— ¡Cállate! —dijo antes de besarme—. Prométeme una cosa: que no vuelves a salir con los pies mojados a contestar el interfón. ¿Me oíste?

—Siempre y cuando me des otro besito... Uyyy, pero con mucho cuidado.

Nueva York

Frente a la ventana del Stanhope, convertida en silueta, miraba caer delicados copos de nieve sobre el asfalto gris. El cielo de un azul inconmovible despertaba mis dudas sobre el frío del exterior. Enrojecidos rostros se cruzaban por la vidriera desmintiendo la ilusión. El tiempo parecía muerto.

Todo había comenzado la noche anterior, cuando Genovesa y yo llegamos a Nueva York. Habíamos invitado a su amiga Amy a cenar con nosotras. Genovesa, al calor de las copas, le confesó que amar a una mujer era una etapa por la que tenía que pasar. Amy sonrió tranquilizada.

—Valeria es la única que va a salir lastimada —dijo con su mirada azul fija en mí.

No dije una palabra, ni aun cuando estuvimos solas. Genovesa quiso saber qué me estaba pasando pero ya estaba anclada en uno de mis silencios inquebrantables. Se durmió tranquilamente. ¿Y por qué no, si yo solo significo una etapa más en su vida?

Un rayo zigzagueante murió frente a la ventana. El mesero me preguntó si quería otro vodka. Asentí. Comentó algo con el bartender. Vi a los dos mirarme.

Cuando despertamos decidí dejar el enojo a un lado y continuar con nuestros planes de visitar el Whitney Museum. En el avión, ella me había hablado sobre Hopper, sobre su cuadro favorito, Cuarto frente al mar, deseaba mostrármelo. Me dio un beso que acompañó con un «te amo». El portero del hotel se despidió de nosotras con un Good day, beautiful ladies.

—Good day —le respondí con entonación inglesa. A pesar de que ya estábamos en mayo el frío era intenso. Genovesa comenzó a dudar si ir o no al museo.

— ¿Alguna vez en tu vida has sabido lo que quieres? —le pregunté furiosa.

— ¿Acaso debo decirte cada mañana que estoy locamente enamorada de ti? —preguntó con igual furia.

Le aseguré que no deseaba ir con ella a ningún lado. La Quinta Avenida se desdobló ante nosotras en aceras paralelas. Cada una tomó un rumbo diferente. Había un sentido único para los automovilistas y múltiples opciones para los peatones. «Adonde ir —me pregunté—. ¿Adónde ir sin ella?» Toda lucidez desapareció.

Caminé sin rumbo. Los vientos silbaban en las calles de embudo. El frío se colaba por mis pulmones. La posibilidad de que Genovesa saliera impunemente de mi vida me aterraba. «Valeria es una fase más en mi vida», esas malditas palabras corrían por los pasillos asfixiados de mi cuerpo pirámide. De pronto tuve la certeza que venía siguiéndome. Volteé para sorprenderla. Desolada seguí caminando. Busqué el hecho concreto que inició la querella pero estaba perdido en el negro de mi memoria. Los edificios se juntaban en el cielo. De pronto ahí estaba ella, en la acera opuesta. Caminaba

contra el viento. La solapa de su saco le cubría el cuello. De su perfd se permeaba una mirada reptil. «Seguro todo el tiempo ha venido atrás de mí —pensé—. Ahora va a cruzar la calle, va a pedirme clemencia. "Quiero caminar contigo", me dirá. Naturalmente, yo no voy a aceptar: es una mujer incapacitada para amar.»

Cuando volví a buscarla ya no estaba. Lloré. Una lágrima congelada cayó al suelo. La pisé con la suela de mi tenis.

Miles de ojos se conectaban a mi rostro; rostros que no me significaban nada. Hubo otro encuentro. Genovesa es-taba preguntándole algo a una dama enfundada en finas pieles de zorro. ¿Le estará preguntando si ha visto a su amante? La mujer le señaló una dirección. Genovesa hizo una caravana despidiéndose de ella.

Caminaba rápido. En la esquina dudó hacia dónde voltear. Una mirada la seguía con buen ojo. Genovesa subió por una pequeña escalinata. Se perdió en la puerta envolvente de Whitney. « ¿Cómo pudo? —me pregunté—, ¿Cómo pudo entrar sin mí?»

Decidí meterme a una librería y perderme entre las novedades. Todo lo miraba con los ojos de Genovesa. Nada lograba interesarme más de unos segundos. Me atrapó la vista La cámara lúcida de Barthes. Al lado estaba La historia particular de un muchacho, cuya reseña había leído el día anterior. Era la historia de un adolescente homosexual aterrado frente a su padre macho. Me pregunté si algo quería decirme.

Me llegó una señal que interpreté como mágica: en el estante estaban colocando un libro de Hopper recién salido de los hornos. Fui directo a él. Mis manos temblaban. Busqué el cuadro amado de Genovesa. La imaginé viéndolo conmigo: el cuarto con la puerta abierta hacia un mar petrificado. Puedo alterar el destino, si con movimientos precisos me sitúo frente al cuadro. Cuando Genovesa pase por allí va a creerme parte del paisaje. Seguramente pensará que está alucinando. Se acercará al cuadro y al ver que sí soy yo, me abrazará emocionada y me besará. Salí corriendo de la librería.

Afuera todo se había vuelto monocromático. Las gentes corrían como si tuvieran prisa por llegar a algún lugar. Me apresuré hacia un bar.

El mesero me trajo otro vodka. Tomé varios sorbos del líquido blanco pero la calma no llegaba. El bar comenzó a llenarse de mujeres y hombres elegantes. Ocuparon su lugar en las mesas negras como si fueran extras de alguna película neoyorquina. El vidrio de la ventana reflejaba las puñaladas del tiempo que se habían marcado en mi rostro. «Nunca voy a perdonarla», me estaba diciendo, cuando un tejano imponente me preguntó si sabía a cuánto volaba el viento.

—No idea —le contesté.

Debía irme ya. Traté de mantener la compostura para salir dignamente. La puerta del elevador se abrió frente a unos sólidos zapatos bostonianos y unas delicadas zapatillas de charol. Oprimí el botón del piso 21. Una pesada llave colgaba de la puerta de la habitación. La giré sigilosamente. Se escuchó un grito. Genovesa vio la bolsa amarilla y me preguntó con tono conciliador si había comprado libros. Me confesó, al ver que yo no

respondía, que había entrado al museo a buscarme pero al darse cuenta que no estaba salió inmediatamente.

—Sin ti no tenía sentido —dijo con voz entrecortada—. Decidí esperarte aquí.

Me tumbé en la cama. Entraba una luz violeta que apareció con la noche. Cerré los ojos para no sentirme observada. Vientos zumbantes se enredaban como listones entre los edificios en punta. Genovesa sugirió que saliéramos a cenar: que olvidásemos todo. De mi boca contrahecha no salía una palabra.

—No podemos dejarnos invadir por tanto malestar y echar todo a perder —insistió.

Me habló en todos los tonos posibles: cariñosa, desesperada. Al final me amenazó con que, si salía por esa puerta —señaló la de la entrada—, no volvería a verla. Parecía una vieja de cien años. Tuve el impulso de detenerla pero no podía moverme de la cama. Esperó una reacción mía y cuando vio que no había ninguna se fue dando un portazo. El elevador baja dando de tumbos, una gota cae en la tina: splin, splash, splin; muy cerca una tuerca gira, se enrosca en su eje, cruaj, splin, splash, splin: la gota, la tuerca, la rosca, el elevador, la tuerca, la gota: primera fase. Segunda fase: la gota, splin, splash, cruaj: mis molares demuelen una galleta que quedó de la mañana; se atora en mi laringe. Una ráfaga de metralleta se mete a mis sentidos. Le doy un manotazo al televisor.

Después de una eternidad Genovesa volvió al cuarto, estaba terriblemente pálida. Se recargó sobre el muro y lloró. Quise abrazarla pero mis músculos no obedecían. Sentí tal desesperación que estuve segura de que mi cerebro iba a explotar en mil pedazos. Genovesa se acercó a mí. Nunca ha sido fácil lo nuestro —dijo acariciándome la cara.

Aullé como un animal herido.

Clics

Al día siguiente nos encontrábamos en la Avenida A. Colores brillantes: rojos, amarillos y azules, clic. Miles de letras en los muros declaraban objetos impúdicos, clic. La cara escondida de Nueva York. Negros con sobredosis de heroína, sin posibilidades de sobreponerse a la fatiga, clic. Anglosajones y puertorriqueños rozándose las pieles, clic. Genovesa pálida, clic:

—Es una locura estar aquí; ni la policía se atreve a entrar a este barrio.

El amarillo intenso de los muros, los rojos particulares, los bien definidos azules del cielo, clic. Miles de artículos de tercera y cuarta en el suelo, clic, clic. Utensilios desconocidos, habitantes insólitos, clic, clic, clic. Un anuncio de Coca-Cola, clic. Una historia terrible: dos niños ateridos frente a paredes y ventanas rotas, clic.

Un hombre brota a mis espaldas. Me pone algo entre las costillas.

—En mi casa tengo una botella, allá pueden fotografiarme y chuparme el coño cuanto quieran, hijas de puta...

—Vámonos de aquí —pidió Genovesa.

Abrí la caja de los clics y grité desesperada:

—No tiene rollo...

—Checa otra vez, cómo va a ser...

—Mi pendejez es un hecho fehaciente.

—Cálmate, cálmate. Comenzaremos desde el principio.

Se aleja unos pasos de mí, clic. El muro amarillo, clic, las letras brillantes, clic, los anuncios amorales, los pinches negros, los putos chicanos, clic, Genovesa con la mirada fatigada, clic. Apenas ayer... Perdón, te amo, clic. Te amo, te amo...

Desde la ventana de nuestra habitación miramos los techos cubiertos de nieve del Museo Metropolitano. Genovesa desnuda viene hacia la cama, clic.

—No, por favor.

—Sí, sí, por favor. Eres muy bella.

—Te amo, te deseo... Clic.

Pruebas de sangre

A nuestro regreso de Nueva York el destino nos tenía preparadas algunas pruebas peliagudas: eran pruebas de sangre.

La mañana que volvimos, Genovesa se fue a trabajar a su estudio y varias horas después me llamó.

—Nunca vas a adivinar quién está en México —me aseguró.

—Marta —le respondí.

— ¿Eres bruja o qué? —preguntó azorada.

Marta era esa amiga catalana de Morena a quien quería mostrarle que sí era posible dejar el caballo.

Genovesa quedó que esa misma noche pasaríamos por ella al Hotel Corintos, cerca del Frontón México. Sentadas en el lobby vimos salir del elevador a una mujer muy bella, venía absorta en el tapete raído por el que caminaba sin levantar la vista. Genovesa y yo nos miramos.

—A lo mejor no es ella —le dije.

Genovesa la paró en seco y le preguntó si era Marta. Comenzaron a hablar como si fueran conocidas de toda la vida.

Antes de llegar al hotel, Genovesa me había advertido que no fuera a mencionar lo nuestro. « ¿Que somos amantes?», pregunté molesta. Para amortiguar el malestar que me produjo su prevención me dio un beso. Llegué hasta ella. Tuve que presentarme yo misma. Marta me miró y, como si sacara de un archivo milenario algún dato sobre mí dijo: «Ah, sí, la amiga de Morena».

Las tres nos sentamos en un mismo sofá. La bella estaba mortalmente pálida. Su razón de estar en México era la misma que la de Morena...

— ¿Vacaciones de cura? —pregunté.

—Sí.

Una vez dicho lo peor ya no había nada que esconder. Nos pidió que la lleváramos a tomar un jugo de naranja: moría de sed. Genovesa también quería un café.

Me encaminé a la colonia Roma. Quería mostrarle a Marta nuestra Europa venidita a menos. Ella no parecía tener interés por nada. En la Bella Italia pidió un jugo gigante de naranja. Se lo bebió de un jalón. Nos contó que había venido con su padre y la amante de este. El viaje a México era su única oportunidad de seguir con vida. Acababa de pasar una experiencia terrible: Joao, su hijo de siete años, la encontró moribunda en el piso del baño.

El niño aterrado llamó a la vecina; la vecina llamó a la madre y la madre la metió al hospital.

—Todo esto estaba sucediendo sin que yo supiera nada de mí. En el hospital comenzó el peor de los martirios, con todas esas buenas conciencias... —echó la cabeza hacia atrás con un rictus de dolor en la cara—. La sed es terrible —dijo. Pidió otro jugo—. Juré que dejaba la droga para siempre. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Mi hijo no tiene la culpa de nada: es por él que quiero curarme.

Genovesa le tomó la mano. «Es una buena decisión», le aseguró. Nos contó detalladamente cómo había conocido al padre de Joao.

—Un chico de la alta sociedad catalana —dijo mirando hacia la calle—. Un cabrón que me metió al vicio de la heroína, y claro, una vez que ya estábamos los dos hasta el cuello se largó. —Marta pidió un helado de café. Después de comérselo parecía otra mujer. No entendía cómo había llegado a meterse al sistema ese polvito mortal—: es que sin que te des cuenta te puedes ir, morirte y ya: es terrible...

Deseaba hablar sobre el cortometraje que había escrito y ella misma dirigió. A medida que nos contaba fue embelleciéndose.

—El filme ganó un premio en Francia —dijo orgullosa—. Por entonces todo parecía tan bien. Pero qué vueltas da la vida, chica, es increíble.

Para ella pronto llegó la hora de volver al hotel: su padre estaba esperándola para salir a cenar a algún sitio de postín, rio.

—Mañana parto con mi padre y la amante a Acapulco y esto me preocupa tremendamente. Estoy pinchada por todas partes y me lo van a notar.

Su angustia creció perceptiblemente. Tratamos de con-vencerla de que se quedara en México. No sabía cómo decírselo al padre. Genovesa estaba preocupada por Morena y no perdió la oportunidad de preguntarle por ella.

—Ah, ella está bien, muy bien —dijo la bella tratando de sonreír.

Genovesa me echó una mirada furtiva. Cuando estuvimos a solas me aseguró que Marta mentía... La posibilidad de que su prima pudiera estar en la misma situación que ella le pobló el rostro de una negrura que no le conocía.

A las siete de la mañana Marta llamó a mi casa para avisarnos de que se había quedado en México. La gran diva de Viena, una amiga suya, le daba alojamiento por unos días. Prometimos visitarla esa misma noche.

La diva de Viena

La casa quedaba por la vieja carretera a Cuernavaca. Tocamos el timbre varias veces pero nadie salía a abrirnos. Entrevimos por una rendija del portón un caserón sin luces. Insistimos. Pasaron más de diez minutos y no había respuesta alguna.

—Marta está adentro —aseguró Genovesa.

Le pedí que entrecruzara los dedos y los pusiera a la altura de sus rodillas. Puse mi bota sobre el improvisado banquito e impulsada por ella me trepé a la barda. Desde ahí salté como un gato.

—Bravo —me gritó.

Le abrí el portón. Atravesamos temerosas un enorme jardín abandonado. Todas las ventanas de la casa estaban cubiertas con gruesas mantas que no permitían ver el interior. De pronto, se escuchó un ruido detrás de nosotras. Genovesa gritó aterrada. Yo volteé a buscar al fantasma. Un enorme gato negro de ojos amarillos nos miraba fijamente.

—Se brincó la barda igual que yo pero sin deditos cruzados —dije.

Reímos hasta las lágrimas. Rodeamos la casona y en la parte posterior encontramos una especie de departamento. Una luz mortecina salía por debajo de la puerta entreabierta. Genovesa me agarró la mano y me dijo que nos fuéramos de ahí. Su reacción me dio risa.

—No te rías —me pidió seria.

La puerta chirrió. Genovesa me siguió de puntitas por un pasillo en tinieblas hasta un cuarto oscuro y gélido. Una maniquí desnuda, sostenida por cuatro hilos visibles, colgaba del techo; abajo de la maniquí había una cama tamaño matrimonial cubierta por una colcha blanca. Marta, en un rincón de la habitación, con los pies recargados sobre un enorme armatoste que algún día fue calefactor, no se percató de nuestra llegada. «Puede estar muerta», pensé. Genovesa se acercó a ella y le acarició la cabeza. Marta sumida en un letargo profundo volteó lentamente a verla pero no la reconoció. Yo por estar mirando la escena me tropecé con una caja de cartón. Marta, asustada, se levantó de la silla y gritó.

—Detente, Joao, detente: te puede atropellar un auto.

Corrí tras ella. La paré agarrándola del brazo:

—Tu hijo está en París con tu madre, ¿recuerdas?

Se me quedó viendo como si saliera de una penumbra. Volvió a sentarse y lloró profundamente. Era terrible ver a una mujer joven tan desgarrada.

La diva, antes de irse a su trabajo, le mostró dónde quedaba una clínica popular localizada a unas cuadras de su casa. «Por si alguna emergencia», le había dicho.

Marta se fue poniendo mal a medida que pasaba el día. Al atardecer decidió ir a la clínica a pedir unos tranquilizantes. El médico que la atendió trató de violarla. «El muy cerdo quiso fornicar conmigo por la fuerza», dijo volviendo de inmediato a su estado de sonambulismo.

Decidí llamar a un querido amigo psicoanalista y pedirle consejo. Se encontraba en su casa a la mitad de una cena. Me prometió venir lo más pronto posible. Genovesa y yo suspiramos de alivio.

Marta y él hablaron largamente a solas. Cuando salió nos dijo que la droga estaba directamente conectada con su implacable soledad.

—La muchacha seguramente trae la droga consigo y no debe quedarse sola ni un momento —nos recomendó.

Genovesa le habló a su abuela para pedirle ayuda. La abuela aceptó hacerse cargo de la amiga de Morena. Durante una semana la cuidó pacientemente. No entendí cómo una muchacha tan bonita estaba todo el tiempo deprimida.

Genovesa y yo acompañamos a Marta al aeropuerto para que tomara el avión de regreso a París. Antes de despedirse de nosotras quiso hablar con Genovesa a solas:

—Morena necesita ayuda y rápido —le dijo.

Viaje profundo a la matrix piedra filosofal

Eran las siete de la mañana. Nuestra nave surcaba la capa ambarina del cielo mexicano. Subía con un esfuerzo notable. Genovesa cerró los ojos y me dio la mano. Un cambio de presión atmosférica le hizo abrirlos. El cielo se fue volviendo azul hasta hacerse radiante. En la lejanía se veían dos picos solitarios con las puntas nevadas: eran el Popocatépetl y la Mujer Dormida mirando el devenir. Abajo de nosotras había un colchón de nubes blancas como espuma.

—Alucinante —comentó Genovesa mirando el paisaje maravilloso.

El sol preñaba su cara. La besé olvidándome de todo hasta que escuché los pasos de Eudoviges Cananita que venía hacia nosotras. Se nos quedó mirando y preguntó si deseábamos café.

—Yo un tequila doble, por favor.

— ¿Tan temprano? —preguntó Genovesa—. Entonces yo un vino blanco.

Por el mar, por el amar, brindamos.

Tres gaviotas se aparecieron en el escenario: Puerto Vallaría a la vista...

No salimos del cuarto hasta que cayó la noche. El cielo estaba encapotado. El mesero nos avisó de que se avecinaba el huracán Norma. Esa misma noche apareció zumbón. Los vientos impactaban nuestros registros urbanos. Después de mucho amor nos olvidamos de los vientos y nos quedamos dormidas una en los brazos de la otra.

Al día siguiente, un vendaval sin miramientos desató la furia del mar. Genovesa quería ir al malecón. Sentada sobre el brocal miraba fijamente el mar abierto. A lo lejos, se escuchaba el pifiar de un barco. «Bagatela» se llamaba el barco mercante, escribí en mi diario. Humo aviñetado salía de su chimenea. Imaginé a dos mujeres con baúles repletos partiendo a Levante... Genovesa se había vuelto lejana. Las olas levantiscas golpeaban las rocas bajas del farallón. Clavada en ese ruido perpetuo recordé la pasión compartida apenas anoche. La habitación; la piel; el deseo sin cesar, ni quebrantos, ni límites. Desvié la mirada hacia un pelícano que descansaba sobre el agua. Tenía un ojo notablemente fosforescente. Dolida por el cambio me cargué de rutas navieras.

Genovesa percibió mi distancia. Rozó mi brazo como no queriendo... La vi de reojo: dos lágrimas escurrían por sus mejillas. Acaricié su rostro sombreado por el dolor. Temía llegar tarde a rescatar a Morena. Con la mirada cansada me pidió que camináramos por la playa. Las huellas de nuestros pies desnudos se hundían sobre la arena húmeda: el mar las borraba. «Todo parece tan fútil en un día como estos», me dijo. Hablamos sobre la muerte. La densidad de nuestros espíritus se expandía por el aire. Ella se quedó mirando el horizonte.

—Quiero hacerte el amor —me dijo repentinamente. Parecía que tenía los ojos iluminados.

Me sorprendió su deseo súbito.

—Y yo quiero que tú me hagas el amor —le respondí. En medio de la playa plateada nos besamos. Desbocadas cruzamos la calle sin acordarnos de los coches. Un camión nos pasó silbando los oídos. Abrazadas nos detuvimos frente al ocre fracturado de la fachada del Hotel Pacífico.

En el balcón de nuestra habitación nos abrazamos largamente. Al entrar a la recámara los relojes del mundo se detuvieron.

Cuando desperté a la mañana siguiente Genovesa no es-taba a mi lado. Zozobré. Me pregunté si podía haberme abandonado. Me levanté como un bólido y me asomé al balcón. Ahí estaba, parada con un chal blanco sobre los hombros, mirando el faro. Su pelo volaba guiado por el viento marino. Un rayo partió al cielo como una serpentina de fuego. Genovesa se pasó las manos por la cintura, se oprimió el vientre. Sabiéndose vista por mí recibió un beso leve en la mejilla. Volteó a mi boca con una pasión inédita. Puse mis manos en su cintura. Sentía su respiración agitada junto a mi oído.

Besó mi cuello. Metí la mano entre el chal y me encontré con sus senos fríos y los pezones crecidos. Parada de puntitas lamió mis labios, mis mejillas, mi cuello, descendió por mis senos, mordió suavemente un pezón, luego el otro. A lo lejos, el faro cintilaba. La agarré del pelo subiéndola suavemente hasta mi boca.

—Quiero hacerte el amor —le dije.

—Quiero que me hagas el amor —respondió amarrándose a mi cuerpo como una vela húmeda a su mástil.

Cuando volvimos a salir de esa habitación los relojes reiniciaron su conteo. Me sentía como si hubiera vuelto a nacer.

Los desenfrenos mentales

Envueltas en presagios volvimos a México. Era la medianoche. La luna se ceñía a voluminosas nubes negras. Los desenfrenos mentales callaron. Me aferré a su cuerpo. Dos sombras alargadas ululaban en los espejos de la recámara. Genovesa volteó al negro exterior; los sauces llorones forjaban sonidos de viento. El placer de su rostro se destexturizó dejando paso a infinitas huellas de dolor. Su partida a París podría significar nuestra separación. Las dos conocíamos su deseo de huir de nuestro amor.

—Regresaré: te amo —me aseguró como si estuviera leyendo mi pensamiento. Me dio un beso que desencadenó otros besos.

Nos quedamos dormidas cuando la mañana se anunció con trinos de pájaros. Un rato después Genovesa se levantó de la cama para arreglar los últimos detalles previos a su partida. Quiso que saliéramos a la terraza. Quería grabarse en la memoria el lugar donde tantas veces fuimos felices. Miró detenidamente ese espacio testigo.

—Todo el año florean, ¿verdad? —sonrió lejana.

Nos besamos como queriendo robarnos el alma una a la otra. No quería irse ni yo quería que se fuera. Pero tenía que hacerlo...

Subimos calladas al negro Mustafá. Me planté los lentes oscuros de graduación correcta y prendí el motor; ella puso la cinta que había grabado la noche anterior. Ahora mi música, que alguna vez le había parecido un poco démodé, la llamaba «nuestra música». Dijo que la acompañaría en París.

—Sur les plages blanches deux amantes se font l’amour —cantaba Barrière con voz dulce.

En Avenida Churubusco la Sahop pedía disculpas por las molestias que ocasionaba. Ella no desprendía la vista de mi boca mientras yo manejaba. Tenía ganas de mí pero ya no debía permitírselo... Se llevó la mano a la boca, yo se la quité; con los ojos llenos de lágrimas nos besamos.

Fuerzas sobrenaturales se conjuntaron para que encontrara un lugar perfecto donde estacionar el coche. Los vigilantes, que cuidaban las puertas exclusivas para pasajeros con boleto de avión en mano, me permitieron acompañarla hasta donde aguardaba la nave de Air France.

—Suerte de amantes —dijo mirándome fijamente.

Una música arrabalera salía a través de la puerta entreabierta del avión. La despedida sobrevino frente a la sorprendida aeromoza.

Genovesa cruzó la pesada compuerta, volteó a verme; la música calló. La paradoja plateada se desprendió de la tierra justo en el minuto anunciado.

Rumbo a mi casa, con el alma triste, me propuse escribir la historia de dos mujeres: Valeria y Genovesa.

II

Mi casa

La cama se movía hacia arriba y hacia abajo, crujía; él gimió: ¡Sh!, no hagas ruido. El silencio se petrificó. Mi mamá arrulló con su pie mi cuna. Se escuchó el bramido de un animal herido. Mi madre salió de la recámara para ir al baño, bajó el agua del excusado. Cuando volvió él ya roncaba. Siguió arrullando con su pie mi cuna hasta quedarse dormida. ¿Tendría yo tres meses de nacida o tres años? No lo sé.

Mi papá se levantaba temprano, se asomaba por la ventana. Veía el patio sombrío de nuestro vecindario. Se acariciaba los pelos lacios de la axila y estirándose rugía como un león. Se ponía la misma ropa que había dejado sobre la silla la noche anterior. Salía de la casa sin despedirse de nadie. Mi mamá decía que trabajaba para nosotros.

Mientras caminaba rumbo a su pequeño comercio de materiales para la construcción no se percataba del cielo azul. Tenía una idea fija en la cabeza: volverse rico. Una profunda cicatriz en la mejilla izquierda, proveniente de una patada de caballo, le daba un aire particular. La herida la recibió en Rusia cuando tenía siete años. A los pocos meses del accidente su madre murió. Mi papá nunca la perdonó por eso. Cuando se enojaba la cicatriz le temblaba y entonces todos temblábamos.

Volvía ya entrada la noche. Con las rodillas sin flexionar se dirigía a la cómoda donde guardaba un enorme radio color café. Giraba la perilla: «Sintoniza usted la XEW de México». Los personajes de quienes hablaban eran siempre los mismos: Hitler, Mussolini, Roosvelt, Stalin, Churchill, el Papa Pío XII, etcétera. Por entonces me dijo que teníamos familia en Europa: la madre de mi abuela, sus hermanas y varios sobrinos. Mi abuela lloraba cuando se acordaba de ellos. Decía que corrían peligro. «Por suerte nosotros ya no vivimos en Europa», decía mi mamá agradeciendo a Dios.

Eran los tiempos en los que iniciamos la construcción de nuestra nueva casa: una copia fidedigna del cine Metropolitan que tanto le gustaba a mi madre. Según mi abuelita iba a quedar como un palacio.

Los norteamericanos entraron a la guerra. Eso a mi padre le pareció una buena noticia. Algún tiempo después, a través de la misma radio café, supimos que la guerra había terminado. Mis papás se abrazaron y bailaron; mi abuela no paraba de llorar. Mi papá abrió una botella de whisky y le ofreció una copa; al rato, ella también bailaba.

La construcción de nuestra casa era lenta. Cambios y más cambios hasta alcanzar la perfección de los colores pastel en las cornisas azules, rosas y beis.

Escondida tras las cortinas de nuestro departamento vi, por última vez, a los niños del vecindario jugar a la pelota. Mi mamá y Lucía guardaban los últimos tiliches en unas cajas de cartón. Cuando ya no quedaba nada que guardar, subimos las cajas a nuestro Chrysler azul clarito con su caballito alado sobre el cofre.

Partimos entre el vuelo de las palomas que venían a beber agua en la fuente del jardín de San Jacinto. Nadie volteó a mirar atrás. Mi madre dijo que no lo hiciéramos porque era de mala suerte...

Ocupamos nuestro castillo en la Anzures cuando la Anzures todavía era un llano. Por primera vez tuve una recámara para mí sola. La semana después del cambio cumplí cinco años. No tardamos en enterarnos de que tías, primos, la tatarabuela: todos fueron cremados en los hornos de Hitler. Comenzaron a verse, en los cortos de la Movietone, niños convertidos en pájaros. Las imágenes no me dejaban dormir. Mi madre decía que yo tenía toda una vida por delante para olvidarme de esos horrores.

Poco a poco nuestro castillo se fue poblando de porcelanas finas y bronces pesados. Allí se definió mi destino: callar, siempre callar. Mi madre tenía opiniones fijas y no permitía que se le contradijera. Imbuido en sus negocios, mi padre solo utilizaba la palabra para dar órdenes. Así, callando, olvidé el arte de hablar.

La casa fue el sitio más conmovedor para mi producción de sueños de espacios inéditos; sueños constantes y obsesivos. Soñaba con la existencia de una casa que estaba en los sótanos de nuestro castillo.

El fantasma negro

La puerta chirrió. Entró un fantasma negro. Dio uno, dos pasos: clic, puso la cocoa hirviendo sobre el buró. Llegó hasta la ventana; corrió la cortina, entreabrió la persiana. Yo, no precisamente Lady Godiva, con huellas de insomnio y mal aliento, volteé la cara hacia el otro lado.

Lucía se hincó junto a mi cama. «Saca la pata», me dijo. Me puso un calcetín blanco que me llegaba hasta la rodilla, luego el otro, me metió el uniforme azul marino por la cabeza. Por último, me puso el suéter que picaba:

—Tómatela —me dijo.

— ¿Qué?

—No te hagas.

Lucía tenía los ojos amarillos y una trenza larga y negra que le caía sobre su suéter azul eléctrico; nunca sonreía, solo obedecía las órdenes de mi mamá. Cuando salió de mi recámara volví a meterme en la cama. Acostada, frente al enorme ropero color ostión, oprimí mis ojos con las yemas de los dedos y, ¡ay!, al abrirlos vi clarito cómo se me venía encima.

«Acale», me imaginé la grasa del huevo batido dentro de la cocoa. Me paré preocupada de que se estaba haciendo tarde y mi hermano no salía del baño. Le toqué quedito en la puerta para no despertar a mis papás. Tenían una vida muy activa y había que dejarlos dormir. Volví a tocarle. Cuando salió me miró de arriba abajo y me dijo lo de siempre: «pendeja». «Puto», pensé para mis adentros pero no dije nada porque de lo contrario recibiría una bofetada.

En el lavamanos mojé las puntas de mis dedos con agua caliente y me quité las lagañas, puse mucha Ipana en el cepillo y me lo metí a la boca; con la otra mano tiré la cocoa, dejé correr el agua para que no quedara un solo grumo de grasa. En ese momento Lucía subió corriendo por la mochila. Ya había llegado el camión. Por petición de mi madre Mario no tocaba el claxon como en otras casas. Mi mamá conseguía todo lo que quería porque era muy bonita.

—Huevona, huevonzota —me dijo Mario.

A veces me decía huevoncita: dependía del humor en que estaba.

Antes de haberme sentado metió el acelerador a fondo. Caí con mi colita sobre el duro asiento de madera. Él sonrió a través del espejo retrovisor mostrándome su dentadura blanca. Le regresé la sonrisa haciéndole una señal de me las vas a pagar.

Después de recogernos a mi hermano y a mí, pasábamos por Chabela y sus hermanos: dos gemelos pelirrojos con muchas pecas en la cara. Chabela subía muy presumida, se

alisaba los pliegues de su falda y se sentaba sobre sus gordas nalgas. Era la más aplicada de la clase y por eso se creía la muy, muy...

A Mario ya se le había hecho tarde. Como siempre, corrió mucho para llegar a tiempo. A mí me gustaba la velocidad y él lo sabía. Frente al portón rojo con negro cerré la boca y esperé a que brincara el tope para no morderme la lengua. En ese momento sonó la campana del Prefecto Alba. Todos corrimos a formarnos en nuestras respectivas filas.

El director general, recién llegado de un campo de concentración, se paró bien erguido junto a las banderas y esperó hasta que no se escuchara ni el zumbido de una mosca.

— ¡Silencio! —dijo en un español aprendido—. Vamos a cantar los himnos. Primero el de México y luego el de Israel.

Uf, por fin teníamos estado propio y ahora ya nadie podría matarme como mataron a mis primos. Hacía algunos días mi papá había traído a casa el primer calendario de Israel. Mi mamá lo colgó en el antecomedor. En la portada había unas muchachas muy bronceadas que trabajaban la tierra. Sonreían felices. Lamenté no parecerme a ellas. Metida en mis pensamientos me percaté de que Chabela estaba hablando de mí con Ana. ¿Qué le estará diciendo? Las dos se rieron. Las odié con todo el corazón.

El director nos ordenó que pasáramos a los salones. La primera clase estaba dedicada a rezarle a Dios. El maestro Morningstar dijo que sacáramos nuestras biblias para leer los salmos de la mañana.

—Se acerca el Día del Perdón —dijo—. Es cuando Dios decide quién seguirá con vida y quién morirá. La decisión de Dios depende de cómo nos hemos portado durante el año.

Mi papá opinaba que esas eran pendejadas. Quién mejor que él para saberlo si su papá fue rabino. Por ejemplo, nosotros viajábamos los sábados y no nos habíamos muerto. Alguien atrás soltó una risita. El maestro Morningstar volteó la cara hacia la ventana:

— ¿Quién fue? —gritó.

Nadie contestó. Volvió a preguntar tensando la voz. Se dirigió a las filas de atrás y agarró a Schatz del suéter, lo arrastró a la tarima. El pobre juraba que él no había sido; aseguraba que Max fue el que se rio. Max, con un chillido de rata aplastada, dijo que no era cierto. El maestro le ordenó a Schatz que levantara las manos y sobre ellas colocó un pesado basurero de madera. Le dijo que así se iba a quedar hasta el recreo.

—Y ahora proseguiremos con el Día del Perdón.

Cuando llegó el recreo grande, esperé a que todos bajaran al patio. Me metí al jardín del kínder donde no había nadie y me escondí entre la hierba gris que crecía junto a la alambrada. Desde allí podía ver sin ser vista. Los niños formaban colonias de bacterias que se hacían y se deshacían. Chabela y Ana estaban brincando a la reata. Yo tenía ganas de brincarla también: nunca lo había hecho. Revisé la bolsa de las tortas que Lucía me

dio al salir de la casa. Cuando estuve segura de que nadie me estaba viendo las tiré al suelo y, antes de darme cuenta, ya estaba brincando la reata. Chabela la tensó, caí con las manos por delante para salvarme los dientes. Con una sonrisita fui a acomodarle un golpe en la nariz. Inmediatamente comenzó a salirle sangre. «Ay, Dios, en una buena me metí.» Chabela se fue corriendo al baño, Ana detrás de ella. El Prefecto tocó la campana para que entrásemos a clases de español. El profesor Méndez estaba borrando los jeroglíficos que había dejado Morningstar. Molesto, se sacudió el polvito de las manos. Tomó el libro verde de aritmética y dijo que estábamos muy atrasados en las divisiones. Ordenó que nos sentáramos y copiáramos en nuestros cuadernos la serie de divisiones que él iba a escribir en el pizarrón. Terminó con las divisiones y Chabela todavía no había subido. Seguramente fue a acusarme con el director y el director va a acusarme con mi mamá. «Ay», me lamenté. En eso entró Chabela con los ojos rojos y costritas de sangre coagulada en la nariz.

Méndez no le preguntó nada... Claro, era la mejor de la clase. León, quien se sentaba detrás de mí, me tocó al hombro. Me entregó una notita doblada en mil partes. «Seguro es de Chabela», pensé. Mientras terminábamos de escribir las divisiones, Méndez rondaba entre las filas. Desdoblé el papelito: «Te amo», decía.

Estaba firmado por Pier. «Seguro se está burlando de mí», pensé. Volteé a verlo. Me sonrió guiñándome el ojo. Que ni qué, era el más guapo de toda la clase.

Ese mismo día me volví su novia. Eso me hacía igual a todas, incluyendo a Chabela. Pronto me enteré de que había un tercero entre nosotros. Chucho, el hijo del chofer del cuatro. Él cuidó la puerta del baño cuando Pier y yo nos dimos nuestro primer beso. También él cuidó la puerta cuando Pier puso su cosita en la mía. Chucho quería saber qué se sentía. Pier le dijo que delicioso. Yo me quedé callada porque las niñas no deben contestar esas cosas. Chucho también quería sentir. «Él tendrá que aguantarse las ganas», pensé. Pero me amenazó: si no lo hacía me acusaría con mi hermano. Chucho ganó.

Pronto me volví la niña más famosa de la escuela. Hasta los niños más grandes querían, yo ya sabía qué...

Lucha libre

Era viernes, el último día de clases. Mi mamá me avisó de que después de comer iríamos al cine. La película que íbamos a ver estaba en el cine Variedades. Los actores principales eran Stewart Granger y Ava Gardner. A mi mamá le gustaban mucho los dos, pero más ella porque decían que se le parecía.

Aguanté que mi hermano se embarrara las manos en la grasa del pollo y que al salir del antecomedor se las limpiara en mi cabeza. No quería que mi mamá fuera a decirme que yo era una delicadita y después no me llevara al cine.

La película sucedía en África. No le gustó a mi madre porque no se identificaba con esos lugares. A mí me había parecido bonita pero ya no estaba segura.

Me avisó de que esa noche tenían una cena con los gringos Kuntz y Morton que en realidad no eran gringos sino escoceses. A mi mamá le preocupaba que bebían demasiado y temía que mi papá fuera a imitarlos. Pero bueno, los perdonaba porque sabían apreciar sus atributos de mujer guapa.

—Ellos le fiaron a tu padre la primera bolsa de cemento cuando no era nadie —me repitió por enésima vez. Ahora mi papá era el dueño de la cementera más grande de México y yo debía estar muy orgullosa de él.

Fantaseé que por esa cena a lo mejor me salvaba de la habitual caminata después del cine. Ah, pero mi mamá adoraba caminar... Me agarró de la mano y me jaló tras ella. Debía seguirla a su paso y no voltear a ver a nadie. Ella era la reina y yo la princesita. Llegamos a la zapatería Del Prado, ahí se detuvo: su vicio eran los zapatos. Al fin me soltó la mano y entonces pude dedicarme tranquilamente a ver a la gente que pasaba por la calle. Estuvo tentada a entrar pero ya se había hecho tarde. Me volvió a agarrar de la mano y a mil... caminamos hasta Cinco de Mayo, donde había estacionado el coche.

En la casa subió a arreglarse. Mi hermano y yo nos pusimos a ver la televisión. Estaban pasando el programa de Nescafé con Pedro Vargas, Verónica Loyo, Manolín y Shilinsky. El viernes era mi día favorito de tele... porque pasaban la lucha libre. Mi mamá bajó las escaleras con pasito modificado. Mi hermano y yo la vimos con admiración. Nos preguntó qué queríamos cenar.

—Unos taquitos de pollo, quesadillas, o enchiladas verdes...

Yo quería enchiladas verdes. Mi hermano quería lo mismo, más un bistec con frijolitos, ah, y un bolillo. «Es un cerdo», pensé.

Cuando mi mamá se fue a la cocina para ordenarle a Lucía nuestra cena Efraín me dijo:

—Cerda asquerosa.

¿Yo?, ¿una cerda? No entendía nada.

—Vas a ver cuándo se vayan —me amenazó.

Mi papá llegó en ese momento. Subió los escalones de dos en dos y se metió a bañar. En diez minutos ya estaba abajo agarrándose con la mano derecha el puño izquierdo de su camisa. Mi mamá le cerró la mancuerna farfullando entre dientes:

—Inútil.

Parecían actores de cine. Yo no quería que se fueran. Mi mamá nos encargó que terminandito las luchas nos fuéramos a dormir. Apenas se escuchó el chirriar de las llantas del coche en la esquina de Gutenberg con Leibnitz cuando Efraín se dejó venir hacia mí. Me agarró de las manos levantándome de un jalón. Me dobló el brazo hacía atrás de la espalda haciéndome manita de puerco:

— ¿A ver, puta...? ¿Qué haces con los niños en el baño de la escuela?

El corazón se me paró.

— ¡Qué te importa! —le contesté.

Hizo más presión sobre mi mano obligándome a hincarme. Pegué un grito seguro de que me la iba a romper. Lucía lo llamó desde la cocina para preguntarle algo sobre la cena. Me soltó para acudir al llamado.

Me concentré en la pantalla de la televisión para que no se me notara que temblaba, cuando... ay, sentí un balde de agua fría bajando por mi espalda.

— ¡Desgraciado! —le grité.

«Desde la Arena Coliseo: Máscara contra Cabellera. El Cavernario Galindo y Wolf Ruvinskis contra El Santo y Blue Demon...» Las luchas estaban por comenzar. Subí a mi recámara a cambiarme de ropa. Arriba tuve una idea genial. De puntitas entré al cuarto de mis papás y agarré la jarra llena de agua: bien recargada sobre el barandal regué a mi hermano como si fuera una planta. Por toda la casa se escucharon mis carcajadas. Él, como flaco y no como el gordo que era, subió las escaleras: volvió a hacerme manita de puerco.

Me obligó a llenarle la jarra de agua en el baño. Cuando estuvo llena logré zafarme de la llave. Comenzó la persecución por toda la casa. Ya sin aliento llegué a la cocina para que Lucía me salvara: Lucía no estaba allí. Me metí al antecomedor. Dimos vueltas alrededor de la mesa golpeando el vidrio de la vitrina donde mi mamá guardaba sus cosas finas. De pronto Efraín dio una vuelta forzada, se escuchó un crish, crash, crunch. Quise ver qué le había pasado. Me acerqué... y ay, la mano le sangraba a borbotones. Quería decirle algo pero... él ya me había agarrado de un pie; me tiró al suelo, puso sus rodillas sobre mis brazos, brincó con todo su peso sobre ellos, me dio una cachetada, con el puño cerrado me pegó en el huesito del hombro. Yo pataleaba sin éxito. «Me va a matar», pensé.

— ¡Auxilio! —grité—. ¡Socorro!

Lucía entró campantemente, le dijo que me soltara. Mi hermano, como si no la hubiera escuchado, me dio otra bofetada en la cara.

—Si no la sueltas mañana te acuso con tu mamá.

— ¿Mañana? Mañana quien va a acusar a esta puta soy yo —dijo. Se levantó furioso lamiéndose la mano ensangrentada.

La golpiza

Los domingos nadie salía de su recámara hasta que la abuela llamaba por teléfono para saber a qué hora pasaríamos por ella.

Mi madre cruzó el pasillo con paso firme. Se recargó sobre el vano de la puerta que separaba la recámara de mi hermano de la mía. Con la mitad de la cara maquillada y una bata floreada que le llegaba hasta el piso dijo que ya se había hecho tarde. Volteó a verme:

—Tú, ponte el vestido nuevo y apúrate que no vamos a esperarte, ¿oíste?

—Sí —le contesté.

Mi madre volvió a su recámara. Mi hermano no había abierto la boca. «A lo mejor me perdonó», pensé. En eso dio un portazo... Cómo deseaba dejar de sentir miedo.

Mi papá vino a bañarse al baño grande. Hacía un mes se habían comprado una caja fuerte que pusieron bajo la regadera de su baño y ahora todos nos bañábamos en el baño grande. Imaginé el agua escurriendo sobre su cuerpo, sentí escalofríos. Me acerqué a la ventana para ver los llanos baldíos de la Anzures: todo estaba en calma. Mi papá salió del baño y le gritó a mi hermano que ya podía entrar. Mientras tanto, me puse el vestido nuevo que me había mandado a hacer mi mamá con las españolas de 5 de Mayo. Era amarillo con el ribete verde. Me veía horrible, pero según ella el amarillo hacía juego con mi pelo negro.

Por los nervios se me hizo tarde. Mi mamá no se desprendía del claxon, que no cesó de tocar hasta que me vio parada frente al coche. Me subí atrás con mi hermano, quien se hizo a un lado para que no fuera a rozarlo...

—Parece una sedita —dijo mi mamá refiriéndose a nuestro coche nuevo.

Era un Dorado blanco con toldo negro. Todo el mundo volteaba a verlo. Solo había otro igual en México.

Mi madre tomó por Gutenberg y bajó por Tiber a toda velocidad. Rodeamos el parque México. Mi abuela vivía allí, ya se había casado dos veces pero en ambas ocasiones se le murieron sus maridos. Por esa razón pasaba un día con nosotros y otro día con su otra hija. Mi papá le tocó el claxon. Ella se asomó por la ventana y gritó:

— ¡Buey!

Esta vez nadie se rio. Cruzó la puerta de cristal del edificio Basurto donde vivía. Subió trabajosamente al coche de dos puertas. ¡Uf!, se le había pasado la mano de perfume. Mi papá tosió y yo también. Mi mamá volteó a verme y a punto de decirme delicadita mi abuelita exclamó en yídish:

—Está precioso. Que lo usen con salud.

Mi papá le agradeció, también en yídish. Le preguntó a mi madre adonde íbamos a comer, esas cosas las decidía ella.

—Al Normandie del centro —respondió mientras yo pensaba: «Qué bueno que escogió un lugar tan elegante, allí mi hermano no se atreverá a decir nada».

Mi papá nos hizo sentir la velocidad que agarraba su Dorado. Mi abuelita se rio aprobatoriamente. En López dimos la vuelta.

Agarrados de un cordón de terciopelo rojo, uno detrás del otro, bajamos la escalera. El restaurante estaba repleto. Mi mamá miró a un punto fijo y sin desprender la vista de él, siguió al capitán. Mi abuela hizo lo mismo. La gente nos miraba mucho pero nosotros no debíamos ver a nadie. Ahora me tocaba a mí caminar erguida. Me sentía como si me hubiera tragado una escoba y la boca me temblaba. El capitán nos dejó varios menus de cuero negro que mi mamá, mi abuela y yo no abrimos porque ya sabíamos qué queríamos comer. Mi papá y mi hermano tardaban en decidir. El maître dijo que mientras tanto traería las bebidas.

Mi hermano aprovechó para decir que tenía algo muy importante que contarles. Quise pedirle que por favor no lo hiciera: significaría mi muerte.

—Ella —dijo señalándome— se mete al baño de la es-cuela a hacer cochinadas con niños más grandes...

— ¿Cochinadas? ¿Cómo cochinadas? —preguntó mi mamá.

A mi papá le tembló la cicatriz de la mejilla izquierda. Sin decir palabra sacó un fajo de dinero de la bolsa de su pantalón y lo aventó sobre la mesa.

—Vámonos —dijo con voz ronca.

Nadie abrió la boca mientras regresábamos a la casa. Quería pedir que alguien intercediera por mí. Nadie lo hizo.

Cuando llegamos, mi papá con el cinturón en la mano se bajó del coche. Mi mamá alcanzó a gritarle que en la calle no... porque los vecinos. Era demasiado tarde. Mi papá ya había comenzado a pegarme con la hebilla. Me siguió hasta las escaleras. Los golpes caían en mi espalda, por las nalgas, por las piernas; me dio un golpe en la cabeza: decidí esconderme en el baño, en la tina. El cinturón zumbaba como un látigo. Mi papá me gritaba puta y sudaba copiosamente. Siempre supe que me iba a morir siendo todavía una niña. Ya había perdido las fuerzas para quejarme cuando mi papá aventó el cinturón lejos de la tina y salió del baño. Mi abuela se acercó a mí, le dijo a mi mamá que así no se le pegaba a una niña. Mi madre le gritó que se callara y que saliera inmediatamente del baño. La abuela obedeció meneando la cabeza. Mi mamá vino a sentarse al borde de la tina. Me agarró la mano que tenía desmayada sobre el vientre y que me ardía como lumbre.

—Si me lo hubieras contado todo, no hubiera pasado esto. Soy tu madre, debiste contármelo.

Le quité la mano y le dije con la voz entrecortada que mi hermano era un chismoso. Ella me aseguró que él lo había hecho por mi bien. No supe de dónde saqué fuerzas para gritarle que se saliera y que me dejara en paz. Muy digna, dio un portazo y se fue a la recámara con su esposo.

Todo me dolía y un frío como polar comenzó a invadir-me. Salí de la tina y fui a pararme junto a la ventana. El mundo seguía en calma. Levanté la vista al cielo y le pedí a Dios que me matara. «Mátame», repetí sin cansarme. Durante horas esperé a que cumpliera mi petición pero no lo hizo.

Escuché cuando la puerta de la recámara de ellos se abría. Seguramente tienen algún compromiso. Me acosté rápidamente y me hice la dormida. Cuando se fueron puse la mano en mi clítoris: no sentía nada...

El insomnio

Deliraba. Las altas temperaturas calcinaban mi cerebro: ya ni las aspirinas ni los tecitos ayudaban. Mi madre desesperada llamaba, una y otra vez, a casa del doctor Cedillo.

—Seguro dejó descolgado el teléfono —decía alterada después de cada llamada.

Ya en la madrugada Cedillo contestó el teléfono. Dijo que había una epidemia en México y vendría a verme después de atender una emergencia. Mi madre le aseguró que mi caso también era una emergencia. Le suplicó que viniera primero a verme a mí pero no logró convencerlo.

Cedillo llegó unos minutos antes del mediodía. Entró a mi recámara seguido de su enorme joroba. Su aspecto me aterraba. Dejó su brillante maletín sobre la cómoda y sacó algunas cosas de él. La revisión fue exhaustiva: reflejos, pulmones, corazón, estómago. Con mucho cuidado, para no despeinarse, puso una lamparita alrededor de su cabeza. Metió sus velludas manos dentro de mi garganta. «Aga, aga», me decía que repitiera. Después de hurgar concienzudamente tiró el palito de madera al bote de basura que mi mamá le ofreció. Se frotó las manos produciendo un ruidito de resequedad y dijo:

—Lo que me temía querida señora: difteria.

Mi mamá brincó del taburete con el rostro demudado.

— ¿Es mortal? —preguntó.

—Oh no, señora mía —lanzó una sonora carcajada—. Hoy día, con la penicilina, nadie se muere. Bueno, existen las excepciones, esta mañana antes de venir visité a un niño que tenía lo mismo que su hija. La pobre criatura estaba morada, tuve que hacerle una traqueotomía —volteó a verme—: sí, como de su misma edad...

— ¿Traqueotomía?, ¿qué quiere decir eso? —pregunté. Cedillo pasó un dedo por su garganta como si fuera un cuchillo filoso e hizo un corte transversal. «Un corte para que entre aire», dijo. Repentinamente no pude respirar y me revolví en la cama, desesperada.

Por el contrario, mi madre ya se había tranquilizado. Cruzó una pierna sobre la otra y se dispuso a mantener una amena charla con el enano. Nunca supe cómo llegaron ahí, pero Cedillo, con una sonrisita dibujada bajo sus bigotes a la Dalí, le aseguraba a mi madre que si los amantes estuvieran completamente seguros de que nadie los vería entrar al túnel del que hablaban, sin duda harían cola... —Ja, ja, ja— se rio. Mi mamá me señaló para que tuviera cuidado con lo que decía.

—Es mejor que sepan de la vida desde chicos —dijo el doctor sin mirarme. A lo que mi madre inquirió:

—Quizás los humanos no se enteren, pero a Dios no se le puede esconder nada.

El doctor Cedillo se reacomodó en el taburete:

—Dios, señora guapa, tiene demasiadas cosas que hacer para preocuparse de estas insignificancias: ja, ja, ja...

—No se crea doctor —agregó—. Mi madre que es una sabia siempre me ha dicho: «Pecado que tú cometas lo pagarán tus hijos».

—Bueno, bueno —aseguró Cedillo poniéndose de pie—. Es tiempo de volver a mis obligaciones.

Mi madre con una linda sonrisa se dispuso a acompañarlo.

«Los hijos la pagamos, ¡bah! eso sí que es el colmo», pensé mientras los oía bajar las escaleras.

Esa noche no pude dormir. Cada vez que cerraba los ojos me veía con el cuello degollado.

Día del Perdón

Rápidamente, todos se olvidaron de aquel maldito domingo menos yo. Mi madre fue la peor en este asunto. Nunca iba a perdonarle que hubiera permitido que mi papá me golpeara tan brutalmente y, peor aún, que dijera que mi hermano solo quería mi bien.

Llegó el Día del Perdón. Había que ir a la sinagoga a pedirle a Dios por nuestras vidas. Mi hermano se quejó de que viajáramos en coche en un día tan sagrado como ese. «Es pecado mortal», dijo el muy sabiondo. Mi papá se rio y mi mamá le respondió: «Ni modo que nos fuéramos caminando hasta las calles de Justo Sierra».

Los dos se rieron y yo también tuve ganas. Mi papá checó en el asiento de atrás si estaban sus filacterias y su yamulkeh. Ya se había hecho tarde y todavía teníamos que pasar por la abuela. En la sinagoga ella tenía un lugar junto a mi madre. Mi hermano siguió molestando: dijo que cuando fuera grande iba a ser rabino. Eso sí que molestó a mi papá y comenzó a temblarle la cicatriz. Su papá nunca hizo otra cosa que estudiar la biblia mientras los hijos se morían de hambre. Le gritó a mi hermano que estaba loco y arrancó el coche logrando que todos nos cayéramos hacia atrás.

En la sinagoga las mujeres se sentaban arriba y los hombres abajo. Según el maestro Morningstar Dios prefería que las mujeres se quedaran en sus casas a rezar. Ese mismo día los niños de la clase inventaron una cancioncita:

—Las mujercitas a la cocina y los hombres a rezar, zar, zar, zar...

A mí no me afectaban sus estupideces; si quería, podía sentarme con los hombres. Mi papá no pedía permiso de nada y tampoco preguntaba si yo podía entrar o no. Pero esta vez la idea de sentarme junto a él me parecía insoportable. Mi mamá me tomó de la mano y, con la abuela, subimos muy erguidas las escaleras.

Me senté entre las dos. La esposa del director de mi es-cuela se estaba secreteando con la esposa del dentista Samuels. Mi mamá saludó a las arpías con un movimiento de cabeza. Ambas le desearon un buen año. «Yo ya no creo en Dios», decidí en esos momentos... pero antes de acabar la frase ya me había arrepentido.

Mi papá volteó a vernos con las filacterias ya puestas. Se enderezó la yamulkeh blanca bordada con hilo dorado que se había comprado para los trece años de Efraín. Era la primera vez que mi hermano ayunaba y ya se creía muy mayor.

Por quién sabe qué razón, recordé al padre de mi papá, a quien solo había visto en una fotografía. Era un viejo de enormes barbas blancas y ojitos muy tristes. Murió unos días antes de que yo naciera. Se me ocurrió que se murió para dejarme su lugar en esta tierra. Según mi mamá, el pobre presenció la muerte de sus padres en manos de unos cosacos borrachos y por eso se veía tan viejito. «Dios: extermina a nuestros enemigos», estaba deseando con todo mi corazón cuando el rabino lanzó un grito atronador.

—Allá arriba —dijo sacudiendo las manos y mirando al cielo—, se les suplica a las mujeres que se callen. Dios mío, hazlas callar.

El otro rabino, el de la barbita de chivo, avisó de que se iba a decir Kadish por los muertos. Pidió a los niños y a quienes no tuvieran muertos que abandonaran el recinto de Dios.

Al estar bajando las escaleras sentí el impacto de un ligazo sobre mi nalga. Volteé a ver quién había sido el gracioso. Pier sonreía feliz. Temí que mi hermano hubiera visto la escena. Asustada, me metí en el hueco de la escalera a esperar que terminaran los rezos. «Ay, duraban una eternidad.»

Cuando algunos adultos salieron al patio a descansar del ayuno volví a ocupar mi lugar junto a mi madre. Ishie, el encargado de limpiar la sinagoga, sacó de su roído saco una cajita de tabaco molido. Se la acercó a la nariz de un niño de mi escuela y esperó a que lo aspirara. Sobrevino el primer estornudo, luego el segundo: todos rieron. A mí también me gustaba estornudar con el tabaco de lshie. Con sus ojitos azules, metió la cajita a su saco y acarició la cabeza del niño. «A lo mejor nunca sale de la sinagoga y no conoce las calles del centro», pensé de Ishie. La idea me produjo horror. «Ya nunca voy a aspirar su tabaco», me dije con tristeza. La vida había cambiado tanto desde aquel domingo.

Los malos tiempos

Y como si el terror a la asfixia borrara neuronas yo no podía con las divisiones. El director llamó a mi madre para comunicarle la triste realidad. Dispusieron ponerme un maestro que a diario vendría a mi casa para enseñarme a dividir. Por su parte, mi mamá también intentaría enseñarme. Imposible: no había manera de abrirme el seso.

El director volvió a llamar a mi madre. Esta vez decidieron que tenía que reprobar el tercer año de español y, para que no perdiera a mis compañeros en yídish, pasaría con ellos a cuarto año.

A fin de año se hizo la entrega de boletas. Al momento de abrir la mía yo ya sabía los resultados, pero Chabela me estaba observando: sonreía como si me hubiera ganado una medalla de oro. Con la cabeza en alto salí del salón de clases.

Al siguiente año el misterio quedó aclarado. Chabela me vio parada en la fila de tercero. Era la única mujer entre veinticuatro niños. Le dio un codazo a Ana y las dos se secretearon.

A unos cuantos días de haber comenzado la escuela fue cinco de enero. Aunque judíos, nosotros festejábamos los Santos Reyes. Pedí una bicicleta de llanta gruesa sin saber si me la iban a conceder. En la mañana del seis me levanté sin hacer ruido y de puntitas abrí la puerta: ahí estaba una maravillosa bicicleta azul con llantas gruesas. No podía creer tanta felicidad.

Ese mismo día la estrené. Mi mamá salió a la terraza con sus revistas de estrellas del cine norteamericano y, con un ojo al gato y otro al garabato, me vigilaba.

—No te atrevas a llegar a las esquinas porque algún loco puede darse la vuelta y atropellarte —me previno. Tampoco debía transgredir la ley familiar de hablar con desconocidos. De esa manera me ahorraban los sinsabores del antisemitismo, las envidias: en pocas palabras, la maldad humana.

Había un problema serio. Me gustaba Chava, mi vecino. Un güerito de pelo chino y nariz respingada. Tenía cuatro años más que yo y nuestras recámaras colindaban. Durante las noches nos hablábamos de muro a muro a través de la clave morse. Chava jugaba en la calle con otros niños. Con la llanta delantera de mi bicicleta golpeé su balón y volteé a ver si mi mamá no había visto. Él me sonrió y me dijo que los dejara jugar; le pareció padrísima mi bicicleta. Hasta la noche se despidió de mí. Con eso me hizo feliz.

Al mes de haber comenzado las clases llegó al salón una niña que venía de otra escuela. Tenía los pelos rojos y ojitos azules de china. El maestro le preguntó su nombre. Ella con una voz bajita contestó:

—Feigele.

El maestro le preguntó cuál era la traducción al español de ese nombre...

—Pajarito —respondió ella.

El maestro imitó el vuelo de un pájaro y todos nos reímos.

Ella volteó a verme y nos sonreímos. Feigele fue mi primera amiga. Con ella conocí la dulzura de tener con quien hablar y con quien jugar en los recreos. Competíamos a ver quién corría más rápido y la que perdía disparaba las papas fritas. Después de estar bien segura de nuestra amistad le dije que iba a enseñarle algo. Antes tenía que jurarme que no se lo diría a nadie. Con la mano en la biblia juró solemnemente que no se lo diría a nadie, ni a su mamá.

Chon estaba limpiando el baño de niñas. Le presenté a mi amiga Pati a quien vio muy seriamente y, como si su aspecto frágil le diera confianza, se desabrochó los botones de su pantalón y se sacó una enorme cosa color morada. Pati gritó y salió corriendo del baño.

En el patio se soltó a llorar sin control. «Dios me va a castigar», repetía desesperada. Traté de tranquilizarla asegurándole que Dios no existía.

Durante una semana Pati se comportó como una zombi. En el recreo grande, el viernes siguiente me dijo que quería volver a ver la cosa de Chon. Nos dimos la mano y nos reímos mucho.

Después de esa demostración de confianza le pedí permiso a mi mamá para invitar a Pati a comer a la casa. Mi mamá me hizo muchas preguntas sobre ella. Yo no supe qué contestarle... pero aceptó que la invitara.

Era la primera vez que una amiga venía a mi casa. No pude dormir esa noche. Me sentía muy orgullosa de que mi amiga conociera a mis papás y mi casa. Cuando llegamos de la escuela, dejamos nuestras mochilas en mi recámara y bajamos a comer.

Lucía trajo a la mesa unas alcachofas empanizadas. Cuando terminé de comer la mía vi que Pati masticaba concienzudamente el primer pétalo que se había metido a la boca, el resto de la alcachofa seguía en el plato. Mi papá vio lo mismo que yo y los dos comenzamos a reírnos. Mi mamá y Efraín nos siguieron. Pati muy seria no levantaba la vista del plato.

En la recámara me hizo saber que estaba muy enojada conmigo. Traté de explicarle que todo fue una broma pero a ella no le importaba nada. Concluí que era muy difícil tener amigas.

En la noche mi mamá me preguntó de qué había hablado con esa niña que traje a la casa. Le dije que no me acordaba. Ya había decidido nunca contarle nada: ese sería mi secreto. «Debes contármelo todo, recuerda», me dijo.

Mi hermano fue enviado a estudiar a un colegio militar en los Estados Unidos para que dejara de pensar en convertirse en rabino.

Desde el momento en que se fue, el sueño de mis casas se intensificó. Proliferaban los mundos maravillosos donde todo era diferente a la realidad. Aprendí a soñar despierta.

La presentación

Por fin iba a cumplir quince años. Según yo, el hecho de presentarme en sociedad iba a cambiar mi vida. Me convertía en señorita, comenzaría a ponerme guapa como mi mamá, les gustaría a los muchachos y lo demás sería lo de menos.

Por entonces, mi papá acababa de comprar una cadena de supermercados convirtiéndose en el hombre con quien soñaba ser. El mismo que una noche, acostado sobre el piso de un cuarto de azotea con sus tres hermanos y con el estómago vacío, soñaba volverse rico. Mis quince años, entre otras cosas, significaban el festejo de dicho suceso memorable.

Para el evento mi papá se rodeó de las gentes necesarias. Contrató los servicios de una troupe de decoradores, escenógrafos y tramoyistas de México. Conocedora de las triquiñuelas hollywoodenses, mi madre ayudó a dar mayor esplendor a la fiesta.

Ante mil azorados invitados, una noche fría de invierno cumplí los quince años. Para mí buena fortuna ya había conquistado fama de amiguera, lo cual me permitió tener quince damas y quince chambelanes que bailarían alrededor mío el Vals del Emperador.

El día comenzó con modificaciones: depilaron la vellosidad excedente de mis piernas, delinearon mis cejas, me maquillaron, peinaron y vistieron. A pesar del sin número de acrobacias, parecía una niña disfrazada. Juanita, la peinadora, me aseguró que me veía guapísima. Las evidencias estaban en el espejo.

Llegó el momento culminante. Olvidada de mi excesiva palidez y flacura, guardada entre bambalinas, oí los doce violines que tocaban unas mañanitas especialmente inventadas para mí. Era el primer aviso. Debía subir calladamente a una enorme canasta de flores naturales; una vez en la cúspide saldría una nube de humo flotando que me envolvería. Se hizo un silencio sostenido... Volvieron a escucharse los acordes de las mañanitas.

—Valeria querida, Valeria adorada, naciste una fría madrugada de invierno. Valeria querida, Valeria adorada, eres como una flor tierna...

Ay, Dios, el vestido de tul azul comprado en Texas se me había atorado en un clavo.

—Valeria querida, Valeria adorada, tienes la sonrisa de un ángel.

—Ándale —me dijo una voz afrancesada—, ¿qué no oyes los violines?

No podía desatorar mi lindo vestido del malvado clavo. Los violines tocaron por tercera vez consecutiva. Empapada en sudor jalé, cruaj, el vestido, me arreglé la corona que se me había ladeado en la testa y con la nube de hielo seco ya nada espesa me puse a temblar. «Debes sonreír», recordé las palabras de mi madre. «Tiene razón —pensé—, o de lo contrario se notará lo fea que soy.» Descendí con la sonrisa vuelta una mueca. Por un camino cubierto de alfombra roja caminé frente a dos mil ojos... Llegué al fondo del

salón donde me esperaba un trono dorado. Uno a cada lado, mis papás me harían reina por una noche.

Mi conversión de niña a mujer fue como un sueño. Mi chambelán caminó hasta el trono y haciendo una caravana, con una mano atrás y la otra por delante, me dijo que me veía muy linda. Dancé con él como si eso le estuviera pasando a otra y no a mí. En medio de un cabriolé me susurró al oído que cuando nadie nos viera me daría un regalo.

Después del banquete salimos al jardín. Era un lindo corazoncito de oro. Me dijo que lo abriera. De un lado llevaba su fotografía, del otro decía: Te amo. Ay, me dio un beso en la boca. Hecho suficiente para volvernos novios.

El noviazgo duró poco porque mi papá decía que Víctor tenía voz de Titino. Mi papá lo sabía todo.

Mi gran amor

Me abroché el liguero, me planté las medias, me acomodé los postizos. Me pinté la rayita alrededor de los ojos como la de mi mamá. Rellené mi boca con un lipstick rosa carmín.

Todo comenzó cuando mi amiga Sandra me invitó a su fiesta de quince años. Los muchachos llegarían a eso de las cinco. Nosotras éramos cinco y nos apodábamos las pingüinas. Ellos también eran cinco y se decían los de loga. Pero era domingo y tenía que comer con la familia. Así que no pude ir a nadar ni a comer. Llegué a la fiesta cuando ya todos estaban platicando muy animados. Sandra me presentó a su primo Arturo. Él me sonrió. Me gustó mucho, lo malo es que nunca me sacó a bailar. Frida supo cómo insinuársele. Él la invitó a bailar y ella ya nunca lo soltó. Lo vi observándome. Susi, la mayor de nosotras, puso el último disco de Elvis Presley. A mí me chocaba el rock and roll, no era nada romántico. A Sandra tampoco le gustaba y como era su fiesta quitó el disco y puso Love is a Many Splendor Thing.

Yo acababa de ver la película con mi mamá. Cuánto deseé vivir un amor como el de ellos. Enrique y Susi bailaban de cachetito. Yo platiqué toda la noche con Memo, Samy y Lacho. Decían que era muy inteligente pero a mí se me hacía que les gustaba. A mí no me atraían nada. Cuando comenzaba a oscurecer nos bajaron comida caliente. Arturo aprovechó para decirme que había ido de gorrón a mi fiesta. Le iba a preguntar con quién cuando tocaron el claxon: «Son mis papás», le dije y me despedí de todos.

Al día siguiente me enteré de que a Frida y a Norma también les había gustado Arturo. Las dos hicieron una muy femenina escena de celos. Yo ni para qué decir que también me había gustado, si ni siquiera me invitó a bailar. A quien llamara primero, esa ganaría, decidieron mis muy civilizadas amigas.

Pasó una semana y Arturo no les hablaba a ninguna de las dos. Una tarde, después de la escuela, cuando estaba en la cama leyendo Sinuhé el egipcio, Lucía me avisó de que me hablaban por teléfono. «Es Arturo», me dijo. Bajé las escaleras tan velozmente que tuve que esperar a recuperar el aliento. «No te hagas ilusiones, seguramente quiere pedirte el número de teléfono de alguna de tus amigas», me dije.

Tenía una voz baja y reposada. Llamaba para invitarme al teatro y después a cenar. Para que no se diera cuenta de la emoción que tenía bajé el tono de voz. «Necesito pedir permiso», le dije. Quedó en llamarme al día siguiente. Le hablé a Sandra para contarle lo que acababa de ocurrirme.

Mi mamá dijo que Arturo debía venir primero a la casa. Él llegó en el Pontiac azul con blanco de su mamá. Traía puesto traje y corbata y lentes de carey cuadrados que lo hacían verse muy varonil. Cuando me saludó aspiró mi perfume y dijo que le gustaba su olor. Me pidió el nombre para regalarme la próxima botella. Air du Temps, sonreí.

Me sudaban las manos y el estómago me hacía ruido. En medio de esas incomodidades, Arturo me contó que decían que yo era muy creída, pero a él no le parecía así. «Las muchachas guapas siempre se creen», dijo sonriendo. Era tan guapo... Habíamos nacido el uno para el otro. Debía irse temprano para que mis papás nos dejaran salir la próxima semana. En todo estábamos de acuerdo.

Mi mamá nos espiaba desde su ventana mientras nos despedíamos. Me preguntó por qué un muchacho tan joven usaba lentes: parece viejo. Me recomendó nunca dejarme tocar por los hombres: luego van y se lo cuentan a sus amigos.

A la semana siguiente Arturo me llevó a cenar al Csardas: un restaurante húngaro en el que tocaban música gitana muy bonita. Esa noche me regaló una versión nueva de The Autumn Leaves.

La volvimos nuestra pieza. Yo la oía día y noche recordándolo todo el tiempo. Al mes de salir me invitó a bailar al Velvedere. Por fin se cumplía mi sueño dorado: ir a ese lugar acompañada por quien yo amaba...

El night club estaba en el último piso del Hotel Hilton. Desde ahí se veía todo México. Yo pedí un Medias de Seda y él un Gin Fizz. Me invitó a bailar piezas muy lentas y era tan alto que podía recargarme en él y olvidarme del mundo entero. A petición suya tocaron The Autumn Leaves. Rodeó con sus enormes brazos mi frágil cintura y me pidió al oído que me volviera su novia. Sentí que me iba a desmayar pero le dije que iba a pensarlo.

El siguiente sábado le di el sí en un drive-in de las Lo-mas. Mi mamá no debía enterarse de que fui allí porque mi hermano acababa de chismearle que vio a Susi besuqueándose con Enrique en un drive-in.

Cuando regresé a la casa mi madre entró a mi recámara: quería decirme algo. Me pidió que le hiciera un espacio en la cama; se sentó en la orillita. Me dijo que mi papá había hecho averiguaciones sobre la familia de Arturo y se enteró de que su mamá tenía amantes.

—Y eso es de putas —dijo sin tomar aire—. Tu papá no quiere que vuelvas a ver a Arturo, ni a Susi, ni a Sandra.

Quise gritarle: «No pueden hacerme esto». No había argumentos que cambiaran su actitud. Detestaba a mis amigas y a Arturo y mi padre odiaba a las putas. «Todo es por tu propio bien», me aseguró. Me recosté sobre la cama con la cara hundida entre los cojines para que mi hermano no me escuchara llorar.

Nuestra historia de amor trascendió más allá de las fronteras de las pingüinas. Nos convertimos en la versión moderna de Romeo y Julieta. Nos seguimos viendo a escondidas hasta que él terminó su carrera de contador público. Sus papás le hicieron una fiesta en el jardín de su casa. Arturo me presentó a su mamá como su novia. La señora era guapísima, de pelo rojo y ojos brillantes. Me sonrió y me dijo que yo era muy bonita.

Arturo se tomó varias copas para atreverse a pedirme matrimonio. Me detuve de su brazo. Eso significaba un problema tremendo. ¿Qué les voy a decir a mis papás? «Debemos enfrentarnos a ellos», opinaba él. Yo sentí que tenía toda la razón. Lloramos, nos juramos amor eterno. Pensamos que si me embarazaba tendríamos que casarnos. «Me mata mi papá, ni pensarlo», le dije. Arturo decidió ir a hablar con él.

Mi papá accedió a verlo. Arturo pidió mi mano y le dijo que nunca me faltaría nada porque él ya era contador público y su papá acababa de regalarle acciones de su fábrica. Mi papá, sin más, le dijo que no podía casarse conmigo porque su mamá era una puta. Cuando lo oí decirle eso creí que me moría. Arturo, pálido, se levantó a pegarle... pero a la mitad se detuvo.

—Solo porque es tu papá no le pego —me dijo.

Me pidió que lo acompañara a la calle. Me preguntó si lo amaba más que nada ni a nadie en el mundo.

—Nos podemos escapar a provincia y casarnos allá —dijo.

—Tengo que pensarlo —respondí—. Mi madre me advirtió que yo mataría a mi papá si hacía alguna tontería.

Ella que conocía bien el pecado sabía cómo infundir el miedo. Creía que me iba a morir de dolor.

Esa noche tembló y se cayó el Ángel a unas cuadras del Velvedere.

La abuela se casa

Mi abuela sufría tremendamente por su viudez prematura. «Ay, depender de las hijas no es ninguna delicia», decía con los ojos llenos de un liquidillo espeso. Las hijas, por su parte, seguían cargando con ella.

Por suerte la abuela acababa de descubrir a su próximo marido. Un judío alemán con una maravillosa casa en Cuernavaca y otra en las Lomas de Chapultepec. La abuela no era interesada pero de niña fue muy pobre.

Todo comenzó un impredecible otoño cuando la abuela, a quien no se le conocían amigos, fue invitada por los Krausse a comer a su casa de Cuernavaca. A pesar de sus remilgos, la abuela aceptó la invitación. Conocido de los Krausse, el viudo alemán llegó casualmente a la hora del té. El septuagenario quedó prendado de la abuela. A ella no le pareció mal; no estaba del todo viejo y, sobre todo, parecía limpio. Emocionada, la abuela se imaginaba casada con Hans. Entonces dejaría de depender de las hijas y sería tan rica como ellas.

Un tanto supersticiosa, prefería no hablar de su romance. En cambio, se convirtió en intermediaria del hijo mediano de los Krausse. Él estaba muy interesado en su nieta casadera. Favor por favor se paga. La abuela quedó muy impresionada con el prospecto:

—Lituanos como nosotros y habría que ver el respeto que le tiene a sus padres. Además, no les falta dinero —dijo la abuela a mi madre en secreto.

Un día, en el deportivo, el sándwich lituano se me pre-sentó como por casualidad. Era un güero desabrido y yo no dejaba de pensar en Arturo y llorar por él.

Unos meses después de conocernos, en la misma sala donde se me había desgarrado el corazón, Luis Krausse pidió mi mano. Yo ya no quería seguir viviendo con mi familia. Esta vez hubo un sí inmediato.

En ese momento, sonó el timbre de la calle. Mi madre se asomó discretamente por la ventana.

—Es la abuela acompañada de su alemán —dijo sobre-saltada.

Mi papá le preguntó si la abuela sabía.

— ¿Si sabe qué? —preguntó malhumorada.

—Lo de Valeria.

No, no sabía nada. La abuela entró vestida con un trajecito sastre de colores chillones. Una vez más se había echado demasiado perfume. Mi papá tosió. Mi abuela con una sonrisa de cien dientes le agarró la mano a su alemán y llena de júbilo nos comunicó:

—Hijos míos, me caso.

Mi abuelita se casó por tercera vez ocho días antes que yo.

—Querida nieta, que nunca necesites de tus hijos. —Le deseé muchas felicidades pensando: «Ay, abuela, ojalá esta vez sí te dure...».

Mi boda

Una semana antes de nuestra boda Luis y yo fuimos a Relaciones Exteriores a sacar pasaportes nuevos. Estuve a punto de llorar cuando firmé mi pasaporte con su apellido. A la salida de Relaciones, mi futuro esposo volteó tranquilamente a ver unas bien formadas nalgas cubiertas de satín rojo. Le dije que era un vulgar. Sorprendido volteó a verme:

— ¿Por qué, eh?

—Eres un vulgar y a mí no me preguntes por qué.

Terminé haciendo una escena de celos que ni yo misma creía. Él me juraba no haber visto las nalgas rojas.

—A última hora no puedes cancelar una boda para mil invitados.

—Sí que puedo —le aseguré.

El día de la boda amaneció nublado. Desde temprano llegaron los peinadores, vestidores y maquinistas como si fuera la repetición de mis quince años. A las diez de la noche, convertida en una bella mujer, se soltó el diluvio. Mi padre llamó para avisarme de que ya era hora de salir.

Después de atravesar ríos dejados por el chubasco llegué al salón. Eran las doce de la noche. El circuito por donde entraban los coches estaba bordeado de estatuas griegas que, empapadas y desnudas, daban la bienvenida a los invitados.

La novia bajó de un suntuoso automóvil. El chofer y un guardaespaldas corrieron a ayudarla. La joven novia le dijo algo a Juana, la muchacha de su casa, acerca de las estatuas. Las dos rieron. La niña Valeria, como la llamaba Juana, vio a su padre salir apresurado con la cicatriz de la mejilla temblándole. El sombrero le quedaba grande.

—Todos llegaron ya —musitó nervioso.

—El mal tiempo —respondió ella.

«Su padre la adora», pensó la madre. Sentí un dolor de estómago que me dobló. «Ay», quise decir frente a la puerta principal. Mi papá tembloroso me agarró del brazo como con una tenaza. Mi mamá me tomó del otro brazo: a ella no le temblaba nada. «Todavía me puedo arrepentir», pensé. Los músculos marcaron uno, dos, tres y tocaron Frenesí.

—Caminen y sonrían —ordenó mi mamá.

Los invitados observaban atentamente nuestra entrada. La niña ya había aprendido algunas cosas importantes sobre el garbo. En eso se escuchó un aleteo y cientos de palomas, todas blancas, salieron de unas jaulas doradas. Algunos invitados vestidos de esmoquin, subidos en las sillas, trataban de alcanzar a algún pichón que volara bajo. Mi

madre masculló que no nos detuviéramos y, siempre son-rientes, caminamos hasta donde Luis me estaba esperando. Se hizo un silencio profundo cuando me levantó el velo que cubría mi rostro. Acompañados por nuestros padres subimos al entarimado. Cuatro mástiles detenían una tela de raso azul cielo entretejida con blancas flores frescas. Tomamos las posiciones establecidas de antemano. La mandíbula me temblaba. Recurrí a un gesto paralizador de temblores. El rabino habló sobre nuestros deberes como hijos excepcionales, de padres excepcionales, pertenecientes a la excepcional comunidad judía de este excepcional México. No podía controlar mis ganas de llorar. El rabino nos bendijo y puso una copa de vidrio bajo el zapato de charol negro de Luis. Este le dio un pisotón firme haciéndola mil pedazos. El rabino bendijo la copa: «Que nunca haya más destrucciones del templo de Jerusalén».

Un beso tranquilón, ad hoc al temperamento de Luis, selló nuestra unión.

Viaje de bodas

Las estatuas griegas amanecieron en el jardín de mi casa. Una muchedumbre las miraba azorada mientras Luis esperaba impaciente a que yo saliera. Escondida tras las cortinas de su ventana, mi madre me vio partir. La supuse llorando porque su niña emprendía un largo camino con un desconocido al que no quería. Yo también lloré sin que nadie lo supiera. Volteé a ver las estatuas y me despedí de la Loba, la perra que me hacía compañía cuando estaba triste.

A mediodía llegamos a Nueva York. El gerente del Hotel St. Moritz, donde siempre me hospedaba con mis padres, nos dio la bienvenida. Me sentí avergonzada de que supiera que era mi noche de bodas.

Antes de subir al cuarto Luis y yo decidimos comprar algunas cosas en la farmacia de la esquina del hotel. En un estante vi un cepillito de dientes con todo y su pasta que supuse útil para la luna de miel. Se lo pasé a Luis para que lo pagara. Con el rostro encendido me dijo que no era necesario. El cajero volteó a verme sin saber qué hacer.

Deseé que me tragara la tierra. Luis me preguntó si no sabía que mi papá no le había dado dote.

—Claro que lo sé, ¿y por eso no me compraste un cepillo de un dólar?

—Un dólar es dinero. ¿Qué, tampoco lo sabes?

Y como si fuera la primera vez que lo veía noté su fealdad y lo odié con todo mi corazón. Sentí una desazón tremenda pensando que ahora estaba casada con él para siempre.

Entré al baño y me senté en el excusado. Recordé la plática que tuve con Frida meses atrás.

—Ten cuidado, pueden querer casarse contigo por tu dinero —me advirtió.

—Estoy segura de que quien se case conmigo va a ser por amor y no por dinero —le respondí molesta.

Escuché a Luis caminando en la habitación de un lado al otro. Después de más de media hora, tocó la puerta y me preguntó si pasaba algo malo. Le dije que nada, que no tardaba...

Me puse el negligé francés, completamente transparente, que mi mamá me había comprado y las zapatillas con tacón dorado que le hacía juego. Me miré al espejo: «Si pudiera escaparme», pensé.

Cuando salí Luis se me quedó viendo. Con paso lento se me acercó a darme un beso. Sentí repugnancia por él. Recordé que mi abuela solía decir que aunque a una no le gustara su marido, era obligación cumplir con los menesteres de esposa. Sentí su lengua como

molusco dentro de mi boca. Me dijo casi sin voz que fuéramos a la cama y sin más preparación me penetró en seco.

A la mañana siguiente nos dirigimos a los muelles para tomar el Queen Mary que nos llevaría a Europa. Un viaje de siete días nos esperaba. Parada en la borda, mirando a

Manhattan hacerse pequeño y escuchando el lánguido canto de las sirenas, me despedí de mis sueños.

Tres meses duró nuestra luna de miel. A los nueve meses, con dieciocho kilos de más y un día completo de labor, parí a mi primer hijo. Un hermoso niño de tres kilos y ciento cincuenta gramos.

Albert resultó mi única alegría en la vida. Sus risas, sus primeras palabras, sus primeros pasos: todo me tenía maravillada. Mi madre comenzó a llamarlo su pequeño Albert. Por las tardes, cuando oscurecía, lo metía al agua con todos los muñequitos de hule que Arturo me había regalado cuando éramos novios. Albert hundía los animalitos en el agua y cuando emergían de un brinco, soltaba una carcajada sonora.

Cuando cumplió diez meses fui a ver al ginecólogo.

—Sí, sí estás embarazada —me anunció el doctor Kuwatti con su voz gangosa—. Un hermanito es el mejor regalo que puedes darle a Albert —agregó al ver que no sonreía.

Salí del consultorio mareada y con ganas de llorar.

¡Otro hijo!

Los primeros años

Luis iba a enseñarme a ser una verdadera mujer. Yo pensaba que él no era un verdadero hombre para enseñarme nada. Comenzó la violencia. Lo primero que me exigió fue que me alejara de mis padres. Tenía que cumplir al dedillo con mis deberes de ama de casa: las comidas, la ropa, los hijos. Como su familia era lo más importante para él, mis obligaciones con ellos eran incesantes. Además estaban los compromisos sociales de su trabajo y, por supuesto, tenía que ser mujer en la cama. Mi vida se volvió un verdadero infierno. Cuando peleábamos, Luis me ponía a su madre como ejemplo.

—Pero si entre tu madre y yo median dos generaciones —reclamaba.

Ella que tenía la edad de mi abuela estaba casada con un marido muy exigente. Como el señor de la casa, su esposo merecía todas las atenciones que ella, con la misma edad que mi abuela, casada con un tirano, cumplía abnegadamente sus labores de esposa. Tenía fama de ser buena y cuidaba su reputación con esmero. Sin embargo, yo nunca podía complacer a Luis.

Durante mis embarazos, él se sentía con el derecho de demandar más de mí. Ese domingo estábamos invitados a un compromiso de familia. Me sorprendió que mi madre llamara para preguntar si queríamos ir con ellos. Luis estaba bañándose y no pude negarme. Le dije que nosotros pasaríamos a recogerlos. Cuando salió Luis del baño le avisé de que mi madre había hablado.

—Pues si tú quedaste, pasa tú —me dijo.

Nos insultamos hasta llegar a los golpes. Él me empujo y me pegó. Yo, embarazada, lo sentí como una canallada. Me fui a acostar a la cama. No sabía qué iba a hacer con mis papás. Esperé a que llegara la hora de pasar por ellos y él, culpabilizado, me pidiera disculpa a medias y me apurara a vestirme. Así pasó y al poco tiempo, ya estábamos en camino a casa de mis padres. Me amenazó con acusarme con ellos. Le pedí que no lo hiciera. No habían acabado de subirse, cuando ya les estaba contando nuestra pelea con lujo de detalle.

—Me lanzó un cenicero, que si me golpea me mata.

— ¿Y por qué no les cuentas que antes tú me habías pegado y aventado contra el muro?

—Tú me habías insultado primero.

Mi mamá y mi papá no sabían qué decir, alguno de los dos farfulló que no debíamos pelear porque yo estaba embarazada.

Eso era secundario para Luis; lo esencial, que yo no había aprendido a ser mujer.

Sentí un dolor de cabeza y grité con todo lo que daba mi garganta que fuéramos a casa de sus padres para decirles lo mismo que él acababa de decirles a los míos. Me preguntó que si yo estaba loca, que si no sabía que su papá estaba enfermo del corazón.

Abrí la portezuela del coche y no sé si pensé en lanzarme. Mi mamá alcanzó a agarrarme del vestido y mi padre, desde el asiento de atrás, pasó su brazo por el cuello de Luis y le dijo que me obedeciera.

Mis suegros escucharon impávidos el suceso. Ella dijo que debíamos arreglarnos solos. « ¿Cómo saber quién comenzó el pleito?» —dijo mirándome—: ella no es ninguna perita en dulce —me señaló con la cabeza.

Mi mamá furiosa dijo que yo estaba embarazada. Mi suegro quería decirle algo a mi padre, pero en privado. Se lo llevó a su recámara para que no pudiéramos oírlos. Los que nos quedamos nos mirábamos sin dirigirnos la palabra. De pronto se escucharon unos gritos de auxilio. Fuimos corriendo a ver qué sucedía. Encima de mi suegro, mi papá le retorcía el cuello. Luis levantó a mi papá de encima de su papá.

— ¿Sabes qué me dijo? —se dirigió a mi madre—, que, como no le dimos dote a su hijo, le tiene mucho coraje a Valeria.

Mi mamá se agarró la cabeza, «eso no es posible», repetía histérica. Yo lloraba desesperada. Mi papá se arregló el saco de su traje y ordenó que nos fuéramos inmediatamente de esa casa, incluyéndome a mí. «Cómo me las voy a arreglar con dos hijos, sin padre», pensaba preocupada. Al llegar a la planta baja, afuera del elevador, Luis me esperaba de rodillas, jurando que él no pensaba igual que su papá. Se prendió de mi vestido prometiendo que nunca más cometería una estupidez de ésas. Lo perdoné de inmediato y le dije que se apurara para llegar a la boda...

Hicimos nuestra aparición con una sonrisa en la cara. Nos sentamos en una mesa llena de desconocidos. En medio de la sopa sentí que la fuente se me reventaba. Después de dieciocho horas de labor de parto, dormí agotada.

—Otro varón —me avisaron cuando desperté de la anestesia. Había luz afuera.

Guapa e inteligente

Esos primeros años de casada me resultaron tan dolorosos y desesperantes que nunca pude reponerme de ellos. Con el tiempo, Luis comenzó a quererme y a gustar de mí, pero yo solo sentía repudio por él. Lo ultimé a que se psicoanalizara y dejara de ser un eyaculador precoz o me divorciaba de él. A los tres meses de haber comenzado su psicoanálisis me dijo que su médico deseaba hablar conmigo. Yo creía entender lo que a él le pasaba pero no me atrevía a indagar las razones de mi frigidez.

Llegué puntual a la cita sabiendo que cobraba por tiempo. Francisco, el médico, me preguntó si no había observado la posibilidad de psicoanalizarme.

— ¿Yo?

Nunca imaginé que fuera a preguntarme eso. Si yo estaba perfectamente bien... Charlamos y después le confesé que no dormía por las noches.

—Por eso entré a jugar golf. El deporte es lo mejor para el insomnio, ¿no es cierto?

Sugirió que me sacara unas pruebas psicológicas. Dudé, pero si con eso se iba a cerciorar de mi salud mental, adelante.

La psicóloga resultó ser una mujer judía. «No voy a decirle nada de mí para que luego se lo cuente a medio mundo», pensaba yo. Todo estaba funcionando bien hasta que me mostró una serie de fotografías en blanco y negro y me pidió que las interpretara. En la primera foto, una mujer bajaba las escaleras y, de pronto, ay, cayó estrepitosamente.

—Continúe —me pidió.

Bajé corriendo a ver qué le había pasado a la mujer. No podía creer lo que veía. Era mi madre: alrededor de ella había un charco de sangre. Me limpié una lágrima. «Siga», insistió. Todo lo que yo decía lo escribía en un cuadernito con un bolígrafo corriente.

A la semana siguiente, Francisco me habló para avisarme de que ya tenía los resultados de mis pruebas. Pasé a su consultorio y antes de que me dijera cualquier cosa le aseguré que deseaba psicoanalizarme. Me felicitó. Le pregunté por los resultados de las pruebas y en tono jocoso me respondió que eso era secreto profesional.

—Tanto dinero, haber llorado como una enana y todo para nada.

Me mandó con un psicoanalista de su confianza. Un hombre inteligente y muy preparado.

—Un hombre así es lo que yo necesitaba —repliqué.

Mi futuro médico era bajo de estatura con una enorme calva. Casi no hablaba y solo de vez en cuando hacía alguna pregunta. Era ortodoxo e insistía en que debía acostarme. La libre asociación de ideas: el método ideal para conocer el subconsciente, ese río que rige nuestras vidas...

Volví con Francisco y le dije: « ¡Qué ocurrencias, mandarme con un cura! ¿Tú crees que voy a poderle contar mis intimidades?». Lo miré de lado. Me recomendó paciencia. Yo respondí que me saldría del psicoanálisis. Me preguntó si no quería darme el chance de una gente inteligente.

— ¿De una gente inteligente?

—El psicoanálisis solo es para gentes inteligentes —sonrió.

Me despedí de él con un beso en la mejilla. Volví a donde el señor del silencio con una sola certeza: no quería hablar mal de mi mamá ni de mi papá. Yo no voy a caer en esos clichés: hablar de los míos con un desconocido. Solo quedaba mostrarle mi inteligencia, mi cultura, cuántos libros había leído en mi vida. Comenzaron a salir mis sueños, luego mis angustias. Poco a poco, y para mi sorpresa, un día me encontré llorando con él como nunca lo había hecho en mi vida. De dónde salía tanto dolor. Las máscaras comenzaron a caerse y empecé a sentirme desasosegada y frágil como un cristal.

No tardé en saber que estaba perdidamente enamorada de mi psicoanalista. Ay. Por primera vez conocí un deseo tremendo por alguien que nunca iba a sentir nada por mí... Las tres veces a la semana que lo veía significaban un suplicio. Llegaba con una minúscula minifalda y me acostaba en el diván a contarle mis furiosos deseos por él. Él, por suerte, con una ética inquebrantable resistió mis embestidas.

Al año de iniciado el análisis decidí terminar la preparatoria. El estudio me produjo un bienestar increíble y por primera vez le encontré sentido a mi vida. Después de terminar la preparatoria entré a la Facultad de Ciencias Políticas a cursar la carrera de Sociología. El insomnio fue desapareciendo lentamente.

Juan Carlos

Marina era argentina. Su padre trabajaba en la Unesco para un proyecto de estudios sobre enfermedades tropicales en América Latina. Su vida era tan diferente a la mía... Su familia había vivido en varios lugares del mundo, lo que le daba a Marina una extraña característica. Armando la llamaba Marina la etérea. Armando era de padre proletario, venía de provincia y tenía muchos hermanos. Era un enorme oso cariñoso un poco enamorado de mí y quizás yo también de él. Cuando leía a St. John Perse se ponía a temblar como una hoja. Hernán era chileno. Había llegado a México después del golpe contra Allende. Era guapo y tenía enorme facilidad de palabra. Decía que se debía a que en Chile la gente estaba politizada. Los cuatro nos habíamos reunido a discutir sobre las diferencias entre Chile y México para hacer un trabajo para la materia: Diferencias sociales, políticas y económicas en América Latina. En eso sonó el timbre. Sin alzar la cara del papel donde redactaba el trabajo, Marina preguntó con un grito quién era. Abrió la puerta y sorprendida saludó a un hombre. El recién llegado andaba buscando a su compañero. Ella lo invitó a pasar y le dijo que mientras lo esperaba le cebaría un matecito.

Entró al cuarto donde estábamos trabajando. Era un hombre alto y delgado: vestía un pantalón gris, saco azul, camisa blanca y corbata color grana. Me sorprendió su elegancia en ese medio. Me preguntó quién era yo.

—Yo soy Valeria.

—Mi compañera en la facultad —intervino Marina.

Preguntó por su mate. Le dije a Marina que yo lo servía porque tenía que irme. Él quiso saber dónde me tenía que ir. «A tu casa, con tu marido y tus hijitos», dijo sonriendo. «Acertaste en todo», le dije. Cuando me levanté profirió un chiflidito. «Pero qué buena que está tu compañera», le dijo a Marina. Hernán se levantó: ya era tarde y todavía tenía clase de Economía. Nos despedimos de él. Armando quiso quedarse, aunque molesto con ese patán creidito, diría al día siguiente.

Marina me dijo que Juan Carlos preguntó quién era yo, qué hacía, etcétera. «Lo impresionaste, che». Él era uno de los principales jefes de los Montoneros. Me enteré de que vestía así porque tenía un puesto importante en el gobierno de México. El personaje me parecía incongruente. «Así es la vida», me respondió Marina la etérea.

Juan Carlos llegó a las cinco. Sabía que teníamos que reunimos otra vez. Se me quedó mirando acariciándose el bigote y me dijo: «Quiero hablar contigo». Le respondí que lo hiciera. Con tono de mandato, arguyó que saliéramos. —No puedo —dije con una sonrisa en los labios—. Es el último día para terminar el trabajo que estamos haciendo. —Marina dijo que ella podía terminarlo sola.

—Vamos, no te voy a comer.

—No lo sé, pareces peligroso.

—Es de las nuestras —le dijo Marina sonriendo al despedirse de nosotros.

—Eso dicen hasta que llega el momento de la verdad.

Juan Carlos me llevó a donde vivía. Una pequeñísima casa que compartía con varias personas. Pensé que estaba haciendo una tontería de la que me iba a arrepentir. Eso mismo me habría dicho mi madre, sonreí.

— ¿Qué te parece chistoso? —preguntó—. ¿Acaso te da risa que voy a ser tu amante?

— ¿Qué vas a ser mi amante? ¿Y cómo sabes que vas a serlo?

Me dio un beso en la boca para que conociera su determinación. Parecía un náufrago sediento. Me puso las manos en las nalgas y me acercó a él. Separé mi cara de él y vi que tenía los ojos negros y le brillaban como soles. Volvió a besarme acariciándome la espalda, las nalgas, pegándome a su cuerpo. En eso pasó una de las mujeres que vivían en la casa y me quedé paralizada. Él me jaló a su cuarto.

—Sos linda y tímida, ¿no es cierto?

La idea que alguien nos hubiera visto me asustaba.

—Pero si nadie de estas gentes son de tu mundo, de qué te preocupas —volvió a besarme; esta vez puse mis manos alrededor de su nuca. Me gustaba este desconocido. Le quería decir algo antes de que nos hiciéramos el amor.

—A mí tu vida privada no me interesa, che —me obligó a callar.

Luego agradecí su aplomo o me hubiera tenido que arrepentir de contarle confesiones que solo tranquilizarían mi conciencia.

Nos hicimos el amor hasta que ya no hubo un solo segundo para robarle al tiempo. Nunca en mi vida había sentido placer sexual y, ahora, este argentino exiliado que trabajaba para el gobierno de México venía a mostrarme lo que era un orgasmo.

Juan Carlos y yo nos vimos todos los días durante tres meses. Marina, Hernán y Armando, mis tres queridos amigos, hacían los trabajos para las clases que estábamos cursando juntos e incluían mi nombre.

Al tercer mes de nuestro idilio, Juan Carlos me avisó de que su mujer volvía de Nicaragua. Me había dicho que tenía mujer desde el primer día, pero como por tres meses nunca apareció ya me había olvidado de ella.

Juan Carlos quería seguirme teniendo como amante. De inmediato rechacé su proposición. Me dijo que soy igual a todas las burguesas. Que no podía cambiar el lujo y los bienes materiales que me daba mi maridito, al que detestaba, por un amor verdadero.

—Sos igual a todos los de tu calaña —prosiguió con su enojo.

—Y tú eres igual a todos los hombres burgueses que conozco. No veo ninguna diferencia entre tú y ellos, aunque te creas tan distinto.

Otra vez Sandra

Una linda tarde de otoño, regresando de la universidad con el solo anhelo de una cama donde acostarme a dormir, vi a una mujer cayendo aparatosamente por la escalinata de un lujoso edificio. Frené. Un señor corrió a ayudar a la dama. Ella se levantó sin darle tiempo de llegar. Ah, pero si era Sandra, mi amiga de la adolescencia. Le toqué el claxon. No volteó. Insistí. Solo hasta que estuvo frente a mi coche se percató de que era a ella a quien le tocaban. Sin decir agua va, se subió al coche.

— ¿Viste —preguntó— cómo por poco me caigo?

— ¿Por poco?

Reímos dándonos un fuerte abrazo. Hicimos la cuenta del tiempo que nos habíamos dejado de ver: cinco años. Nuestros maridos se habían detestado en el momento mismo que los presentamos y ahí terminó nuestra prolongada y cálida amistad.

Sandra se había puesto guapísima. Provenía de hembras de pelo rojizo y ojos brillantes. Ella me dijo que yo estaba muy flaca... pero bien. Me invitó a su casa a platicar. Acepté la invitación sin acordarme del cansancio.

Comenzaron las sorpresas. Apenas hacía un mes se había mudado a dos cuadras de mi casa. ¡Qué maravilla! Se nos estaba cumpliendo el sueño infantil de vivir cerca. Y yo qué hacía de mi vida. Le conté que estaba estudiando la carrera de Sociología en la UNAM.

—Sí claro, y yo me volví ciclista, ¿no es cierto?

Hasta que no le mostré los apuntes de las materias que estaba cursando no me creyó. Pero faltaba lo mejor. Sandra se había vuelto cantante profesional de canciones de protesta. Ahora me tocaba a mí no creerla. Mi rubia y archiburguesa amiga, con un marido celoso como un turco, cantando en una peña: eso sí que era imposible. En su casa me mostró el disco de sambas y calipsos que había grabado. Después de este disco decidió cantar solo canciones de Violeta Parra, de Viglietti, etcétera. «En algún lugar nuestros caminos se entrelazan —le dije—, ambas estábamos bus-cando cómo protestar.»

Me preguntó por Luis y mis hijos. Cuando le contesté que estaban vacacionando en Europa se sorprendió.

— ¿Sin ti? ¿Entonces te divorciaste?

—No, no me divorcié, solo me liberé —le dije. Eso era demasiado para que me lo creyera. Su suspicacia la llevó a llamar al despacho de Luis y cuando le dijeron que no estaba en México levantó los hombros y dijo: «Vaya con estas mujeres liberadas».

Pasamos horas de amenísima plática tomando café, riendo y fumando mucho tabaco. De pronto, Sandra recibió una llamada. La voz le cambió, se le puso ronca, profunda. Los silencios eran interminables; lanzaba pequeñas volutas de humo al techo con los ojos

entornados; reía indicando que ahí seguía. De mí se había olvidado por completo. Por la ventana entraba la sombra negra de un árbol. Rajuela estaba entreabierto sobre uno de los burós al lado de la cama. Después del lánguido susurreo se despidió de Margot.

— ¿Mujer? —pregunté con los ojos muy abiertos.

Sandra no sabía qué hacer con los datos que me había dado. Con las emociones en punta nos sentamos en la cama. Sonrisas leves, miradas cargadas de sentido, silencios emotivos... pero desafortunadamente llegó Rafael. Venía deprisa, se le había hecho tarde para bañar a sus hijos. Apenas me saludó. Sandra me acompañó al coche. «Cree que si los baño yo se me pueden caer», dijo con sarcasmo. «Hazte fama y échate a dormir.» Reímos. Me hizo prometerle que al día siguiente volvería a su casa.

No pude dormir pensando en quién sería Margot. Me levanté a las cinco de la mañana para terminar un trabajo que tenía que entregar en la facultad. Inmediatamente después de entregarlo regresé a casa de Sandra. Me estaba esperando.

Por más que le pregunté quién era la desconocida no me decía nada. Primero quería saber algunas cosillas de mí... Por ejemplo, si ya le había sido infiel a Luis. Por suerte estaba Juan Carlos con esos ojos maravillosos que además de exiliado político era unos añitos más joven que yo. Me quedé callada recordando lo mal que terminamos. Sandra me preguntó si lo extrañaba. «A lo mejor —le dije—, pero sabes que yo no quería ser su amante oficial, ¿no es cierto?»

— ¿Ni siquiera era buen amante? —preguntó.

—No cambias —le respondí—. ¿Y Margot es buena amante?

Se puso roja y soltó una carcajada. El tema era delicado. Margot era la esposa del mejor amigo de su marido. Se le venía insinuando desde hacía meses, pero por fin se atrevió a acariciarla en el baño del Muralto cuando cenaban con sus maridos. Nos acercamos porque nadie debía oír lo que estábamos hablando.

—Me gustó, para qué mentirte —agregó mirándome para ver mi reacción.

La cercanía se fue acortando. A la semana siguiente, con un beso prolongado y electrizante, Sandra y yo nos volvimos amantes.

Uf, para mí descubrir que me gustaba una mujer fue como para Cristóbal Colón descubrir las Américas. Nunca antes se me había ocurrido la posibilidad.

Luis volvió con mis hijos de Europa. Sandra me invitó a sus clases de actuación. Me dijo que tenía que conocer a Dimitrios.

—Te va a encantar, tiene una personalidad increíble y son maravillosas sus clases.

Sandra lo idolatraba. Pronto me dejé convencer. Efectivamente, tenía una personalidad arrolladora y supe inmediatamente que algo tendría que aprender de ese griego.

¿Pero cómo conseguir el permiso de Luis para tomar clases de actuación? ¡Qué problema! Durante la noche le di vueltas al asunto.

Urdí una comida perfecta. Después de la comida, como siempre, nos metimos a la recámara a descansar. Sorprendido de mis insinuaciones habló a su despacho para avisar de que no regresaba a trabajar. Ahora que ya no era un eyaculador precoz y que yo tampoco era frígida podíamos hacer parecer que nos gustábamos. Después de esa ficción le participé que la semana próxima entraba a tomar clases de teatro.

— ¿Teatro? ¿Cómo teatro?

No entendía nada. Tuve que usar más argumentos libidinales.

La actuación resultó apasionante. «Alcanzar el clímax es como tener un orgasmo», decía Dimitrios. Yo tenía atrofiadas algunas de mis capacidades expresivas: el odio, el miedo, incluso el amor. En el escenario no había manera de mentir. Qué sorpresa para mi ego. Dimitrios opinaba que debía dedicarme a directora y no a actriz. Yo prefería la actuación porque deseaba más que nada volverme escritora. Quería vivir otros personajes, moverme como ellos, ser ellos. Eso me lo daría el conocimiento del movimiento escénico.

A los pocos meses Luis y yo compramos una casa de campo en San Miguel de Allende, justamente a una cuadra de la casa de los padres de Sandra. Rafael y Luis se hicieron amigos al fin para juntos jugar al golf.

Un domingo en que vacacionábamos Sandra vino a visitarme. Luis acababa de salir de la casa. Nos metimos al baño incendiadas por la espera. En medio de un beso y un déshabillez-vous vite levanté la mirada y vi a Luis a través del espejo parado en la puerta. Grité empujando a Sandra y salí corriendo tras él.

—Dios mío —musitaba restregándose los ojos.

Detrás de mí, Sandra le aseguraba que era la primera vez y me picaba las costillas para que la apoyara. No podía... ahí estaban las evidencias. Sintiéndose perdida se despidió de nosotros. Me dijo que luego volvía y se fue azotando la puerta de la entrada. Ahora Luis y yo estábamos solos. Quería saber los detalles. Después de muchas horas de infierno accedí a contarle algunas cosas. Lo que más le interesaba era saber quién hacía de hombre y quién de mujer.

—Claro, Sandra es el hombre —dijo soltando una carcajada.

Su broma me hizo anclarme en un silencio rotundo. Comenzó a caminar sin cesar de un lado al otro de la habitación. De madrugada escuchamos a un gallo pelafustán cantar a lo lejos. Por primera vez me levanté de la cama y abrí la ventana para que entrara un poco de aire. Tiré en el excusado las colillas de varias cajetillas de cigarros. Al volver, Luis ya estaba roncando.

Cuando despertó tenía la solución. Me comunicó acariciándome la cabeza que lo que yo tenía era una enfermedad y agregó que las enfermedades se curan. Él iba a ayudarme,

se acomodó la cachucha de golf. Tenía una cita con Rafael para el desquite. El día anterior había perdido el juego.

Sandra huyó despavorida de mi vida y solo la veía en las clases de teatro.

Creer

«Creer, necesitan creer en lo que hacen», gritaba Dimitrios fuera de sí. Los alumnos actores, como él nos llamaba, bajaban cabizbajos del escenario sin haber logrado lo que él pedía. Estaba pensando que no es fácil volver a nacer, cuando Dimitrios dijo con la voz baja y sostenida que me tocaba pasar al escenario.

Me sentí adherida a la silla y no podía levantarme.

—Valeria, nos estás quitando el tiempo —gritó.

No había otra alternativa más que enfrentarme al ejercicio que me calificaría o descalificaría como actriz. Me levanté sintiéndome de plomo. Caminé al escenario. Las luces se difuminaron sobre mi cuerpo. Todo estaba en penumbra. Comenzó a faltarme el aire. «Respira —me dije—, estás muy nerviosa». No había qué hacer, no me llegaba aire a los pulmones. Volví a intentar, pero nada. Caí al piso de rodillas. Una membrana violeta como un molusco se ceñía a mi cuerpo. Junté las rodillas a mi pecho y me impulsé contra ella. No logré hacerle ni un pequeño orificio. Volví a intentarlo y con toda mi fuerza pateé una y otra vez. Debo pedir que no me dejen morir, quería gritar, pero el grito no salía. Un rayo se estrelló contra la parte negra de mis bolas oculares. Me salió de la garganta un grito desgarrador. Dimitrios había prendido el reflector sobre mi cara y emocionado aplaudía.

—Volviste a nacer —dijo.

Yo lloraba desesperada. Me ayudó a levantarme del suelo. Vi a Pepe limpiándose la nariz con el filo de la manga de su chamarra. Mis demás compañeros me aplaudían de pie. Sandra también aplaudía. Al notar que la veía dejó de aplaudir. Cuando volví a mi lugar Pepe me dijo que era muy doloroso nacer. «Sí», asentí calladamente.

Sandra le había prometido a su marido que no volvería a hablarme y estaba cumpliendo con su palabra. La extrañaba mucho pero no quería mostrárselo. Muy pronto, Dimitrios obtuvo trabajo en Televisa y nos abandonó. Las clases y mi amor por Sandra cayeron al vacío...

Los flips del corazón

Después de tres meses de sufrir la buena voluntad de Luis me separé de él. Por entonces mis hijos tenían doce y trece años. A pesar de que era una decisión que me había costado años tomar, no me atrevía a avisarle a mi familia.

Dos semanas después de nuestra separación tomé fuerzas y fui a hablar con ellos. Impactados, mi padre y mi madre escucharon la noticia. Mi papá se levantó del sofá mullido y con la mano levantada se dejó venir hacia mí.

— ¿Cómo te atreviste a tomar una decisión así, tú sola? —gritó.

A la misma velocidad que él, me levanté yo, le dije que no se atreviera a pegarme.

Se detuvo en seco. Se sentó y me oyó llorar. Al cabo de un rato salió: tenía que irse a su oficina. En la puerta volteó a verme. No supe cómo interpretar su mirada. Ellos sabían que yo no vivía con Luis pero mi divorcio significaría una mancha para nuestra reputación.

El domingo siguiente a mi separación me preguntaba adonde llevar a mis hijos a pasear sin su papá. La idea me paralizó y no podía levantarme de la cama. A mediodía llamó Luis. Se había ido a vivir a un hotelucho de tercera y sin afán de molestarme me contó el aspecto de su cuarto. Como único lujo tenía un televisor parado sobre una base de rueditas. Mientras hablábamos se escuchaba una voz en off. Había perdido mujer, hijos y casa. ¡Mujer e hijos! Yo lloraba por él con el corazón desgarrado. Al oír mi tristeza se ofreció en venir a verme. Acepté. Me fui a arreglar y frente al espejo, con los ojos hinchados, recordé los domingos cuando mi papá me llevaba a desayunar con él al café Bolívar, donde me hablaba de sus negocios como si yo entendiera todo. «Pobre de mi padre —pensé—, nunca se hubiera imaginado que una hija suya iba a divorciarse.» Luis llegó sin rasurarse y yo seguía llorando.

—Si quieres me quedo contigo —me dijo. Acepté sin más.

—Pero tienes que pedirles perdón a mis papás y a mis hermanos. Están muy lastimados por lo que me hiciste.

— ¿Perdón? Debo pedirles perdón por haberme querido separar de su joyita.

Con voz firme le dije que ya se podía ir. Él miraba todo como si no me lo mereciera.

—Ya nos echaste a perder la vida —vociferó seco. Me entró una furia zapatuda.

—Vete y no vuelvas nunca, ¿me oíste?

— ¿Estás segura? Luego vas a estar llorando.

Lo empujé para sacarlo del cuarto y me encerré con llave.

A la semana siguiente entré a trabajar con mi padre. Trabajé en su negocio más viril: la fabricación de cemento. Conocí sus rigores y su magnanimidad. Tuve acceso a su fortuna y al poder que esta representaba. Pero sobre todas las cosas volví a mi apellido de soltera.

Mi amante místico

Durante meses me perseguía la sensación de que Luis podría aparecerse de un momento a otro. Todo era una falsa ilusión. Me preguntaba si no era mi verdadero deseo. Las dudas me atosigaban. No lograba gozar de mi nuevo estado de soltería.

Mis padres me invitaron a pasar la Semana Santa en Los Ángeles. Ellos se iban a pasear a Rodeo mientras yo me quedaba en la alberca del hotel leyendo. El sol pegaba directo en mi cuerpo. Una gota de sudor escurrió por mi vientre desnudo, discretamente me quité la gota y abrí los ojos. Mi hermano salía del gimnasio charlando animadamente con un señor muy apuesto. Me lo presentó como a un prestigiado pintor argentino que vivía en el hotel. El pintor pasó revista de mi cuerpo y, como si algo le hubiera evocado, se puso serio. Tenía unos extraños ojos amarillos. Seguí recostada para que no se me marcaran los pliegues del estómago y esperé a que ellos se sentaran a mi lado.

Contó que desde que recibió el llamado estaba viviendo en el hotel. Supuse que el llamado se refería a la pintura.

Yo le conté sobre mi deseo de ser escritora. Todo lo que había hecho en mi vida era para un día volverme escritora. Lo que acababa de decir me sonó falso. Él preguntó cuáles eran todas esas cosas a las que me había dedicado... Enumeré una larga lista de actividades. Nadie tenía prisa por ir a ningún lado. La conversación se convirtió en un tête-à-tête entre Valentín y yo. La charla se prolongó hasta que mi hermano, molesto por su exclusión, le preguntó cuándo podría mostrarnos su pintura.

—Ahora mismo —contestó.

Me miré el biquini y aunque tenía una falda larga para cubrirme, les dije que primero tendría que subir a cambiarme.

—Así está usted muy bien —dijo Valentín sin ninguna malicia.

Vivía en la suite Yves St. Laurent: un pequeño departamento muy sobrio aunque algo oscuro. No bebía pero si nosotros queríamos podía pedir al bar. Yo como niña buena solo pedí un Seven Up. Valentín prefería no hablar sobre su pintura. Para eso tenía un corredor que manejaba su obra. Hablamos de nuestros respectivos divorcios. Mi hermano hacía un año que se había divorciado. Yo apenas comenzaba a saborear mi soltería. Valentín se había divorciado hacía tres años.

Tenía dos nenas preciosas que vivían con la madre. Mientras hablaba vi con el rabillo del ojo que debajo del vidrio del escritorio había una pequeña fotografía de Guru Maharaj Ji. Le pregunté si era su seguidor. Abrió los ojos muy grandes y me preguntó si yo lo conocía. Le platiqué de mi amigo Javier que una noche me llamó para contarme que algo maravilloso acababa de sucederle. Después de muchos años de búsqueda por fin había encontrado la felicidad. Valentín quería saber más. Le conté cómo Javier me había llevado al ashram donde todas las noches se reunían los seguidores de Maharaj Ji. En un altar

repleto de flores había una enorme fotografía de un hindú regordete, como de veinte años, vestido con un smoking blanco. Javier me dijo que ese era Maharaj Ji. Nos sentamos en el suelo a oír a sus adeptos hablar sobre sus experiencias de luz divina, del néctar y del sonido único. El tono de bobos con el que hablaban me produjo un ataque de risa. Javier y yo tuvimos que salir del recinto. Valentín sonrió sin que la historia pareciera molestarlo. Nos contó que cuando era un afamado cirujano del corazón, en su natal Buenos Aires, conoció a Maharaj Ji. Dijo que por entonces era muy infeliz a pesar de tenerlo todo. Dejó profesión y familia para seguir a ese joven maestro. La pintura había sido para él como una iluminación. Valentín se fue a vivir a Los Ángeles para poder visitar al maestro en su casa. Le brotaba luz de los ojos cuando hablaba del gurú que vivía en Malibú. Envidié su paz interior y le prometí que volviendo a México buscaría a Maharaj Ji.

Al finalizar la Semana Santa mi familia regresó sin mí a México. Valentín me había pedido que me quedara con él unos días. Esa noche dormí en la Yves St. Laurent. Al desnudarme, su miembro se irguió con una dimensión desconocida por mí. Lanzó un grito de Tarzán y su enorme pene cayó cabizbajo entre una vellosidad abundante. Me confesó que todos los años, desde su transformación, había sido abstemio no solo de alcohol sino también de mujeres. Le dije que no debía preocuparse.

A medianoche me despertó y después de una penetración potente y profundamente mística se puso a llorar como un niño. Había perdido la santidad. Yo tenía que buscar la paz espiritual para poder dedicarme a escribir. Cuando lo llamé desde México para saludarlo ya no sabían nada de él en el Beverly Wilshire. Se había ido sin dejar señal alguna...

Buscando la luz

El ashram de Guru Maharaj Ji se había cambiado a la colonia Roma. Javier se ofreció a pasar por mí, pero como siempre quería acabar conmigo en la cama y yo no estaba de ánimo, le dije que allá nos veíamos. Para mí buena suerte se encontraba en México un iniciador de Maharaj Ji. Él podía darme el conocimiento para alcanzar la luz. John era uno de los hombres más guapos que había visto en toda mi vida. Justamente vivía en Los Ángeles en la casa de Maharaj Ji y su esposa inglesa.

Para obtener el conocimiento asistí todos los días a reuniones donde se hablaba sobre las experiencias místicas. De servicio a Maharaj Ji lavé trastos, pelé verduras y pulí pisos. El rigor de la vida espiritual me hizo desaparecer de la vida mundana. Me preocupaba qué iba a ser de mí, pero yo tenía que encontrar algo que me alejara de los problemas de la vida mundana.

Llegó el día de la entrevista con John. Atrás de él había una enorme fotografía de Maharaj Ji, esta vez vestido de hindú. John me preguntó cuál era mi interés por adquirir el conocimiento. En tono lento y suave, como el que ellos usaban al hablar, le contesté que mi motivo principal era lograr la justicia social en esta tierra.

— ¿Y tú crees que aquí vas a encontrar los medios para alcanzar esa justicia que andas buscando?

—Solo aquí puedo encontrar las herramientas para lograrlo —respondí humildemente. Al día siguiente John me hizo saber que no estaba preparada para recibir la luz.

Ah, qué golpe. «Seguramente es un misógino», pensé, y odié ese temple suyo, ese estar por encima de todo lo humano.

John se iba al día siguiente al ashram que había en Tampico. Javier me aseguró que debía seguirlo hasta que estuviera preparada para obtener el conocimiento. Me visualizó como a un alumno de Cristo tras el maestro. Tomé el avión que me llevó al puerto de arenas negras. John no pareció sorprendido de verme ahí.

Me resultaba imposible dormir y bañarme en el ashram y me hospedé en el Camino Real.

Llegaba al retiro cuando apenas amanecía, meditaba, hacía servicio, meditaba, hacía servicio, volvía al Camino Real, meditaba, dormía, hacía servicio, meditaba. Las contradicciones se agigantaban y me hacían zozobrar, entonces volvía a meditar. Así, hasta que todas las marcas de mi rostro desaparecieron y volví a verme como una niña.

Había una semana de plazo para repetir la entrevista.

Cuando llegó el día de la consagración, se llevó a cabo una reunión en un enorme auditorio lleno hasta el tope. «Voy a tener que dejar a mis hijos, a mis padres, voy a tener

que volverme célibe»; todo esto lo pensaba mientras ellos hablaban. No terminé de pensarlo cuando se me soltó un llanto de fuerte volumen.

Todos volteaban a verme y yo no podía parar de chillar. Uno de los hermanos me dijo que saliera con él al jardín del auditorio. Me habló sobre la felicidad de los congregados por tener a un enviado de Maharaj Ji. Dulcemente me pidió que no disturbara esa felicidad. Tampoco esta vez recibí el conocimiento.

A mi regreso de Tampico dejé el trabajo con mi padre y volví a la Facultad de Ciencias Políticas decidida a terminar mi carrera.

Viaje musical

Pati, mi amiga de la infancia, se puso contentísima de mi regreso al mundo de los pecadores. «Creí que te nos ibas con los monjes», me dijo sonriendo. Para festejar propuse que viajáramos juntas a Europa. Los ojitos le brillaron, pero era difícil que su marido la dejara venir conmigo. Le aseguré que había una remota posibilidad de que le diera permiso ya que, el muy malvado, tenía culpas que resarcir. Hacía poco le había confesado que solo la engañaba doscientas veces al año. Lo cual quería decir que los sábados y los domingos le era fiel. Ella, a decir verdad, no podía perdonarlo.

Él accedió a que su mujercita viajara conmigo, aunque le parecía que yo gozaba de demasiadas libertades. Ay, los hombres.

Después de mucho pensar adónde ir decidimos asistir al festival de música de Salzburgo. De ahí nos iríamos a Verona a escuchar ópera italiana. Con un entrelazamiento de manos quedó sellado nuestro viaje musical.

Nos encontraríamos en Zúrich puesto que yo tenía un asunto de familia en Tel Aviv. En el aeropuerto renté un Fiat azul de cuatro puertas. Con miedo, pero feliz, bajé cautelosa la rampa y me dirigí al Hotel Du Lac situado frente al lago. Pati me estaba esperando con un delicioso Beaujoláis y pequeños bocadillos á la gourmette.

Al día siguiente emprendimos nuestro viaje a Salzburgo. Tomé el camino largo por la Selva Negra. Nunca imaginé que los vericuetos del bosque nos harían pasar de Austria a Alemania a cada rato. En las garitas de la frontera teníamos que mostrar nuestros pasaportes. Se nos vinieron malos recuerdos a la cabeza. «Es muy perturbador ver tanto soldado», dijo Pati.

Se había hecho de noche y ya queríamos estar resguardadas. Llegamos a una pequeña aldea alemana. El albergue del pueblo parecía una casa de muñecas y estaba limpio como un espejo aunque el baño se encontraba al fondo del pasillo. Al poco tiempo, me encontré soñando con un cuarto donde había una enorme chimenea, en la que metían camillas con bultos envueltos en sábanas blancas. El encargado de esta operación me decía que estaban haciendo pasteles y que debía irme de ahí.

Me desperté sobresaltada y pensé que los niños pájaros que vi cuando niña en los cortos de la Movietone habían quedado marcados para siempre.

Salimos temprano y recorrimos caminos de una enorme belleza. Los pueblos parecían como los del cuento infantil de Hansel y Gretel. Algunos ancianos todavía vestían a la vieja usanza.

Llegamos a Salzburgo con los ánimos renovados. Esa misma noche nos encontrábamos en la catedral escuchando extasiadas la Novena de Beethoven dirigida por Von Karajan. Con voz apagada y mirándome fijamente, Pati me dijo que se sentía muy feliz. Sentí una nube roja en el cerebro. Cerré los ojos y oprimí su mano.

Cenamos en un segundo piso desde donde veíamos una fuente y a algunos transeúntes pasar. Nos impresionaba la elegancia de los austríacos. Los hombres vestían smoking clásico y las mujeres iban de largo, casi siempre de negro.

Después de una semana de mucha música y contento, un domingo lluvioso abandonamos Salzburgo. Como lo recomendaba la Baedecker, tomé la autopista número cinco. Y como en el cuento de Cortázar a su regreso de la campiña a París, el mundo se había congestionado.

—Se va a hacer de noche y nosotras nunca vamos a salir de aquí, lo debimos prever.

Pati estaba muy preocupada. Entre tanto, yo vi un huequito por donde colarme.

—Órale mi campeona —me animó ella.

Con un viva México aceleré a fondo y me metí a la brava. El chofer, que resultó perjudicado con mi hazaña, se bajó de su coche y con un gesto carnívoro se avalanzó sobre nuestro auto.

Alcancé a decirle a Pati que cerrara el seguro de su puerta, yo subí mi ventana hasta el tope. El alemán de características sanguinarias levantó la mano para romperme el vidrio del parabrisas. Abrí la ventana.

—Por favor —le supliqué en inglés—. No lo rompa: somos turistas y nunca más lo volveremos a hacer.

Estaba escrito en el libro del destino que el furibundo cambiara de parecer. Cuando pudimos avanzar y los demás conductores vieron la matrícula italiana de nuestro auto, nos gritaron: «Putañas, ritornate a la Italia». Pati y yo reímos a más no poder.

Esa misma noche vimos el Rigoletto en la plaza de Verona. El espectáculo fue una maravilla.

—Sobre todo el lugar —opinó ella. Después de esa no-che pedí:

—Y a no más música, por favor.

Pati estuvo de acuerdo. Nos dedicamos a caminar por las callejuelas empedradas y medievales de Verona. Nuestros espíritus se encontraban bien sincronizados. Mi amiga de la infancia, pelirroja Clairol, levantaba revuelo en Italia: lo que la liberaba de sus malos quince años de matrimonio. Yo le aseguraba que tenía que atreverse a más para que pudiera hablar de una verdadera libertad. Su coqueteo destinado a la nada me molestaba. Como siempre, nuestras diferencias de opinión nos llevaron a pelear. Por arte de magia volvieron las rencillas de nuestra niñez.

Al término de una semana tomamos el avión a París. París era para mí como mi segunda casa. Conocía sus recovecos, conocía cafés deliciosos donde perder tardes escribiendo o tomando aperitivos y fumando Gitanes, conocía pequeñas y deliciosas iglesias adonde ir a meditar acerca de todas las posibilidades... de esta vida. Pero Pati no quiso darme el gusto de que yo se lo mostrara.

La mensajera

Me dediqué a ver pintura impresionista en el Jeu de Paume. En una famélica tarde, frente a un sol de Manet diluyéndose en un mar anaranjado, percibí a una mujer que parecía mexicana. Cuando vi que traía puestos unos huaraches de tarahumara, a pesar del otoño parisino, le sonreí.

—Efectivamente, mexicana en el exilio —me dijo la adolescente.

En el café La Fleur, me contó la larga y triste historia de su vida. Había nacido en París pero sus padres murieron en un accidente automovilístico cuando era muy pequeña. Se había ido a vivir a México con unos parientes cercanos que tenían una hija un par de años mayor que ella. Ahora las cosas se habían vuelto difíciles con sus padres adoptivos y ellos decían que era hora de que Morena se responsabilizara de sus actos.

—Así que volví a París —sonrió tristemente.

La invité a que tomáramos una copa de vino blanco en la drugstore que estaba frente al café. Allí le conté mi experiencia mística de la que todavía no tenía suficiente distancia para sacar conclusiones.

—Pero me parece que también fue una huida —le dije.

—La familia no acepta las huidas, les rompes el orden —me contestó.

Después de la segunda copa me aseguró que tenía que irse rápido a darle de comer a Orlando. Me preguntó si quería acompañarla. Vivía cerca de la Gare Saint Lazare y Orlando resultó ser una espectacular gata negra que estaba por parir. Claro, hablamos sobre la Woolf descubriendo que ambas éramos apasionadas de la lectura... y de los gatos. A pesar de la negrura en que vivía era fácil hacerla reír. Sacó unas galletas inglesas y me las ofreció. Todo en ella me conmovía profundamente.

Quedamos en vernos al siguiente día en el Pompidou. Había una enorme restrospectiva de Bacon que las dos gozamos mucho. Su prima de México era pintora. Se llamaba Genovesa. El abuelo de ambas nació en Génova y por eso el nombre. La invité a comer conmigo para que conociera a mi amiga de la infancia. A unas cuadras del hotel donde nos hospedábamos había un bistró que se especializaba en souf-flés de chocolate, de queso y de zarzamora. Las invité saboreándome de antemano el de chocolate...

En el restaurante había un tipo que no dejaba de mirar a Pati. Ella le sonreía como una asequible gamuza. El dandi resultó catalán y la invitó a pasear y a tomar Calvados con él. Pati me preguntó si yo no creía que corría peligro con un desconocido. «Parece buen tipo», le dije. Le aconsejé que le llegara... a ya sabía qué, aunque fuera una vez en la vida.

—Nadie se va a enterar —le aseguró Morena que ya sabía de todo el asunto.

Acordamos encontrarnos más tarde en el hotel. Morena y yo nos fuimos a las Galerías Lafayette: quería comprarle unas botas para el invierno. Morena, mi nueva y joven amiga, se emocionó hasta las lágrimas. Yo apenada cambié de tema. Su gata podría parir ese mismo día. Yo quería ver el alumbramiento. Después de las compras fuimos a su piso. Orlando tenía ya seis pequeños gatitos, como de juguete, a su lado. Yo quería llevarme uno a México. Me daba el que yo escogiera. Escogí uno negro con el pecho blanco y guantes en las patas delanteras. Debíamos apurarnos: Pati no tardaría en llegar al hotel. A las ocho de la mañana del día siguiente volaríamos a México, y todavía no habíamos empacado.

Dieron las doce y Pati no aparecía. ¿Por qué ni una llamadita por teléfono para avisar de que está con vida? A las dos de la mañana comenzamos a preguntarnos si el catalán no sería peligroso. A las cuatro, pensé en darle aviso a la policía. La angustia crecía por minuto hasta que Pati llegó con una enorme sonrisa.

— ¿Siquiera te fuiste a la cama con el catalán? —pregunté muerta de sueño.

—No, no cogí, si eso es lo que te interesa —respondió enojada.

Solo quería contarnos cómo se debatió entre sí darle un sí o de plano seguirle fiel a su infiel José. Soltó un suspiro romántico y sonrió... Su estupidez me puso fuera de mí.

Morena nos acompañó al aeropuerto. Cuando nos despedíamos le dije que si volvía a México estaba invitada a pasar sus vacaciones en mi casa. Agradeció, asegurándome que lo haría y me pidió que no nos despidiéramos porque le costaba un... huevo. Las dos nos reímos.

Tan pronto comenzó la cuenta regresiva en el Concorde, Pati se quedó dormida; a mí se me pegó el estómago a las rodillas. Al poco rato el aeromozo, un güero guapísimo, me enteró de que el pájaro más veloz de la tierra estaba fallando. Teníamos que pasar la noche en Washington y esperar a que llegara de París la pieza fallona. Mientras tanto podríamos ir a bailar...

—Si es que llegamos a Washington —le dije.

Pati lanzó un ronquido macanudo y despertó. Al ver al atractivo joven sonrió coquetamente.

—El avión se va a caer —le dije.

Se puso lívida.

—Y tú te vas a matar —respondió.

Por varios meses no supimos nada la una de la otra.

III

Presagios

Era de mañana. Las maquinaciones mentales aún no se habían formado. Saqué la pierna de las sábanas para sentir el viento rozando mi piel. Hacía tanto tiempo que nadie me hacía el amor: perdí la calma. Tuve la vivida imagen de Morena tirada, en una tina de baño, muerta. Salté de la cama y salí a la terraza. Tomé las cartas que Genovesa me había escrito para leerlas una vez más. Necesitaba recibir una descarga de sol pero lo que me encontré afuera parecía un paisaje en tinieblas.

> *La puerta de la nave se cerró con un sonido apagado. Al otro lado quedaba yo extrañándote y deseándote locamente. La aeromoza, una francesa muy agradable, me saludó en perfecto español. Pedí vino tinto y brindé por nosotras. No podía dejarte de recordar: mi piel tenía la culpa. Querida Valeria, no sé a qué me estoy yendo, pero definitivamente tiene que ver con los llamados del destino, como tú acostumbras a decir.*

Genovesa llegó a París y tomó un minibús que la llevaría al centro de la ciudad donde había quedado de verse con Morena. Morena no estaba en la estación cuando ella llegó. Al último momento, entró corriendo vestida de negro.

> *Su entrada fue como en cámara lenta. Como las imágenes de las caricaturas fragmentándose en colores. Cuando nos subimos al camión que nos dejaría cerca de su casa, fue cuando realmente la vi: tenía los ojos completamente abiertos y, sin embargo, no parecía estar despierta. Le pregunté si se sentía bien. Algo en ella era tan extraño. Tenía seguramente miedo de saber la realidad y me engañaba pensando que podía ser cualquier otra cosa...*

Genovesa pasó los primeros días sin entender qué le estaba sucediendo a su prima. Después tuvo que aceptar que en ella se ceñían los signos de la heroína.

> *Un día Morena me dijo que iba a ver a su novio. Ya me había contado que ese hombre recorría los montes de Europa recogiendo piedras preciosas. Cuando venía a París la llamaba. Me alegré mucho que saliera a encontrarse con él: pasa tanto tiempo sola la pobre. Llegó la noche y yo no sabía nada de ella. Desesperada llamé a Luna, su psicoanalista.*
>
> *Ella me recomendó que guardara la cordura y que no hiciera nada.*
>
> *Su recomendación no me tranquilizó; al contrario, entre más pasaba el tiempo menos sabía qué hacer. Cuando amaneció, a punto de salir a la policía a pedir ayuda, la vi llegar en un taxi. Venía sin más ropa que la camiseta blanca que usaba para dormir. Había abierto su bolso para pagarle al chofer pero antes de poder hacerlo se quedó inmóvil como agotada; estaba babeante y despeinada. Como pude la bajé del taxi y la subí al cuarto. En la mañana me confesó que no había regresado porque consiguió droga. Se la*

inyectó y le produjo una mala reacción. Se había quedado en estado de shock por muchas horas. Hoy me juró que es la última vez que lo hace... Ay, Valeria, a cada rato pierdo las esperanzas, no sé qué voy a hacer.

Por sugerencias de Luna se habían cambiado lejos del barrio árabe para que Morena perdiera contacto con los yonkis que la proveían de droga. Estaban viviendo en las afueras de París en un barrio proletario. Para alejarse del horror que estaba pasando con Morena, Genovesa tomaba el metro y se bajaba cerca de Luxemburgo para caminar en los jardines.

Cargada de imágenes mortuorias pensé en la posibilidad de que Genovesa no volviera a mí. Había pasado demasiado tiempo...

La llegada

Genovesa tenía fantasías recurrentes. Salía a caminar por los jardines de Luxemburgo cuando de pronto sentía pasos siguiéndola. Volteaba. Una figura larga, vestida con capa oscura y sombrero de ala ancha, venía cerca, muy cerca... de ella. Asustada, apretaba el paso. La figura de negro también apretaba el paso. Dispuesta a pegar la carrera, la figura larga la detenía.

Eras tú, querida mía. Casi nos hicimos el amor en medio de

Luxemburgo. Solo pienso en ti.

Genovesa había ultimado a Morena que ella se regresaba a México:

—No tengo nada que hacer en París, si de cualquier manera no puedo ayudarte.

Ay, Valeria, si algo le pasara a Morena me moriría de dolor.

A veces actúo con tranquilidad y otras, quisiera pegarle para hacerla comprender que no es justo que acabe con su vida.

Esa noche recibí una llamada telefónica de larga distancia. Genovesa me dijo el día, la hora y el vuelo en que volvían. Empecé a vivir de un hilo. No podía hacer nada más que pensar en ellas. ¿Cómo serían sus últimos días en París? Morena empacando sus cosas de años para volver definitivamente a México. Era una de esas gentes que coleccionaba los objetos más extraños. El departamento que tenía en París estaba lleno de recuerdos. ¿Y Genovesa? Cuando pensaba en ella me daba un vuelco el corazón. Qué papel jugaba ahora en la vida de su prima, cómo pensaba...

El día anunciado salí al jardín a cortar dos rosas: una, color encarnado con textura de terciopelo y la otra, blanca con bordes rosados. Les puse algodón húmedo alrededor del tallo para que duraran hasta la noche. Me entretenía pensando lo mucho que tendrían que contarme las primas. Sabía que debía fabricarme paciencia hasta entonces. Decidí ir a la Feria del Libro en el Palacio de Minería.

La tarde estaba cargada de grises densos y algunos toques de sepias. Los ojos me ardían por el exceso de ozono.

Había miles de libros para comprar, para desear, libros para vomitar. Advertí una edición de Werther idéntica a la que Genovesa me envió de París. Tuve un mal presentimiento que hice a un lado inmediatamente. Durante su ausencia me había pasado escribiendo nuestra historia de amor y ahora que regresaba deseaba darle la sorpresa. Traté de tranquilizarme aunque las palpitaciones de mi corazón no me lo permitían. «Ay, la espera siempre ha sido mi peor enemiga», me dije saliendo apresurada a la calle.

Me metí al Café Tacuba, dispuesta a soportar a esas mujeres con moños en la cabeza, maltratadoras de los parroquianos. Pedí una rebanada del panqué largo con pasitas y café con leche. Saqué mi botín de libros para leer las solapas. «Otro café», pedí. Adonde fuera llevaba conmigo las hojas escritas que ahora esperaban ser leídas.

Salí del café con el tiempo justo para llegar al aeropuerto. Me tocó ver la enorme nave de Air France posándose sobre la tierra. A toda velocidad ocupé un lugar en primera fila de la sala de espera. Cuántos deseos de acariciarla, de besarla, de recostarme sobre sus senos para oír el latido fuerte de su corazón. Pensando en estas delicias, una mujer malhumorada me empujó con el codo advirtiéndome de que ese era su lugar. Al verme impávida insistió. Le pedí que por favor no me molestara. Indignada llamó al policía que cuidaba la puerta de la sala internacional. «Debe estar loca —le dije—, con todo este lugar...» La mujer intentó pegarme con su bolso pero el policía la detuvo.

La sala de aduanas se había llenado con carritos platea-dos. Los pasajeros ponían sus maletas en los carritos pero mis esperadas no aparecían por ninguna parte. «No tardarán», me dije olvidándome de la neurótica. Pero no apare-cían. Hombres negros con sacos de pana y camisas de flores azules y naranja, seguramente de algún conjunto musical, salieron de la sala. Y las mías nada... «De un momento a otro van a aparecer, no debo preocuparme», me dije preocupada.

La sala comenzó a vaciarse, ¿y ellas...? A lo mejor per-dieron el avión; a lo mejor algo les pasó. Las imaginé caminando por un barrio miserable donde putas y yonkis venden la piel y regalan muerte. Las vi mirar por largo rato una fachada no exenta de cierta elegancia. Sentí un dolor de estómago que me obligó a ponerme la mano sobre el duodeno. Cuando levanté la vista Genovesa estaba sacando una maleta pesada de la cinta corrediza. Le hice señas para que me viera, levanté la mano y la sacudí enérgicamente logrando que se me ladeara el sombrero negro de ala ancha. Morena, como zombi, recogía otros bultos. Con paso desfallecido se acercaron a la puerta giratoria. Al verme frente a ella, Genovesa dejó en el suelo una caja de madera y me dio un abrazo frío. Morena, pálida y desencajada, tenía la cara llena de acné. Les entregué sus rosas. Genovesa se la acercó a la nariz y aspiró el aroma sin mirarme. Morena dijo: «Como siempre, tan atinada».

Nos acomodamos en mi negro Mustafá todavía brilloso a pesar de que había comenzado a chispear. Ninguna de las dos quería hablar. Les pregunté si estaban cansadas. Las respuestas eran breves: «sí, no, bien, mal». Morena me pasó una cinta para que la pusiera en el autoestéreo. La música era demasiado estridente y le bajé el volumen.

—Súbele —me pidió secamente.

Nos desviaron por calles aledañas al aeropuerto. La Sahop seguía pidiendo disculpas por las molestias que ocasionaba. Genovesa no se percataba de nada. Comenzó a llover en serio. En una luz roja, un anuncio de neón de colores violetas con rayas rojas y amarillas se reflejaba en nosotras. Genovesa había dejado la rosa roja sobre la guantera.

Mis planes de llevarlas a mi casa se vinieron abajo. Morena, de pésimo humor, prefería irse al estudio de Genovesa. Genovesa dijo que Morena estaba muy enferma y no podía dejarla sola. Un mar congelado entró por la ventanilla. Las primas se despidieron de mí agradeciendo mis atenciones...

Desesperación

La mona lame mi mono. Alameda besa mi hocico con lengüetazos caninos. El anís se cae en la cama. Me doy un toque de golden gurú; asciendo a donde los colores son estridentes. Del cortinaje cuelgan animalushkos patudos que se adhieren al espejo. Me masturbo: ayyyyyyy, se escucha un grito, mi respiración se acalambra: ¡Penalty! Un balazo cierra la carrera. El portero de Handke se agarra la cabeza. El zoológico vuelve a la vista: un monito, dos monitos muy sucios salen del agujero del escritorio. Aj, qué asquerosos: los tenía olvidados. Tengo que deshacerme de ellos: no es justo que vivan así esperando a que el teléfono suene: a que sea ella la que ahora solo cuida a la enferma. Maldita sea: nunca he odiado tanto. Mi encabronamiento crece: sube, baja por venas y arterias, se petrifica. Tengo que matarla. Oh, Dios, necesito alcanzar el Nirvana: una luz interior que no dependa de nada afuera. ¡Utamputa!, el artefacto de hola suena:

— ¿Morena? ¿Que por qué estoy enojada? (La escena me parece la repetición de otra escena.) ¿Que por qué soy tan naca? ¿Tú sabes por qué Cortázar dijo ata la rata y Goya dijo que la Maja es Maya? ¿Lo sabes?

Mientras Morena se tapa la boca para que la risa no le gane, escucho el estampido de un blues extenuado. Armstrong se lima su hocicazo y fonetiza: I'm with you, baby.

—Aba Ima, Pater Nostrum: perdón por todo —cuelga la bocina.

Veo líneas a la Kandinsky. Una mujer parece haber encontrado su forma exacta; una mujer pájaro, una mujer triangulada: un codo, un seno, la nariz de pájaro. La mujer voltea a la cámara ojo de una loca. Queda retratada una vieja tristeza. Clic.

Al escucharse doce campanadas Genovesa deja caer el maletín café a un lado de mi cama.

—Odio las palabras porque pretenden fijarlo todo.

Se desnuda sin mayores preámbulos y me besa preocupada por mi facha.

—Querida mía, mira nada más cómo te ves...

—Qué tristeza tanta locura, debo...

—Calla, no debes nada —hace a un lado la botella del mono—. ¿Esto es lo que tomas? Ay, qué rara eres.

Pega su cuerpo al mío. La máquina de congelar momentos hace clic. Yo sumergida en el mar de todas mis fantasías, lloro y pateo.

Una danza violeta…

Imágenes de agua y viento. Los tres, sentados en un sofá verde raído, miran hacia el frente. Janosh, con su nariz insoportablemente chueca, se endereza. Morena, sentada sobre el brazo del sofá, se detiene de él. Genovesa se dirige al tocadiscos para ponerle más volumen. Patti Smith canta Horses. Genovesa, en cuclillas, sigue el ritmo. Su falda oscura de flores amarillas ondea en sentido contrario a sus caderas.

Johnny saca una filosa navaja; de un tajo se corta la yugular; cae lentamente sobre las arenas mojadas de la playa; un tropel de caballos viene hacia él; de sus hocicos aterciopelados brotan llamas de un rojo profundo.

There's a littleplace called space

The waves were coming in like Arabian stallions

There's a little place called space

A promised land.

Genovesa, con los brazos extendidos, se impulsa hacia arriba, vuelve a ocupar su lugar junto a Janosh. El hilo de esta historia es acompañado por el seco golpeteo de unos cepillos metálicos. Los tres personajes frente a mí parecen la fotografía de un rock asesino. El tiempo transcurre sin que las tinieblas fulgurantes de mi mente se aclaren. Sufro por las infrecuentes reuniones amatorias en las que me mantiene Genovesa.

Una mujer vestida de blanco se acerca a Johnny, saca de una caja con flores violetas un polvo blanco; Johnny lo aspira, se besan, Johnny y la mujer hacen el amor. Un hilo de sangre corre por la boca de Johnny.

Genovesa mete su lengua en mi boca. Recorre mi cuerpo con las yemas de sus dedos.

There is a little place called space

There is a promised land.

Lleva mi mano a su vientre. Un rayo de luz rompe la perfecta cuadratura del estudio. Ella y yo nos convertimos en dos líneas perpendiculares, danzamos sobre las duelas abrillantadas. La tarde socava los ánimos. Los espejos reverberan imágenes.

The waves where coming in like Arabian stallions.

A Johnny se le escapa la vida en una marejada de la noche. Paw, paw, paw: Alrededor mío veo pequeñas circunferencias...

> *Suddenly Johnny gets the feeling he gets surrounded by horses, horses, horses coming in all directions.*
>
> *White shining studs with their noses in flames...*

Johnny ve caballos, caballos, caballos, y canta deslizándose: sabe cómo ondularse. T adiós, muchachos, vean al cocodrilo en el onduleo, vean cómo viola a su hermana y vean, y vean cómo ella mueve la cadera, y vean, vean a los caballos galopando en un mar alebrestado y vean cómo ella mueve la cadera al ritmo de «Horses»: los metales, pam, pam, pam, la voz de Smith, la guitarra, la falda de Genovesa en sentido contrario a su cadera ondulea y ondulea y a mí se me antoja a mi deseo. Mi mirada se clava en la de ella, ella sabe a qué me refiero... y mueve y mueve la cadera, la mueve para mí, y yo la deseo, y el deseo se vuelve furibundo. Janosh baila con nosotras. Baila y acompaña nuestro deseo. Morena lo coge de una mano. Los dos bailan al ritmo de los paw paws. Desaparecen como por arte de magia. Se meten al cuarto vacío y lo pueblan con su presencia. Urden prolijos caminos... Nosotras nos encerramos en la recámara de Genovesa. La cama está cubierta. Las dos vestidas nos besamos. Ella se quita, me quita, nos quitamos la ropa al ritmo del watusi. El ritmo se agiliza, el mundo desaparece, las mareas infinitas, las aguas profundas, los negros luminosos; la tierra se cubre de moho, su vagina me espera, mi boca, mi lengua, su clítoris, su pelambre, nuestros olores y sabores: dos territorios invadidos, un paréntesis en el espaciooooo, los tiempos se inquietan. Ella y yo, los recuerdos se agolpan. La detengo, me detiene, se agolpan y desaparecen, las dos sentadas nuestras vulvas se sienten, sienten las tibiezas y las humedades de la otra. Mmmmmm, nos besamos, nos acariciamos las espaldas, reímos y ronroneamos. ¡Pon música que me haga sentir fuerzas intrincadas, manos, lenguas táctiles, veloces como el fuego que lame la corteza de un árbol! La cama queda lista en un instante. El destino está echado. Hacemos el amor como si no hubiera ayer ni mañana. Toda la atención se concentra en el presente y eso nos vuelve tan buenas amantes.

Al día siguiente, cuando nos levantamos, Genovesa dejó una nota: «Me vuelvo con Valeria a su casa».

—La vida tiene sus dorremibemoles —dijo soltando cuerdas e hitos.

Mi casa se llenó de siglos, de comidas suculentas y algarabías. Volvimos a amarnos y el miedo fue desapareciendo. Comenzamos otro ciclo.

Agustín

Agustín, mi mano derecha, decía que estaba enfermo. Los médicos le aseguraban que no tenía nada pero a él unos dolores en el bajo vientre lo curveaban, lo empalidecían: en un mes adelgazó siete kilos. «En Guerrero hay un brujo que cura todo», le dijo su hermano. Lo vislumbré subiendo a caballo el empinado sendero con olor a campo, cielo azul y un calor atosigante. Sentado en un pequeño banco de madera, el viejo brujo Bulkabú, rey de los monos, cubierto por una tela de palma, sandalias japonesas de hule azul con las tetas colgando y una piel negra y sudorosa y el pelo de enjambre canoso, esperaba a que el día se asentara. Junto a él, una mujer escuálida mascaba una fruta roja, y los dientes se le habían puesto igual de rojos; con la mirada fija en la nada forjaba una olla de barro. Perros famélicos merodeaban a sus crías de mal destino. Se le ordenó a Agustín que se acostara en el piso de tierra sobre un petate raído. En esa posición de muerto vio la ofrenda a la virgen morena en un altar de hierba y amarantos. Sin aspavientos, el brujo se tomó un trago de alcohol y lo escupió como regadera sobre el hombre poseído. El viento acuciaba un vendaval de polvo. Bulkabú, rey de los monos, repitió el trago de alcohol y volvió a la espolvoreada... La mujer desdentada reía con voz ronca mientras hojeaba al malito con hojas de león.

Agustín fue incitado a cambiarse de nombre. Salvador diente de Oro chisporrotea un destello adecuado. Bulkabú recorrió con su mano caliente y sudorosa los miembros de Salvador diente de Oro destello... Con acopio de concentración y sudor en el mentón, el brujo abrió el puño cerrado; puso en forma de segueta la mano derecha sobre el vientre inflado del flaco inmolado; al ritmo de duro y dale abrió el vientre que no sangró pero sí quedó abierto imaginaria-mente. Con firmeza sacó del vientre contristado una bola negra: tumor cubierto de pelos que sometió al fuego. Después del milagro Agustín Salvador diente de Oro elevó cánticos a la madre virgen de todos los mexicanos. Cubierto de sudor benéfico, debido a la cura, fue convidado a un trago de alcohol. Bulkabú lo vio empinar macizo la botella del mono: todos rieron. Agustín murió dos meses después en la Clínica Londres.

Mi destino de mujer se profundizó ante la pérdida de es-te hombre fiel. Ante este suceso trascendente, Lola, Mercedes y María se fueron sin despedirse... El trabajo de ochocientos metros cuadrados de casa quedó a mi cargo.

Con la fuerza de una divinidad femenina me negué a ser usada como sirvienta. Comenzaron los problemas serios. Mis varones aseguraban que a ellos no les tocaba participar en las labores domésticas. Con esa decisión, en todos los sentidos desorbitada, sentí que simbólicamente mis hijos cerraban el círculo que mi padre había tejido alrededor mío cuando nací. El precio de mi libertad tendría que ser una ruptura desgarrante. Y la muerte de Agustín sirvió de detonante para que muchos secretos salieran a la luz.

¿Otra vez?

En medio de todas las vicisitudes decidí no perder mi bronceado indispensable para conservar la imagen y salí a asolearme a la terraza de mi casa. Me estaba costando trabajo concentrarme en mi diario cuando me avisaron de que mi padre me llamaba por teléfono. El corazón me dio un vuelco.

La voz de mi padre era seca. Mi madre tenía una de sus habituales jaquecas, pero esta vez peor. Tenía que ir a verla. Inmediatamente...

Me puse encima del biquini una camisa, jeans y corrí a su casa. La puerta de su recámara, que normalmente estaba cerrada con llave, se encontraba abierta. Tenía las cortinas corridas y no se veía nada.

— ¿Quién es? —preguntó sobresaltada cuando oyó un ruido.

—Valeria —le contesté. A pesar de su dolor de cabeza quiso saber cómo había tenido tiempo para ir a verla. Ay, con mi madre no se puede, me lamenté.

Abrí las cortinas. Tenía sobre la frente un trapo que olía a alcohol alcanforado. Le pregunté si quería que llamara al médico. Meneó la cabeza diciendo que sí y se quitó el trapo. Los músculos de su cara estaban contraídos: parecía una mujer de cien años. Sentí una profunda pena por ella. El doctor Brussy me aseguró que no tardaba en venir a verla.

Puse mis manos sobre la frente de mi madre. Nunca en toda mi vida la había tocado. Sentí un profundo mareo. Me forcé a dejar mis manos sobre su rostro y masajeé concentradamente los nudos de tensión que se le habían formado en el cuello y en la cara. Me percaté de que le estaban escurriendo lágrimas por sus mejillas. Lloré con mi pobre madre sin que ella se diera cuenta.

—Tus manos son de santa —me dijo abriendo los ojos.

En ese momento dos voces varoniles se escucharon atrás de mí. Eran mi padre y mi hijo Alberto. Mi papá preguntó: « ¿Cómo está?», señalando con la cara a mi madre. Ella contestó que estaba mucho mejor gracias a mi masaje.

Mi hermano, que había ido a guardar el coche al garaje y en esos momentos entró, se sorprendió de la escena. Quité inmediatamente las manos de la cabeza de mi madre. Comenzó con su interrogatorio ¿Qué medicinas? ¿Cuántas? ¿A qué hora? Ella contestaba cansada a cada una de sus preguntas.

Decidí salirme del cuarto para no escuchar... Mi padre y mi hijo me siguieron. Nos sentamos en la anterrecámara: no teníamos nada que decirnos. Mi papá tomó la parte principal del Excélsior y se puso a leerla. Yo hojeaba el último Hola y me enteré de que la mujer de Julio Iglesias, de una belleza exótica, se había vuelto a casar, esta vez con un multimillonario árabe. Mi hijo revisaba cuidadosamente una revista de computación.

En ese momento llegó el médico. Me dio un beso en la mejilla y a los varones los saludó de mano. Nos pidió que lo dejáramos a solas con la enfermita.

Mi hijo debía ir a comer: tenía una cita a las cuatro en su oficina. Ahora que trabajaba con mi padre se había vuelto muy formal. Preguntó si había comida en la casa. Su pregunta me desconcertó. Le contesté que en casa siempre había comida.

Tenía malas intenciones. Era evidente que quería que mi papá y mi hermano se enteraran de lo mal que andaban las cosas desde la muerte de Agustín, pero sobre todo de mi falta de cumplimiento... «No voy a caer en la trampa», me dije.

—Solo cuando no tenemos cocinera no hay comida —dije.

—Ya sabes, cuando quieras puedes venir a comer a mi casa: nosotros siempre tenemos comida —intervino mi hermano con voz impostada—. Ay, pobres muchachos: ellos que valen oro —se lamentó.

— ¿Y quién parió a esos muchachos de oro? ¿Tú o yo? —le pregunté.

Como si no hubiera escuchado mi pregunta dijo que no se merecían una madre como yo.

—Y tú —le dije— no tienes derecho a meterte en mi vida, ¿oíste? —quería aplacarlo pero no sabía cómo...

—Eres una desgraciada: eso es lo que eres.

—Y tú eres un pendejo.

No lo hubiera dicho. Mi hermano se levantó de la silla y con las rodillas rígidas vino hacia mí. Sin darme tiempo de reaccionar me asestó una bofetada en la cara. «Esta vez no me dejo», pensé. Me levanté y, con el puño cerrado, le regresé el golpe también en la cara. Sentí su ceja bajo mi puño. Él, karateca de años, contestó con una serie de patadas. Las esquivé ágilmente logrando desbalancearlo. Con un valor recién nacido, le coloqué otro golpe en el mismo lugar que antes. La ceja comenzó a sangrarle. Se tocó la herida y se vio la mano; me jaló del pelo y me sacó de la anterrecámara. Mi papá con voz inaudible le gritaba que me dejara. Llegamos al jardín interior. Me hincó y estrelló mi cabeza contra el piso. El valor para defenderme se me desvaneció y él seguía golpeándome.

—Auxilio —grité desesperada.

Mi madre y el doctor Brussy salieron a ver qué estaba pasando.

—La mata —gritó mi madre.

Brussy agarró a mi hermano del codo y con voz pausada le dijo que mi madre necesitaba descanso.

—Vete a tu casa y después vuelves —agregó llevándoselo a la puerta.

Mi hermano obedecía sin dejar de gritar que yo era una desgraciada, que no merecía los hijos que tenía.

Me levanté a mirarme en el espejo. Tenía un ojo huidizo. Fractura de cráneo, anunció Brussy... A mi madre se le quitó el dolor de cabeza.

Cara surcada

Un hombre con la cara surcada por el tiempo me guía a una habitación. Todo es demasiado azul y plasticudo. El exceso de puertas que hay en la recámara me intimida. «¿Adónde me llevan?», me pregunto. El tiempo se agiganta. Me paso la noche en duermevela. La claridad de la mañana entra por la ventana como el aviso esperado. Me alisto a toda prisa. Según instrucciones previas no ingiero alimentos ni líquidos. Trato de recordar dónde vi anoche los elevadores. Oprimo el botón que dice SW. La caja metálica desciende varios pisos abajo del nivel de la calle. Largas longitudes engomadas apagan el suelo de los caminantes, todos parecen sonámbulos. A lo lejos unas flechas indican las direcciones que debo seguir. Los datos se conglomeran haciéndome pasar un mal rato. «Paso a paso», me digo. Subo por el elevador de los pisos pares. El ascenso es vertiginoso. Viro a la derecha. En la recepción, enfermeras jóvenes y viejas, vestidas de blanco nylon, todas asexuadas, trabajan en lo suyo. Me acerco a la que me parece más amigable. Me entrega un sobre y sonríe.

Atrás de mí hay una sala repleta de sillones color mostaza con viejos muy viejos sentados en ellos. Una mujer se levanta. Me siento en su lugar. Saco del sobre que me ha sido entregado: tarjetas horadadas. Paso a paso, me repito. Por el altoparlante escucho mi nombre. Zozobro. La enfermera olvidó entregarme la tarjeta más importante de todas...

—Cuando termine con sus pruebas, preséntese con el doctor Helmut Ganz.

Vuelvo a los largos pasillos silenciados. A la vuelta de cada pasillo hay un reloj con carátula redonda. Voy y vengo, subo y bajo: la velocidad debe seguir invariable. Agradezco a Genovesa que me haya puesto zapatos bajos en la maleta. Saco del sobre una tarjeta diferente a las anteriores: Lunch Time, dice. Se me aparece en uno de los pasillos un anuncio que lee: Quick Service. Una mesera me recomienda la comida corrida. La pide a través de un walkie-talkie. A los lejos, veo al hombre de la cara surcada acomodando las servilletas sobre charolas marrón. Pago en la caja.

Me dirijo al consultorio del doctor Ganz. Me observa con mirada ratuna. Me hace saber que falta la prueba más importante: la de los pulmones. Toca un timbre bajo su escritorio, aparece una enfermera guapa con una bata y chanclas de color azul, me las pone, me sienta en una silla de ruedas, llama a un mozalbete musculoso que me lleva velozmente a través de los pisos subterráneos, me deja frente a una puerta que dice Special Care.

Un médico con gorro de cirujano sale por mí. Adentro, todo está cubierto de mosaicos blancos, huele a medicinas; me avisa de que necesitan ponerme anestesia para hacerme la prueba. Es muy delicada, me asegura amarrando mi brazo con una cinta de hule, me pica la mano. Oigo venir hacia mí una enorme máquina con ruedas de goma. Van a meterme un tubo por la garganta pero yo todavía no estoy dormida. Quiero gritar, avisarles de que no lo hagan...

— ¿Por qué gritas, amor mío? ¿Qué te pasa? Despierta: estás conmigo, tranquilízate amor.

—Qué bueno es tenerte —dije con un suspiro de alivio.

La cita

En punto de las ocho de la mañana, me encontraba frente a la puerta del restaurante donde mi padre me había dado cita. Un mozo de librea tomó mi auto. Estaba desvelada y tenía ojeras bajo los ojos. Un viento provocado por alguien que abrió la puerta detrás de mí removió mi perfume. Mi padre esquivó el beso que le di. El capitán de meseros nos guio a una mesa que miraba hacia el jardín bien cuidado. La mayoría de los comensales eran hombres. Se les veía radiantes y sin preocupaciones. Nos dejó el menú de los desayunos. Mi padre, con un gesto de asco, me confesó que últimamente la comida no le sabía a nada.

—Qué lástima —dije mirando a un colibrí equilibrarse ante un aretillo solferino. Tenía la certeza de haber heredado de él el gusto por la vida. Le repetí que era una lástima...

Mi padre esperó a que llegara el café para exponerme sus preocupaciones.

—Tus hijos pronto van a casarse y tú no te estás poniendo más joven.

Quería ser explícito en cuanto a mi necesidad de volverme a casar.

—No pienso volverme a casar. Lo único que me interesa en esta vida es escribir.

Le dio un trago a su agua y tosió... Como el hombre práctico que era, me contestó que había tiempo para todo. Para qué decirle que las mujeres de mi clase social podemos hacer de todo, siempre y cuando no sea en serio. Lo irritó mi silencio.

—Crees que sabes todo, ¿verdad?, pues te equivocas.

Tuve miedo de despertar su ira, sin embargo seguí callando. Al verme montada en mi macho se jugó la última carta.

—He pensado heredarte a ti y a tu hermano —pidió la cuenta al mesero que nos estaba sirviendo más café—. Un departamento en el extranjero y el dinero necesario para mantenerlo.

Un lugar lejos de México para compartirlo con Genovesa. Sentí vértigo. Su ofrecimiento podría significar mi libertad. La ilusión me duró un instante. Supe que su regalo estaría condicionado a que la dejara a ella, precisamente. Además los dos sabíamos que tendría que esperar a que mi hijo mayor se casara, luego a que el menor se casara también, a que los dos tuvieran sus hijos y, después, ¿seré libre?, quién sabe...

Mi padre miró el reloj. Ya se le había hecho tarde.

El mismo mozo de librea trajo su coche a la puerta. Lo vi irse en su limusina gris acompañado de su chofer de años.

Esa noche Genovesa y yo fuimos por tercera vez a ver Las amargas lágrimas de Petra von Kant.

— ¿Crees que tu papá sabe de nosotras? —me preguntó a la mitad de la película.

—Sí, pero solo a medias: así lo prefiere —alguien atrás de nosotras nos calló.

—Vámonos -—dijo—, tengo ganas de hacer el amor.

—Siempre tienes ganas de hacer el amor.

— ¿Y tú qué?

—Yo también.

Al amanecer Genovesa despertó gritando que un gato se había metido por la ventana de la recámara y le había devorado el clítoris...

— ¡Ay, qué horror!, pero sí la que debió tener esa pesadilla soy yo y no tú.

Ronroneó, me besó y me lamió.

—Qué bueno que solo era una pesadilla.

La herencia de mi padre

Los meses siguientes fueron violentos. El pequeño coche de Genovesa sufrió percances. Una mañana amaneció con el parabrisas hecho añicos. La semana después tenía un golpe en la portezuela del lado del conductor. Mis hijos habían sido los del atropello. Genovesa me aconsejó hablar con ellos.

— ¿Y qué les digo?, ¿qué te amo?, ¿que amo a una mujer?

Ella insistió en que dejar así las cosas sería peor. ¿Hasta cuándo vas a seguir escondiéndote?

Perdí el sueño pensando cómo hablar con ellos. Concluí que hacerlo sería, definitivamente, echarme la soga al cuello.

Mis conclusiones provenían del miedo: lo sabía. Tenía miedo a que mis hijos nunca me perdonaran, tenía miedo a que mi padre me diera por muerta. La impotencia me apergollaba...

El clima que se respiraba en casa amenazaba con despertar las peores pasiones. Debido a amores profundos e intereses económicos, el idilio con mis hijos estaba por terminar abruptamente. Las querellas se manifestaban en los asuntos cotidianos: la comida, la ropa, y sobre todo, los amigos de la madre.

La lucidez que tuve durante el desayuno con mi padre se me fue desvaneciendo. Decidí visitarlo en su oficina y averiguar si seguía en firme lo de su regalo.

Estaba harto de la vida. Sus éxitos no le proporcionaban la felicidad que había imaginado. Recién había vuelto de Nueva York con mi madre. Me describió con lujo de detalle un departamento que había visto para mí: un extraordinario rascacielos de cien pisos, frente a Central Park.

—Perfectamente bien sellado para no escuchar ni el so-nido ultrasónico de un Concorde.

Una espectacular vidriera para millonarios, pensé visualizándome sola en un frío espacio. La imagen me resultó patética.

—Prefiero un piso en San Francisco, Nueva York me da miedo: todos esos edificios tan deshumanizados.

Mi padre se sorprendió con mi respuesta, bajó la vista y todavía dudó si podía atraparme. Me dijo que estaba bien, que fuera con mi madre a buscar departamento a San Fran- cisco.

— ¿Con mi mamá?

Los baños de Josefina

Una lluviosa mañana de mayo, Genovesa y yo tomamos la nave a San Francisco. Llegamos cuando todavía se veían las colinas ariscas de la península rodeada de mar. Aparté hospedaje en un exinternado de señoritas convertido en hotel. La idea me parecía muy excitante. Genovesa se sorprendió al ver aquella colina de jardines bien cuidados. En la cúspide estaba la casona. El ascenso fue entre setos de hortensias y prados de pasto inglés bien recortado. Una mujer con cofia blanca y mandil largo, a la usanza inglesa de principios de siglo, salió a nuestro encuentro. El taxista, un italiano de cepa, metió su nariz en ese ámbito de maderas oscuras...

— ¡Guau! ¡This's something special!

Un hombre con voz de barítono nos ofreció un sherry. Música barroca de Bach salía de unas bocinas escondidas en los muros. Nuestras reservaciones tenían un problemita. Paseamos por la sala de estar: piano de cola entera, un perchero con un vestido largo de los cincuenta, de lamé blanco, una jaula de guacamayas de Chiapas, sillas tapizadas en sedas de Damasco, una bellísima estatua de Burano. El cuarto que había reservado desde México solo podríamos tenerlo tres días, después nos cambiarían de habitación. «Mientras no tengamos que cambiarnos de hotel», dijo Genovesa con una sonrisa.

El cuarto era de una belleza perfecta. Nos acostamos sobre el edredón de. parches y besándonos abandonamos la tensión del viaje. Nos hicimos el amor, gritamos, reímos y volvimos a comenzar desde el principio.

—Ah, pero antes déjame pedir una botella de tinto. Hablé al room service mientras Genovesa revisaba los detalles del cuarto lila. Cuando llegó el vino, brindamos por nuestra libertad. La palabra me produjo intranquilidad. ¡Fiump! La ventana daba al jardín y todo olía a flores. En el cielo azul volaban nubes ligeras.

Genovesa sugirió un largo baño ya que por tres días éramos dueñas de una tina estilo Josefina... Metió el pie para probar la temperatura del agua y se puso un gorro que la hacía verse como su abuela: una abuelita de cuerpo sensual. Se miró en el espejo envahecido para cerciorarse que era cierto lo que yo decía. Se acomodó en la tina dejándose sentir las delicias del agua caliente.

— ¡Uy, qué ricura! —-dijo cubriendo sus hombros con agua.

La velocidad de nuestro sistema nervioso fue alentándose hasta llegar al tono perfecto... Ya sin gorro, metió la cabeza al agua y salió mojada como un pez sonriente.

— ¡Uy, qué delicia! —repitió.

El mundo, allá, nos parecía lejano y solo nos acordábamos de que existía La Marina. Mujeres entrelazadas rodando por las colinas, arrumacos de vientos y cantos de pájaros silvestres. Al tercer día nos entró el ansia por salir.

Entre la savia y la osamenta nos decidimos por una retrospectiva de Motherwell. Nuestra sensibilidad, a flor de piel, se abrió al pintor norteamericano. Yo, que metódicamente había rechazado a los pintores abstractos, de pronto me dejé cautivar por él. Sus bases monocromáticas me daban la sensación de mundos infinitos. Después de mucho observarlo lo llamamos un pintor poético. Reímos de nuestro apasionamiento.

—Perfecta armonía —decía ella y yo sentía una onda eléctrica que viajaba hasta mi vagina.

—Si Motherwell supiera...

Al día siguiente llamé a varias agencias de bienes raíces que había encontrado en la sección amarilla del directorio.

—Que se vea el mar —pedí como única condición.

—Con un patio de ladrillo rojo, malvones, adelfas, y portamonedas si es posible —agregó Genovesa riéndose de mí.

La casa del mar

Carol Belluga pasó por nosotras. Cuando bajamos la escalinata del internado la vimos parada en el lobby, con unos zapatos de tacón aguja sin tirita alrededor del talón. The Mansion le parecía una maravilla. Carola, como se llamaba para nosotras, resultó una italiana perseverante. Ya perdido el caso se acordó de una maravilla en pleno mar. El piso estaba edificado sobre pilotes; desde cualquier parte veíamos el mar, y con solo salir a la terraza lo teníamos al alcance de la mano.

Genovesa y yo nos abrazamos frente a la Belluga, quien se hizo la desentendida. Le pedí que por favor nos esperara afuera mientras planeábamos el arreglo de nuestra futura casa.

—La distribución tendrá como eje el mar. El cuarto grande será nuestra recámara, también será tu estudio. Para mí, acondicionamos el cuarto chico como despacho.

Nos sentamos en la alfombra del departamento vacío y proseguimos con los planes.

—Todo es un sueño —dijo repentinamente Genovesa poniéndose de pie—. Tu padre no va a comprarte nada hasta que no me dejes.

La Belluga seguía esperándonos afuera. Una neblina densa empezaba a cubrir las luces de la bahía. Esa noche el mundo dio la vuelta. Llamé a mi padre y me dijo que me regresara inmediatamente a México. «No hay nada de qué hablar a la distancia», agregó.

Al día siguiente tomamos el Expreso a Sausalito. Hacía mucho frío y extrañábamos Puerto Escondido.

—Las paradojas... —dije.

Nos metimos a un muelle donde yates hermosos se bamboleaban sobre un oleaje fuerte. Nos sentamos sobre una balsa de madera desde donde podíamos ver todo el horizonte. Genovesa me abrazó diciéndome al oído que le gustaría un vinito rojo para calentarse.

Fuimos a comprar la botella frente al muelle. Los dueños se encontraban en la trastienda esperando a ser llamados. Nos salimos de puntitas con un Margaux LafFite del año 1982. Después de los primeros tragos metí la mano dentro del suéter verde seco de Genovesa: su piel estaba tibiecita. Me pidió que la dejara adentro, pero era la mano grosera que luego acariciaba. El vaivén acabó afectándome. El muelle se llenó de gaviotas con plumaje gris y blanco. Genovesa me dio un beso cariñoso en la punta de la nariz y terminó en la boca.

—Mmm —dije sintiendo un fuerte dolor en la boca del estómago—. Vámonos.

Le dimos los últimos tragos a nuestra muestra gratuita y nos regresamos al internado para que yo me acostara boca abajo.

Cuando se me pasó el dolor, genovesa insistió que no quería más Bach, ni Buranos, ni mucho menos todos esos lujos tramposos de los gringos. Quería que nos mudáramos inmediatamente. «Está bien», le dije. Para cambiar de ambiente reservó cuarto en un hotel de la zona japonesa. Bajamos a pagar la cuenta que ascendía a una pequeña fortuna.

—Su tarjeta American Express está cancelada —me dijo la de la cofia.

—Es un error —di un manotazo en la mesa...

Volvieron a hablar a Nueva York.

—No aceptan su tarjeta —dijo sin entonación la hasta entonces amable empleada.

—Ya me chingaron. —Até cabos: ya me desheredaron. Nos vi a Genovesa y a mí en la cárcel. Mi papel de mártir se enalteció: las dos encerradas en una prisión norteamericana. Genovesa estaba amarilla.

— ¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó con la boca seca.

Me dio risa su preocupación.

— ¿De qué te ríes? —preguntó fuera de sí.

Por horas estuvimos sentadas en el lúgubre lobby, sin que nadie nos ofreciera un Sherry. A Genovesa se le ocurrió llamar a su tío David que vivía en Los Ángeles y pedirle dinero prestado.

— ¿David, el gran amor de Ana? —pregunté.

Al día siguiente recibimos un giro y salvamos el pellejo...

Pérdida de identidad

Llegamos a México ya entrada la madrugada. Esa mañana, muy temprano, Genovesa tenía una cita con su dentista y casi no dormimos. Cuando la vi salir desnuda de la cama le di una nalgada y le dije que la acompañaba... «Tú calienta a Mustafá mientras yo termino de arreglarme», le dije.

Al pasar por mi despacho noté la puerta entreabierta. En ese pequeño cuarto guardaba mis diarios íntimos y siempre lo mantenía cerrado con llave y, con mucho más razón si me iba de viaje. El corazón me dio un salto.

Los violadores habían colocado una escalera junto a la ventana. Entraron tranquilamente y salieron por la puerta sin borrar las evidencias de su fechoría. Interrogué a la cocinera. Habían sido mis hijos. «El acto significaba una declaración de guerra.»

Por suerte, unos días antes del viaje a San Francisco había tenido un par de sueños. En uno de ellos veía a mi madre llevándose mi Olivetti verde. Le suplicaba que no lo hiciera porque era mi herramienta de trabajo. A ella no le interesaban mis argumentos y salía de mi casa con todo y la máquina. En el segundo sueño, mi madre desgarraba una parte de mi diario donde había escrito una detallada escena erótica entre Genovesa y yo. Después de este par de avisos, metí los escritos de la novela y mis diarios a una maleta y me la llevé a casa de Genovesa.

Mientras me lamentaba Genovesa subió desencajada:

—Prendí el motor del coche y algo estalló.

No quise oír más y bajé rápidamente. Una nube de humo salía por el cofre. Tomé el carro que solía manejar Agustín y llevé a Genovesa a su cita. Yo no tenía ánimos ni para sonreír.

Después del dentista, le pedí que me acompañara al banco para sacar algo de dinero. ¡¡Mi cuenta se encontraba en cero!! Mi padre, como exbanquero y con conocidos en ese banco, extrajo todo el dinero que tenía en mi cuenta de cheques. Lo llamé desde un teléfono público. Su secretaria me dijo que no estaba. Durante horas traté de localizarlo y ya entrada la noche acepté que no iba a contestarme.

Por primera vez dormí en el estudio de Genovesa, sin correr de vuelta a mi casa en la madrugada. Habíamos decidido que ella no podía volver a mi casa porque correría peligro.

—Mañana a la luz del día todo se verá diferente —me aseguró.

Al día siguiente mi padre tampoco respondió a mis llamadas. No deseaba regresar sola a mi casa y seguí quedándome con Genovesa.

No dormía nada. Comencé a tomar pastillas para dormir y pastillas para despertar. Esperaba que todo fuera una mentira: no era posible que mi adorado padre hubiese tomado medidas tan terribles en contra mía.

La casa de Genovesa simbolizó la ruptura con los míos. Salía a caminar por las calles alrededor de su estudio: todo me era tan desconocido. Ninguna de las coordenadas de mi memoria me servía para situarme. Me sentía como en el exilio. Me preguntaba si eso era la libertad que tanto anhelaba y comencé a detestarla. La humanidad completa me parecía terrible.

Genovesa viéndome tan amargada y enferma me sugirió que regresara a mi casa, que arreglara mis asuntos familiares desde adentro. «Eso es exactamente lo que ellos esperan de mí —le dije—, que vuelva apenada y sumisa y entonces magnánimos, me restituyan lo que me quitaron...» Me surgió una dignidad que solo tienen quienes han sido humillados...

Genovesa acondicionó rápidamente su departamento. Aquellos espacios vacíos que tanto me significaron comenzaban ahora a poblarse con mis excesos. Cuando mis hijos salían de la casa, yo, como ladrona, sacaba ropa, discos, libros. Genovesa fue imponiendo una serie de restricciones aduciendo que necesitaba orden para poder pintar. Comencé a sentirme un estorbo. La situación con mi familia cayó en una inmovilidad agobiante y yo me sentía perdida.

Una mañana, ya desesperada, decidí llamar a mi madre para que ella me consiguiera una cita con mi papá. Necesitaba darme un último chance y saber qué estaba sucediendo. «Primero tienes que hablar conmigo, me dijo: esa es la condición.» Temí una de sus acostumbradas triquiñuelas pero no veía otra alternativa. Acepté. Camino a su casa me repetía que debía guardar la cordura. Genovesa me había recomendado no perder los estribos.

Cuando llegué, mi madre traía puestos tubos en la cabeza y aún le quedaban restos de mascarilla de papaya en la cara. Ni en las peores situaciones deja de preocuparse de su ya pasada belleza.

Me dejó hablar sin interrumpirme: nada la sorprendía. Que mis hijos hubiesen violado mi intimidad le parecía lógico. Que mi padre me hubiera desbancado, lógico también. Solo tenía que esperar y vería todo lo que a mi padre le faltaba por quitarme.

Me imaginé muerta de hambre pidiendo limosna en una esquina; las lágrimas se me vinieron a los ojos. Ella al verme débil agregó que en otras familias ponen detectives para saber en qué porquerías andan metidos los hijos. Escuchándola hablar tuve la certeza de que ella promovió a mis hijos a que cometieran la vileza de irrumpir en mi privacía. Ella te-mía, sobre toda las cosas de esta vida, que se hablara de la familia. Decía que hablar mal de la familia era ensuciarse una misma y, evidentemente, mi novela la preocupaba. Con gran esfuerzo logré callarme pero mi silencio la desesperó.

—Además quiero decirte que sabemos todo —irrumpió agarrándose la cabeza y...

Sentí que la sangre se me escapaba.

— ¿Qué saben? —pregunté tratando de que no se me notara el terror que estaba sintiendo.

—Qué haces el acto sexual con Genovesa.

Dicho por ella parecía lo más sucio del mundo. Aj, qué capacidad de convertir lo bello en algo abyecto. Ya no había quien la pudiera callar. Les había clavado un puñal a ella y a mi padre, pero sobre todo a mis hijos: «Lo que tú hiciste ni un animal lo hace, ay, con todo lo que te dimos».

Decidí irme...

—Aquella niña mía, mírenla en lo que se convirtió —alcancé a oírla antes de cerrar la puerta de su recámara.

A unas cuadras de su casa me pasé una luz roja y un coche que venía a toda velocidad por poco me alcanza. Temblando paré el carro a un lado de la calle y con toda mi voz grité: « ¡Fuera máscaras!» Lloré sintiendo que me desgarraba las entrañas.

Las joyas

Los meses pasaban y yo comencé a dudar de mi cordura. Seguía sin poder dormir y los tranquilizantes ya no me ayudaban. Una noche decidí levantarme de la cama para dejar dormir a Genovesa. Frente al estudio había un lote baldío al que, por las noches, llegaban unos hombres a dormir. Desde la ventana los vi peleando. Uno de ellos estaba constantemente en el suelo y recibía patadas y golpes por todas partes: trataba de defenderse pero sin éxito. Genovesa, a quien suponía profundamente dormida, vino a pararse a mi lado.

—Están borrachos —dijo.

La pelea continuó por mucho tiempo hasta que el más fuerte mató al débil. No nos dijimos una sola palabra y fuimos a acostarnos. Esa noche, por primera vez, dormí de un hilo. Me levanté a la mañana siguiente a ver el escenario del crimen pero ya había desaparecido. Tuve la sensación de que todo había sido un mal sueño. El macabro suceso, por una extraña asociación de ideas, me hizo aceptarme pobre.

—No tengo otra alternativa más que vender mis joyas —le dije a Genovesa.

Ella trató de apapacharme para que no me sintiera mal. Lo hablamos y llegamos a la conclusión de que solo si necesitaba dinero las vendería. Las gentes de dinero jamás se deshacen de sus diamantitos, o sea que aunque finja, soy pobre.

Por media hora, me puse una mascarilla de yogur con miel; luego una mascarilla de clara de huevo, me di un largo baño; peiné con secadora mi abundante cabellera: por más que hacía no lograba verme como en otros tiempos.

—Ni modo —le dije a Genovesa.

Me besó asegurándome que me veía guapísima. Se pro-puso acompañarme como mi chofer. Su compañía me aligeraba la vida. En el camino traté de convencerme de que, con el padre que yo tenía, nadie dudaría de mi solvencia económica aunque me viera vendiendo joyas.

Dejamos el coche en un estacionamiento de las calles de López. Hacía un calor endemoniado y Genovesa temía por mi maquillaje. Me limpió la línea negra que se me había corrido bajo del ojo.

En el bar del Hotel Ritz, donde me iba a esperar, pedimos tequilas dobles para desearme buena suerte. Genovesa trataba de mostrarse tranquila pero estaba nerviosísima. Aún no había decidido con quién ir. Mi exesposo y joyero, naturalmente quedó descartado. Después de la segunda copa me decidí por los Pretzls: la competencia...

— ¿Así se apellidan? —preguntó Genovesa.

—No, es un apodo...

Me arreglé la vestimenta y me metí unos chicles de canela a la boca.

—Ahora sí, a mostrar lo que aprendí en las clases de teatro.

—Aquí te espero, amor —me dijo Genovesa levantando la copa.

Buby, como le decían los allegados, salió a recibirme. Era la primera vez que yo ponía un pie en su negocio y eso lo sorprendió gratamente.

— ¿Qué buenos aires te traen? —preguntó.

—Quiero vender mis baratijas —dije haciendo con la mano un gesto despreciativo—. Me voy a vivir a París y pienso comprarme una sola alhaja en vez de todas estas mugritas.

El aprovechó para enseñarme su muestrario de Bulgari, por si acaso quería uno. Todo se me apetecía. Cuando ter-minó de enseñármelas le dije que no era el momento y comencé a sacar joyas y más joyas de las bolsas del jomper. En eso llegó Pretzl, el hermano enano que medía metro y medio. Se le veía radiante.

— ¿Ya sabes? —me preguntó.

—No, no sé.

—Acabo de divorciarme.

— ¿De quién?

— ¿Cómo de quién?, de Berta, ¿de quién más?

—En buena hora. Después de treinta años de casados: esa sí que es noticia.

—Ahora voy a poder hacer lo que se me antoje.

Me contó de su departamento en París, en el XVI Arrondissement.

—Naturalmente, ¿en qué otro lugar? A lo mejor vamos a ser vecinos.

—Ahora lo que necesito es alguien joven que tenga deseos de vivir, ja, ja, ja...

«Por ser hombre, este enano tiene muchas ventajas», pensé, y lo odié.

Buby me presentó a su valuadora. Le busqué la mirada pero no tenía. Le pregunté a qué hora estaría listo el avalúo. Después de la comida...

Pretzl, el recién divorciado, aprovechó para invitarme a comer. Le dije que venía con una amiga y que íbamos a comer juntas.

—Lástima —respondió desencantado.

Invité a Genovesa a comer al Prendes.

— ¿Pero con qué dinero?

Le dije:

—No te preocupes de nada.

Le estaba pidiendo al mesero unos higaditos encebollados, lo más barato del menú, cuando aparecieron los hermanos Pretzl. Le dije a Genovesa que los viera discretamente...

—Ah, por eso quisiste venir a comer aquí, ¿no es cierto?

—Sí —le hice con la cabeza. Estábamos tan tensas que no podíamos platicar. Cuando volví al despacho de los Pretzl, la valuadora salió del cuarto contiguo abanicándose con una notita que depositó frente a Buby. Él sin verla me la pasó. Por poco me desmayo; la cantidad que querían darme era un absurdo, una estafa.

Buby me aseguró sonriendo que ellos no compraban ese tipo de joyas.

Acepté la oferta. Me pagó en dólares contantes y sonantes.

Con aires de milloneta volví al Ritz. Genovesa corrió a preguntarme cuánto me habían dado.

— ¿Y cómo sabes que me las compraron?

—Porque te conozco. ¿Dónde traes el dinerito?

—En la bolsa de atrás.

— ¿Te pagaron bien?

—Regular.

Cuando le dije la cantidad ella no entendía de qué estaba yo contenta.

—Porque voy a invitarte a bailar.

— ¿A bailar?, ¿adonde?, pero primero dejamos el dinero en la casa.

—Yo invito, y tú aceptas o... no aceptas.

— ¿Y adónde vamos a bailar?

—A la Cueva de la Tigresa.

— ¿A la Cueva de la Tigresa?, ¿qué es eso?

—La disco... de moda.

El lugar le pareció un antro de tercera y le daba miedo entrar. El cabaret estaba lleno de mujeres del centro. Nuestro aspecto las hizo voltear a vernos. Una mujer fuerte se acercó a preguntarnos si éramos pareja.

—Sí, pues —le contesté contundente.

—Pues qué bonitas son, eh, las dos —dijo, y se fue a sentar con sus amigas.

Les enviamos una ronda de tequilas para brindar con ellas. En eso tocaron: Oye Salomé. Genovesa y yo nos levantamos a bailar. Turirura, tarara: oye, Salomé, perdónala. Genovesa me puso la mano en la nalga y me preguntó si me la cuidaba.

— ¿La nalga o el dinero?

—Las dos cosas —se embarró bien, bien a mí; y así de pegaditas bailamos hasta que cerraron La Cueva.

Cuando llegamos a la casa, me tendí sobre la cama para que me ayudara a quitarme las botas. «Esta noche es memorable», dijo echándose sobre mí. Me dejé hacer el amor como un nenúfar acuático. No me di cuenta ni de a qué horas me dormí. Cuando desperté Genovesa estaba escribiendo en su cuaderno. Me preguntó si quería oír lo que acababa de escribir.

—Esto es lo que siempre he deseado: despertarme con quien amo.

Dear fafá

Por dos años no supe de mi familia, hasta que mi padre me envió un emisario. Quería hablar conmigo. Mi adorado padre se doblegaba y estaba dispuesto a entablar un diálogo. Llegó el domingo acordado y fui a verlo a una de sus empresas que quedaba en Tlalpan. Llegué con el corazón en el estómago. Por las bocinas del inmueble, se escuchaba un pasodoble muy animado. Pensé en los toreros cuando están a punto de salir al ruedo. Me arreglé el atuendo cuando el policía que cuidaba la puerta me hizo saber que mi padre estaba esperándome. Sentado tras su escritorio, lo vi envejecido. En el muro había enormes fotografías de él dándole la mano al presidente de la república. Lo saludé y le dije que me urgía ir al baño. No había baños abiertos. Le tomó un buen rato encontrar una llave que abriera alguno. Estaba aterrada. « ¿Qué me va a preguntar? ¿Qué le voy a contestar?» Trataba de tranquilizarme pero las manos me temblaban y sentía que la sangre no corría bien por mi cuerpo.

Mi padre, como era de esperarse, fue al grano.

—Tus hijos te necesitan. Albert va a casarse pronto. Cómo se va a hacer la boda sin ti. No estás muerta. —No parecía el hombre irascible que conocía de toda mi vida—. Debes regresar a tus obligaciones o, de lo contrario, vas a arrepentirte.

Me quedé callada, sin saber qué contestarle. Temiendo que mi respuesta no fuera la que esperaba, dijo que quizás era mejor irnos de viaje para poder hablar más ampliamente sobre el asunto. Acepté sin dudarlo. Siempre había querido mucho a mi padre y a lo mejor podría explicarle que nunca quise lastimarlo. Que lo que había hecho no era para hacerlo sufrir, ni a él, ni a nadie de los míos...

Genovesa me pidió que no me hiciera ilusiones hasta que no oyera lo que tenían que proponerme. Lógicamente, no debía olvidarme del asunto del dinero en el banco, lo de mi despacho, los comentarios de mi madre, etcétera.

—Mi memoria se niega a recordar —le dije—; voy como una niña sin lastimaduras.

Mi padre me llamó al día siguiente para preguntarme si ya había pensado adonde ir. Sugerí que fuéramos a Las Mañanitas de Cuernavaca, dos o tres días.

—Allí es muy tranquilo —le dije— y vamos a poder hablar.

—No, yo he pensado en Nueva York: quince días —respondió él. Se me hacía muy lejos y mucho tiempo.

—Está bien —contesté.

Nunca había viajado sola con él y él por su parte, nunca había viajado sin mi madre. El viaje, evidentemente, era un evento para ambos.

Nos hospedamos en The Helmsley Palace. Pidió una suite para mí y otra para él. La cama king size me quedaba demasiado grande y comencé a extrañar locamente a

Genovesa. Al día siguiente, mi padre, poco afecto a perder el tiempo, quería mostrarme el edificio donde había pensado comprarme un departamento. Era más bello de lo que había imaginado, pero la idea de vivir ahí sola me llenó de zozobra. No hice comentario alguno. Mi padre se impacientó al no ver ninguna reacción de mi parte. Le dijo a la vendedora, una mujer extraordinariamente bella, que pronto oiría de nosotros.

Caminamos las calles alrededor del hotel. Mi padre se detenía en cada vidriera a ver las mercancías elegantemente expuestas. No teníamos nada que decirnos. Esa noche, frente al hotel, se soltó una alarma. Pasaron horas sin que nadie viniera a desconectarla. Desesperada me metí al baño para ver si desde ahí no se oía ese insoportable sonido. Me volví a la cama. Me había hecho tantas ilusiones del viaje... En la madrugada, con todo y alarma, logré dormir un rato. Soñé que unos hombres de plástico, de colores fosforescentes, salían volando por las ventanas. Las callecitas de Manhattan se llenaban de estos voladores de colores. Los habitantes de Nueva York veían azorados el espectáculo desde sus oficinas y departamentos. Cuando desperté la alarma aún seguía.

Me levanté a caminar por los lugares que me eran familiares. Tomé el camión a Madison Avenue y la 81. Ese era el Nueva York de Genovesa y mío. Me faltaba mi cámara y mi ojo se moría de tedio. Habían pasado tantas cosas desde la vez que vinimos juntas. Volví de regreso al hotel para encontrarme con mi padre. No quería soltarme y tampoco le agradaba mi compañía. Me sentía tan desolada que a cada rato se me llenaban los ojos de lágrimas.

En ese tedioso vaivén pasaron ocho días. El domingo, él sugirió que desayunáramos en el restaurante del hotel. Dando pequeños sorbos a su champaña se lamentó de que mi madre estuviera sola en México. Los dos sabíamos el miedo que padecía cuando se llegaba a quedar sola. Le sugerí que la invitara a Nueva York. Esa misma noche me anunció que mi madre llegaba al día siguiente, pero antes quería hablar conmigo.

Ellos pronto se iban a morir y ya no contaban, pero Alberto y Ricardo me necesitaban, la voz se le quebró. Ese hombre que toda su vida se creyó invencible ahora temblaba y se le veía pequeñito.

— ¿Cómo pudiste dejar la vida que tenías? —me preguntó—. Es hora de que vuelvas a lo tuyo...

Sentí una profunda pena por él. Traté de explicarle que mis hijos ya no eran ningunos niños y tenían veintidós y veinticuatro años. Ahora deseaba vivir mi vida; me tocaba, era justo: quería volverme escritora, toda mi vida lo había deseado. Mi padre miró a través de la ventana.

— ¿Qué tipo de fuerza has adquirido con Genovesa?, no entiendo —me dijo y salió del cuarto sin despedirse de mí. Lloré con el corazón roto.

Al día siguiente llegó mi madre. Nuestras suites colindaban y la escuché decirle a mi papá que era un blandengue:

—Si yo fuera tú —le dijo— llamaría a la policía para que no la dejaran salir de Estados Unidos.

Mi padre, seguramente acostado en la cama, como siempre callaba.

Escribí una nota agradeciendo las atenciones, la metí por debajo de la puerta y salí para el aeropuerto a tomar el avión a México.

La grulla canta

Se anunciaba el paso triste de una grulla. El sonido del viento se volvió más perceptible. La grulla, enloquecida ante su propio graznido, giraba sobre una sola pata; tenía un ojo fijo, copete blanco, cuerpo negro. Su cara me recordaba a mi abuela muerta: a su cuerpo endurecido sobre una loza fría con las fosas nasales taponeadas por algodones color violeta. Lloré su muerte remojando las culpas dentro de la alberca. Se marcó un rictus en mi boca. La grulla se ensombreció. Genovesa, sabiendo perfectamente lo que me sucedía con esos pájaros, me invitó a no profundizar.

—Nademos hasta el chorro de agua —me dijo acercándose a mí—. Así es la vida —musitó.

Las aves se alborotaron. Presentí señales que no podía entender. Me callé: debía sacar de mi sistema las imágenes que me estaban persiguiendo al cumplirse un año de la muerte de mi abuela. Salí a escribir en mi diario.

—Te pido una sangría —me gritó Genovesa desde el otro lado de la alberca.

—No, un Bull mejor.

Genovesa me había enseñado a acariciarla.

—No te dé asco —me dijo—. Agárrale la mano y tócale su pelito.

Mi pobre abuela levantó la cabeza. Yo lloraba deshecha por el abandono en que me tenían los míos. Le pedí que rogara por mí, que le pidiera a sus dioses... Mi abuela, quien supuestamente ya no reconocía desde hacía años, me acarició la cara. Le dije que no tuviera miedo, que pronto se iba a reunir con su mamá. Recordé que nunca quiso a su mamá porque era mala para ella. Le dije que su papá la estaba esperando y también sus hermanas. Que no iba a estar sola. Dudé si me estaba entendiendo, si no podía causarle más miedo del que ya tenía. «La vejez es una maldición», pensé. Apenas, hacía unos meses, la había encontrado sentada en una silla de ruedas, frente a la ventana: tenía cubiertas las piernas con una frazada a cuadros. No se percataba del bosque de fresnos y eucaliptos que se mecían suavemente frente a ella. Meses después ya no podía sostener la cabeza y, muy pronto, ya no la levantaría de la cama. Acostada siempre en la misma postura, se quejaba, seguramente, de algún dolor terrible de huesos y músculos. Así, sin saber nada del mundo, abandonada en un sanatorio de lujo, vivió varios años más. Y para contar paradojas, ella, que siempre había desconfiado de todos, hasta de los de su propia sangre, murió en brazos de su fiel enfermera.

—Estate tranquilita, mi niña, que yo te estoy cuidando —le decía esta mujer ya también vieja.

—Salud, amor, deja de pensar en tanta muerte y salgamos un poco —me interrumpió Genovesa.

Me llevó a nuestra habitación y me invitó a darnos un largo baño de regadera. A través de las buenas lides amatorias en las que era experta me hizo olvidar penas y quebrantos. A la mañana siguiente volvimos a México...

Otoño nuevamente

Un largo viaje me esperaba: sur-norte-sur. Un largo recorrido por los laberintos de mi conciencia.

Esa mañana, mi tía Natasha me había hablado para enterarme de que mi padre estaba en el hospital con un infarto.

—No puede ser. No, nadie me avisó —le dije. Colgué el teléfono con un terrible presentimiento. Genovesa entró en el cuarto y me preguntó si me sucedía algo... Las lágrimas brotaron.

— ¿Tu padre?

—Sí.

En menos de cinco minutos me vestí y salí corriendo de la casa. Alcancé a oírla que me fuera con cuidado.

Necesitaba eliminar unos miles de decibeles del exterior. Subí la ventanilla al tope y levanté el cuello de mi abrigo. Imaginé el corazón de mi padre inflándose y desinflándose como una pelota de fútbol dentro de una palangana blanca y él conectado a miles de tubos de colores. Me pasé abruptamente de carril. A mi lado se escuchó un chirrido de llantas. ¿Carambola? No, por suerte solo un vieja pendeja. Pedí disculpas y saqué una pastilla de eucalipto de una cajita de flores lilas. Sentí el tiempo suspendido en un silencio de sordina. Frente al reloj del Canal Trece se soltó uno de esos aguaceros que, inusitados para esta época del año, no tienen razón de ser. En el entronque de Altavista con Periférico las coladeras parecían fuentes flotantes. Avanzamos a paso de tortuga. Recordé a mi padre con su amigo Paul, en París: los dos, agarraditos de la punta de un pañuelo blanco, bailando casacas en una elegante boite rusa. Lloré frente al Gigante de San Antonio Abad: la Calera lanzó sus fétidos olores. Me miré al espejo salpicado por la lluvia: había cambiado mucho en los últimos tiempos. Ahora me veía como una mujer madura.

Viré en Alencastre hasta encontrarme con los foquitos de colores de la montaña rusa. No había visto a nadie de mi familia desde que murió la abuela y temía terriblemente el encuentro. Sabía que mi padre tenía que morir antes que yo. No debía sorprenderme que pudiera sentirme sola, culpable, abandonada... Pensé que podría ya estar muerto cuando llegara al hospital. Cómo era posible que mi madre no me hubiera avisado. «Voy a enterarme de su muerte cuando ya esté enterrado», pensé odiándola.

Me informaron de que mi padre se encontraba en terapia intensiva. Nadie de los nuestros estaba en el pasillo. Abrí la puerta de su cuarto; brillaba una pantalla marcando el latido débil e irregular de su corazón. Me acerqué a él temerosa de que alguna enfermera o doctor me sorprendieran. Mi padre no respondía a ningún signo exterior. Quise tomarlo de la mano pero no me atreví. Salí del cuarto temblando. Bajé al sótano, al café del hospital. Ahí me encontré a mi madre, rodeada por gentes que se habían enterado

antes que yo. Me miró de reojo sin que dejara ver una señal de sorpresa en su rostro. Le pregunté por el estado de mi padre. Prefirió contar... lo mucho que sufrió cuando mi padre comenzó a sentirse mal y, peor aún, cuando Brussy le dijo que debían llevarlo de emergencia al hospital. Mi madre se tocó la frente agitando la cabeza:

—Ay, Dios, asústanos pero no nos castigues —dijo volteando a ver a sus amigas—. El corazón no resiste tanto dolor —agregó entre dientes. Eso estaba destinado para mí, naturalmente.

Cuando nos quedamos solas le pregunté por qué no me había avisado.

—Porque tu papá no quiso.

— ¿No quiso él o no quisiste tú?

Me aseguró que algún día iba a enterarme de la verdad. Tuve ganas de salir corriendo del hospital pero me dije que debía mantener la calma para estar allí en esos momentos difíciles.

Mis hijos llegaron varias horas después. Venían del trabajo. Me miraron de arriba abajo y me dieron un beso, solo porque tenían que cumplir con las apariencias frente a las visitas.

Mi madre me prohibió entrar a ver a mi papá. A lo mejor le afectaba mi presencia. Mi hermano y mis hijos entraban a verlo cuando querían. Pasaban las horas y nadie me dirigía la palabra. Me sentí como uno de esos familiares pobres a los que se les evita. Me metí al baño y lloré. A medianoche, sin saber aún el estado de mi padre, me despedí de ellos. Dije que volvería al día siguiente. «Qué extraño —pensé— yo enseñé a mis hijos a adorar y respetar a mi padre como si fuera padre de ellos.» Ellos eran la continuidad de mi padre. «Tus jueces te enjuiciarán sin misericordia», dije, y metí el acelerador. El periférico estaba vacío...

Gran final

Genovesa y yo nos fuimos a vivir a París. Allí, Genovesa conoció a un hombre que se enamoró de ella. Le propuso matrimonio. Con él tendría hijos, casa, una vida normal... Ella, después de mucho pensarlo, aceptó y se fue a vivir con él a un pequeño pueblo cerca de Colorado. Yo me quedé destrozada por su partida. La soledad me devoraba, mañana, tarde y noche.

Después de algunos años Genovesa volvió a París a visitarme. La mañana de su llegada salí a comprar rosas rojas: sus flores predilectas. La florista, a quien por años no había vuelto a ver, se sorprendió: me dijo que pensó que había regresado a mi país de origen. En mi casa puse las rosas en un florero, lo coloqué en el vestíbulo, bajo un halo de luz artificial.

Me faltaba un capítulo para terminar la novela que había comenzado a escribir cuando ella se fue. Decidí no recibirla en el aeropuerto ya que por una de esas jugadas del destino, ese día estaba terminando de relatar la historia de amor que habíamos vivido juntas.

Me senté frente a la computadora. La claridad surgía sin ningún tropiezo. Después de todo se trataba de un viejo sueño.

Genovesa llegó a la hora esperada, tocó el timbre. Al ver que nadie le abría sacó las llaves que conservaba de cuando vivíamos juntas. Abrió la puerta del edificio. El taxista la ayudó a subir las maletas. Al entrar al vestíbulo vio las rosas rojas. Extrajo del bouquet una pequeña nota escrita por mí: «Te amo», decía. Le parecía raro que yo no saliera a recibirla pero conociéndome seguro que se trataba de una de mis bromas. Entró a la sala. Todo el departamento estaba lleno de sus pinturas. Por muchos años fue nuestro piso... ahora solo era mío. Se asomó a la ventana a ver esa calle que era tan familiar. El árbol de maple, a pesar que era invierno, tenía hojas. Se escuchaba salir de mi despacho música de Otero: Obertura de Mallorca en Re mayor. Tocó a la puerta pero no recibió respuesta. Abrió delicadamente y me vio recostada sobre mi escritorio. Sin hacer ruido se acercó a mí. Leyó en la hoja que estaba en la impresora:

FIN

***

Valeria yacía muerta.

Este final trágico era nada al lado del que mi familia cercana me había preparado. Mi madre, mi hermano y mis hijos me acusaron de ser la causante del infarto de mi padre.

Los médicos decían que se trataba de un mal ocasionado por su vida sedentaria, por los desmanes sibaritas del anciano. Eso no importaba. Tuve que escuchar los peores insultos, amenazas de muerte, odios furibundos. Conocí las más salvajes demostraciones de su poderío. El proceso fue tan doloroso que, cuando me di cuenta de que todo había terminado entre nosotros, sentí alivio.

El fin de la novela y la realidad se confundían. Decidí exiliarme.

Un mar azul de nostalgia

Esta es la imagen perfecta de una habitación blanca. Los azules y los verdes se ven intricados bajo un cielo intenso. Genovesa está de pie junto a la ventana, contemplando el mar Egeo. Me llama a su lado, porque quiere hablar de la luz.

—Cuando pinto, la luz es lo más importante para mí —me dice.

—Sé lo que quieres decir.

Nos volvemos hacia el espejo de la pared, que nos devuelve nuestro reflejo: dos cuerpos desnudos. Su complexión es más oscura que la mía, más semita. Nuestra diferencia de edad es obvia. Me abraza y me dice que este había sido su sueño. Que había tenido que vivirlo para saber cómo era.

Fotografío la ventana a través del espejo: arrodilladas la una frente a la otra, besándonos. Dos bocas que se tocan, clic. El centelleo del océano se refleja en nosotras. La luz del sol poniente llena la estancia y aparecen trapezoides y círculos dorados. Nuestras sombras se rompen en fragmentos contra la pared blanca.

Me sirve vino de las regiones indómitas de Grecia. En la distancia, un barco de vapor abandona el puerto. Al es-cuchar la canción misteriosa de sus sirenas evoco la imagen del humo saliendo por las chimeneas de la embarcación. Nos besamos.

—Te quiero —digo.

—Yo también te quiero.

Tres aves marinas cruzan volando nuestra vista desde la ventana. Hacemos el amor escuchando el romper de las olas contra el acantilado donde está anclada la casa.

Cuando cae la noche, ella quiere salir afuera.

—Ya basta de estar entre paredes. Quiero una vista abierta del Egeo —exclama.

Nos ponemos la ropa que encontramos desperdigada al-rededor de la cama y salimos al paseo marítimo.

—Siete, aldaba, pez —grito en castellano.

—Tú y yo, siete años juntas —dice ella.

Nos sentamos en los bancos que hay frente a la vinatería, bajo el cielo desnudo. Hay notas de guitarra que se desvanecen en el aire. Unos cuantos hombres vestidos de blanco están cantando melodías tradicionales y mujeres de ojos aterciopelados les hacen compañía en silencio. Brindamos por todos los buenos amores.

De repente oímos un tintineo de cristales rotos que rueda cuesta abajo. Un animal prehistórico aparece en la parte de arriba y, con la cola, golpea unas rocas ardientes.

—Es un buen augurio —opino.

Genovesa deja la copa a un lado.

— ¿Sabes?, he terminado de leer tu novela esta mañana. Me gusta. Mucho —me dice.

Saco del bolsillo de la chaqueta un trozo de papel arrugado, con el encabezado en castellano, y lo leo en alto.

—Nos complace informarla de que su libro ha sido aceptado para su publicación...

— ¿Cuándo la has recibido? —me pregunta y me quita la carta de las manos.

—Esta mañana —respondo, con una sonrisa culpable.

—Así que a esto te referías con lo de «buen augurio», ¿verdad? ¡Viva México!... ¿Qué te pasa, mi amor? De golpe pareces triste.

—México me trae recuerdos dolorosos: ya sabes el alto precio que tuve que pagar... y tú...

— ¿Te arrepientes?

—Ah, no... No. La libertad es demasiado preciosa. Sé que no podría vivir sin ti.

—Pero todavía te preguntas si las cosas hubieran podido ser diferentes, ¿cierto?

—Si en aquel entonces hubiera sabido lo que sé ahora... Pero la vida no funciona así, ¿verdad?

—Entonces, ¿brindamos por la libertad?

Genovesa vuelve a coger su copa y yo alzo la mía.

—Sí, pero aún mejor. Brindemos por el día en el que todas las mujeres puedan amar libremente.

Entrechocamos nuestras copas. Los sonidos armonizan, se quiebran y se desvanecen. El mar aparece nítido una vez más. Lo lineal se torna concéntrico.